

Tolimenses que dejan huella

Volumen VII

Cronistas:

José Afranio Ortiz Bernal
Hernando A. Hernández Quintero
Libardo Vargas Celemín
Luz Ángela Castaño González
Antonio Melo Salazar

Ediciones
Unibagué



Universidad
de Ibagué

Comprometidos con el desarrollo regional



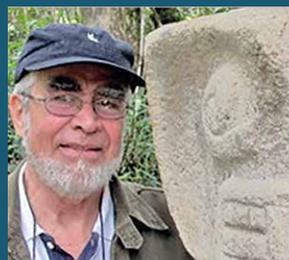
Diego Fallon Carrión



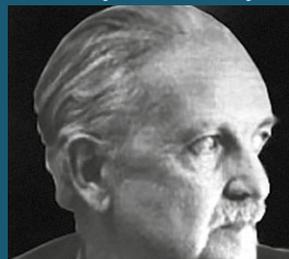
Carmenza Rocha Castilla



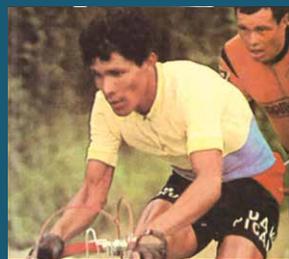
Nelson Romero Guzmán



César Augusto Velandia Jagua



Adriano Tribín Piedrahíta



Pedro J. Sánchez

Universidad de Ibagué

Tolimenses que dejan huella

Volumen VII

Cronistas:

José Afranio Ortiz Bernal
Hernando A. Hernández Quintero
Libardo Vargas Celemín
Luz Ángela Castaño González
Antonio Melo Salazar

Ibagué, Colombia

2021

923.986 136

T649 Tolimenses que dejan huella / José Afranio Ortiz Bernal, Hernando A. Hernández Quintero, Libardo Vargas Celemín, Luz Ángela Castaño González, Antonio Melo Salazar. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2021
Vol 7. 194 páginas. 23 centímetros

ISSN Impreso 2462-9200

Digital 2462-9219

Descriptores: Diego Fallon Carrión – Vida y obra; Carmenza Rocha Castillo – Vida y obra; Nelson Romero Guzmán – Vida y obra; César Augusto Velandia Jagua – Vida y obra; Adriano Tribín Piedrahíta – Vida y obra; Pedro J. Sánchez – Vida y obra.

Tolimenses que dejan huella
Volumen VII
Octubre de 2021

Universidad de Ibagué

Presidente del Consejo Superior
María Margarita Botero de Meza

Rector
Alfonso Reyes Alvarado

© Universidad de Ibagué, 2021
Afranio Ortiz Bernal, Hernando A. Hernández Quintero, Libardo Vargas Celemín, Luz Ángela Castaño González, Antonio Melo Salazar, 2021.

Dirección editorial: Ediciones Unibagué
Ediciones.unibague.edu.co
publicaciones@unibague.edu.co
Universidad de Ibagué
Carrera 22, calle 67. Barrio Ambalá
Teléfono: +57 (8) 2760010
Ibagué, Tolima, Colombia.
www.unibague.edu.co

Diseño y diagramación:
CMYK Diseño e Impresos SAS.
Tel: 311 5975 - 311 5982
Carrera 27 B No. 70-17

Esta obra no puede reproducirse sin la autorización expresa y por escrito de la Universidad de Ibagué.

Contenido

Presentación	7
Diego Fallon Carrión: El poeta de la luna	11
La historia de su pueblo natal	15
Vida familiar, juventud y educación	17
El profesor y compositor de música	20
El ambiente literario del poeta de la luna	24
Su obra poética y su legado artístico	30
Su amor e identidad con la naturaleza	33
Su humanismo y sus anécdotas	35
Su muerte y su memoria a través del tiempo	37
Los homenajes al poeta	39
Guía complementaria	41
Carmenza Rocha Castilla: Una vida al servicio de los demás	43
Los primeros años	45
La tarea como educadora	47
Su actividad en el cooperativismo	50
El colegio Cooperativo	55
La actividad política	59
El paso por la diplomacia	62
La Alcaldía de Chaparral	63
Su aporte a las obras sociales	65
El entorno familiar	65

La obra literaria y los reconocimientos	68
Su muerte	71
Guía complementaria	72
Nelson Romero Guzmán: Por la ruta del río y la poesía	73
Domingo 8 de diciembre de 2019, 9:30 a. m.	75
10:30 a. m.	77
11:30 a. m.	81
1:00 p. m.	90
1:30 p. m.	94
2:00 p. m.	96
3:00 p. m.	98
3:20 p. m.	98
4:30 p. m.	104
5:00 p. m.	106
5:30 p. m.	108
6:00 p. m. 8 de diciembre de 2019	109
Guía complementaria	110
César Augusto Velandia Jagua: “Maestro, ¿cómo se hizo científico?”	111
Tres personas importantes en su familia	114
El coleccionista	117
Sus maestros	117
Sus lecturas de adolescente	118
Qué hacer después del bachillerato	120
En la Universidad del Tolima	124
Museo del Hombre Tolimense	130
San Agustín	134
Problemas universitarios	136
Museo Antropológico de la Universidad del Tolima	139

San Agustín y el Premio Nacional de Ciencias, Fundación Alejandro Ángel Escobar, 1992	141
El doctorado	144
El padre y el profesor	148
César hoy	152
Agradecimientos	155
Guía complementaria	156

Adriano Tribín Piedrahíta: Fundador del Festival Nacional

del Folclor de Ibagué	157
El hombre público y líder cívico	159
El periodista, el hombre de la cultura y de la familia	160
El hombre de la paz y el organizador del Festival Nacional del Folclor	163
Significado y trascendencia del Festival	171
Los homenajes a su memoria y los Folcloritos	172
Guía complementaria	177

Pedro J. Sánchez: “El león del Tolima”

179	
Su vida	183
Jornadas de gloria	187
El paseo victorioso	190
Participación internacional	192
Su vida personal	192
Reconocimientos	193
Guía complementaria	194

Cronistas

Presentación

La serie institucional de la Universidad de Ibagué *Tolimenses que dejan huella* llega al octavo año de actividades con la presentación del séptimo volumen de crónicas. El proyecto se creó en 2013 con el propósito de divulgar las historias de tolimenses que han descollado en diversos quehaceres de la ciencia, la academia, las artes o el deporte y que se erigen como modelos dignos de imitar. Se trata de hombres y mujeres que han labrado el desarrollo de la región, a base de trabajo duro, constancia y disciplina; o bien, son tolimenses que han emigrado a otras regiones o países y se han destacado en sus profesiones; también incluye ciudadanos llegados de otras tierras, que se han radicado en el Tolima y han contribuido al engrandecimiento del Departamento. En su conjunto, estas personas hacen parte de la tolimensidad, de aquello que nos identifica, que nos hace sentir orgullosos de pertenecer a esta tierra y, por eso, la vida de estos ciudadanos merece contarse y difundirse.

El mensaje de fondo es mostrarles a los jóvenes que no es necesario emigrar o buscar referentes en el extranjero para inspirarse o para alcanzar metas importantes. Aquí contamos con investigadores, científicos, empresarios, profesionales, artistas y deportistas, cuyos logros vale la pena emular.

Este séptimo volumen incluye las crónicas sobre la vida de seis personajes destacados. El primero de ellos es el poeta y músico Diego Fallon (1834-1905). El autor del poema *La Luna* dejó una huella indeleble en la literatura colombiana e hispanoamericana. El cronista José Afranio Ortiz Bernal narra con lujo de detalles el periplo vital del poeta, en cuyo honor se le otorgó el nombre de *Falan* al municipio que lo vio nacer.

Hernando Hernández Quintero nos deleita con la crónica sobre la vida de Carmenza Rocha Castilla, educadora, comprometida con el bienestar de los maestros y que también desempeñó un rol prominente en la política como concejal, representante a la Cámara, embajadora y alcaldesa de su natal Chaparral.

El escritor Libardo Vargas Celemín escribió la crónica sobre Nelson Romero Guzmán, considerado uno de los mayores exponentes de la poesía colombiana en la actualidad. El cronista acompañó al poeta durante un día en su natal Ataco y allí conoció los pormenores de su vida.

Luz Ángela Castaño González elaboró la crónica sobre el investigador César Augusto Velandia Jagua, nacido en Santander, pero que echó raíces en el Tolima y ha dedicado su existencia a la docencia en la Universidad del Tolima, donde fundó el Museo Antropológico. Con sapiencia y un manejo cuidadoso del lenguaje, la cronista nos conduce por la vida de este eximio científico que, además, es uno de los más profundos conocedores de la cultura San Agustín.

Afranio Ortiz escribió sobre la vida de Adriano Tribín Piedrahíta, personaje que perdurará en la memoria de los tolimenses, pues gracias a su tenacidad y entusiasmo se creó el Festival Folclórico Colombiano que, en su origen, sirvió para sanar las profundas heridas y restablecer las relaciones rotas que dejó la violencia. La festividad fundada por Tribín se constituye en la esencia del sentir tolimense alrededor de las fiestas de San Juan.

El exdirector del diario regional El Nuevo Día, Antonio Melo Salazar, escribió la crónica sobre el ciclista tolimense más destacado de todos los tiempos, Pedro J. Sánchez. El cronista describe con una maestría inigualable la proeza histórica de Pedro J. al conquistar la Vuelta a Colombia en 1968, cuando esta competencia concitaba el interés de los colombianos de todas las edades que seguían día a día los pormenores de las etapas y se volcaban a calles y carreteras para observar el paso de sus ídolos.

Estos personajes son los ejemplos que, en esta ocasión, pretendemos que descubran nuestros lectores, especialmente, los jóvenes. Los invitamos a que se aproximen a su entorno, que conozcan las dificultades que debieron

superar y los éxitos que alcanzaron. Estos ciudadanos no se amilanaron ante los reveses de la fortuna. Hoy son modelos de tenacidad, liderazgo, perseverancia, disciplina y honestidad, y han dejado profunda huella en la historia tolimense.

Al final de cada crónica, el lector encontrará una guía con preguntas orientadoras que puede ser consultada por maestros y estudiantes. Buscamos que les ayuden a nuestros jóvenes a profundizar en el contexto histórico en el que se desarrollaron los personajes, y contribuyan a comprender su entorno y sus decisiones. La docente Sandra Gutiérrez Abella, de la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, se encargó de elaborar cinco de los seis cuestionarios y contó con el apoyo de la profesora María Camila Celis Castiblanco, de la misma Facultad, quien preparó las preguntas de una de las guías. Para ellas, nuestros agradecimientos por esa valiosa y desinteresada colaboración.

Con este volumen son 55 los personajes e instituciones de gran trascendencia para el Departamento, cuyas historias se han editado. Los libros se encuentran publicados en el Repositorio Institucional de la universidad de Ibagué (<https://repositorio.unibague.edu.co/handle/20.500.12313/77>), donde también se pueden descargar las crónicas de manera independiente.

Alfonso Reyes Alvarado

Rector

Universidad de Ibagué

Diego Fallon Carrión

El poeta de la luna

José Afranio Ortiz Bernal



Fotografía de Diego Fallon. Fuente: Banrepcultural.

Título: Diego Fallon Carrión

Autor: José Afranio Ortiz Bernal

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/701>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



A Diego Fallon

Cuando de tus estancias sonoras
las solemnes imágenes
en los lejanos siglos venideros
ya no recuerde nadie,
cuando estén olvidados para siempre
tus versos adorables,
y un erudito, en sus estudios lentos,
descubra a Núñez de Arce,
aun hablarán a espíritus que sueñen
las selvas seculares
que se llenan de nieblas y de sombras
al caer de la tarde.
Tendrán vagos murmullos misteriosos
el lago y los juncales,
nacerán los idilios
ente el musgo, a la sombra de los árboles
y seguirán forjando sus poemas
naturaleza amante
que rima en una misma estrofa inmensa
los leves nidos y los hondos valles.

José Asunción Silva

*Yo no he sido poeta, sino por despecho de no haber
podido ser músico de profesión.*

Diego Fallon

En uno de los más bellos parajes del norte del Tolima rodeado de verdes montañas con un paisaje exótico y tropical donde la inmensidad de la naturaleza se pierde en el horizonte y se divisa a lo lejos el legendario e imponente río Magdalena, nace el 10 de marzo de 1834 uno de los más grandes poetas colombianos del siglo XIX, Diego Fallon Carrión, de origen irlandés. En este pequeño pueblo minero, rico en oro, plata y frutos de la tierra, fundado en el siglo XVIII llamado Santa Ana de las Lajas, hoy conocido como Falan, en su honor, es donde nace, pasa su infancia y hace sus primeras letras en la escuela pública el autor de la más hermosa poesía sobre la luna, escrita en lengua castellana.

El nombre del poeta Diego Fallon Carrión aparece indeleble en la historia de la literatura colombiana y en varias antologías de la poesía latinoamericana, que incluyen siempre tres de sus poesías maestras: *La palma del desierto*, *Las rocas de Suesca* y por supuesto, *La luna*. Diego Fallon será uno de los precursores de la corriente poética de origen francés conocida como el Parnasianismo, y se constituyó como uno de los célebres representantes del Romanticismo en Colombia, cuando esta corriente ya había finalizado su ciclo en Europa. La obra conocida de Diego Fallon fue publicada por primera vez en 1882, a los 48 años de edad del autor; edición prologada por Miguel Antonio Caro, escritor, editor, político y expresidente de Colombia, fundador de la Academia Colombiana de la Lengua.

Como músico, según Albeiro Arias (2012), en su tesis de grado de maestría en Literatura: *Poesía del Tolima (1905-1955): Bibliografía y panorama de autores*: “Fue el primer maestro de piano de la Academia Nacional de Música de Bogotá y uno de los primeros profesores de Estética del Colegio del Rosario. Para facilitar el aprendizaje y para dar mayor extensión al conocimiento musical, creó y editó en 1885: *El arte de leer, escribir y dictar música*. Este texto consiste en 50 capítulos que explican su sistema alfabético e integran algunas de sus composiciones, cuestionarios, traducciones y equivalencias con el sistema tradicional”.

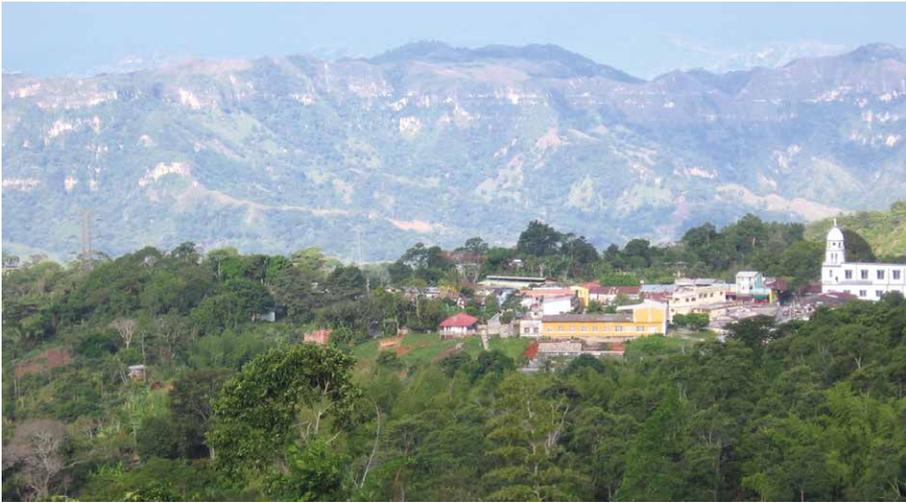
Hablaba perfectamente el inglés y francés y fue un estudioso del italiano y el latín. Llevó una vida discreta como maestro de inglés y matemáticas y daba clases particulares de música, siendo también profesor de canto y música en la escuela de literatura y filosofía de la Universidad Nacional de Colombia.

La historia de su pueblo natal

El contexto de la región y de la época donde va a nacer Diego Fallon se remonta a los siglos XVI y XVII, cuando en este territorio existían asentamientos indígenas antes y después de la Conquista española. Esta región fue tierra de la familia de los Pantágoras y del famoso cacique Yuldama, quienes fueron sus primeros pobladores. Debido a la riqueza minera de oro y plata, hubo una gran afluencia de españoles, especialmente hacia la hoy vereda de Lajas.

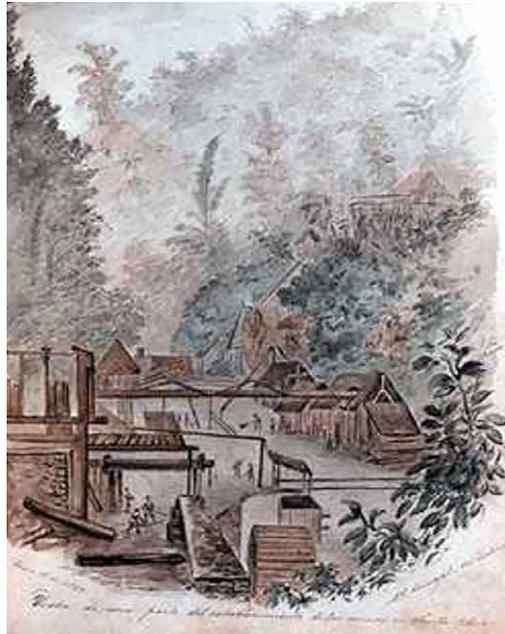
El año de 1640 es el de mayor apogeo en la producción minera con nueve minas y tres ingenios de caña de azúcar. Las minas reales de Santa Ana y la de Las Lajas, que se comenzaron a explotar a finales del siglo XVI, eran distintas a las minas reales que existían en el Chocó en la misma época, ya que corresponde a una minería de veta, cuya característica principal fue su inestabilidad debido a que la duración del asentamiento dependía de la riqueza del yacimiento, mientras que las del Chocó eran de aluvión, como lo expone Gabriel Poveda Ramos en *La minería colonial y republicana, cinco siglos de variantes y desarrollos* en la Edición n.º 151 de 2002 de la Revista Credencial Historia.

El pueblo será fundado el 3 de septiembre de 1749, con el nombre de Santa Ana de las Lajas, luego recibirá el nombre de Rosario de las Lajas y después, Santa Ana. Años más tarde, en el siglo XX, mediante Ordenanza número 047 del 2 de mayo de 1930, la Asamblea Departamental del Tolima por petición del Concejo Municipal le cambiará el nombre de Santa Ana por el de Falan, en memoria del poeta Diego Fallon, su hijo más ilustre.



Panorámica de Santa Ana, hoy Municipio de Falan (Tolima). Fuente: Foto página web Alcaldía de Falan.

En 1785, bajo el gobierno colonial español del arzobispo-virrey Caballero y Góngora, las minas de oro y plata de Santa Ana y Las Lajas, pertenecientes a la provincia de Mariquita, fueron administradas por José Celestino Mutis, sacerdote español, botánico y matemático, quien dirigió la Real Expedición Botánica. En esta época llegarán a estas minas personajes célebres que recorrerán sus caminos, como los sabios Juan José Delhuyar y Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio



Vista parcial de las minas de Santa Ana. Acuarela de Manuel Doroteo Carvajal, enero 18 de 1859. Fuente: Fondo Cultural Cafetero, Bogotá.

Zea, Alejandro Humboldt, Bonpland y el mismo Simón Bolívar quien en su último viaje en 1830, cuando se dirigía a la quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, visita las minas de Santa Ana.

Después de la Independencia de Colombia en el siglo XIX, Santa Ana era una aldea próspera donde la explotación de las minas de oro y plata se realizaba por cuenta de compañías inglesas que habían arrendado el derecho de su explotación al Gobierno colombiano. En efecto, en 1824 el Gobierno Soberano de la República de Colombia arrendará las minas de Santa Ana y la Manta a la Casa de Herring, Graham y Powels, por cuenta de la Asociación Colombiana de Minas de Londres, contrato que fue prorrogado en 1853 y 1871 en favor de otras sociedades. El primer superintendente fue Mr. Robert Stephenson, hijo del ilustre Georges Stephenson constructor de la primera locomotora y de los primeros ferrocarriles, quien llegó acompañado en 1833 de Thomas Fallon O'Neill, médico, mineralogista y naturalista irlandés, padre de Diego Fallon, tal como lo narra Vicente Restrepo, en el capítulo VII: El Tolima en *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, editado en 1979 por el Fondo Rotario de Publicaciones FAES, Bogotá.

Vida familiar, juventud y educación

A los pocos meses de estar trabajando en las minas, Thomas Fallon conocerá en Mariquita a la señorita de origen español Marcela Carrión y León y Armero, con quien contraerá rápidamente nupcias. Thomas Fallon se enamora perdidamente de Marcela Carrión, bella mujer tolimense de origen andaluz, a quien le promete amor eterno. De esta unión amorosa nacerán dos niñas, Tomasa y Cornelia, y Diego Fallon.

Diego se educará en sus primeros años en un ambiente familiar y en la escuela pública, donde aprenderá sus primeras letras y cultivará su vocación artística. Según lo expone Albeiro Arias en su tesis de grado de la Universidad Tecnológica de Pereira (Ibagué): “Su madre descubrirá en Diego cierto gusto por la música y le regalará, para estimular esta vocación, dos instrumentos musicales, un violín y una guitarra. Después

vendrá el piano y su interés por entrar en Bogotá a la Compañía de Jesús, dada su devoción y fe católica, hecho que no se concretó por ser único hijo varón y no ser del agrado de su padre. Con la expulsión de los jesuitas en Colombia en el año de 1850, su padre optó por enviarlo con sus dos hermanas a Europa”. Sus hermanas se quedaron estudiando en un convento en Francia y “Diego se fue a estudiar en un instituto protestante en Londres bajo la protección de Roberto Stephenson, el viejo y rico amigo de su padre con quien trabajó en las minas de Santa Ana”.

Más tarde, continua Arias: “Diego preferirá pasar al colegio de Jesuitas de Stonyhurst y al final terminará en el Colegio de Ingenieros de New Castle donde estará cinco años, allí estudió matemáticas y terminó su carrera de ingeniero especialista en ferrocarriles, profesión que nunca ejerció. El padre se opuso a la vocación de Diego por la música, motivo por el cual Stephenson hizo lo posible por alejarlo de esta inclinación en Europa, retándolo a componer una obra que finalmente fue examinada por el director del Conservatorio de San Marcos de Venecia, quien halló en ella gran calidad. Stephenson se volvió un aliado en su afición y terminó convenciendo a don Thomas del talento de su hijo”.

Es fácil inferir, conforme lo expresará en una entrevista con el autor de esta crónica, el poeta Luis Carlos Fallon, bisnieto de Diego Fallon: “Las relaciones filiales y fraternas de Diego Fallon fueron de una sensible afectuosidad y de profundo respeto. La devoción por su padre lo llevó a complacer el deseo paterno de estudiar Ingeniería, pese a que no era esta la profesión que le agradaba desempeñar en la vida. Durante su permanencia de estudio con sus hermanas en Europa se sabe que las jóvenes vivían en París, donde adelantaban estudios superiores, mientras el diligente estudiante residía en Londres, por lo que se cruzaban cariñosas cartas entre ellos y también con sus padres. En una de las misivas de Tomasa, la hermana mayor, intercede por el poeta pidiéndoles a sus padres que por favor le compraran un relojito a su hermano, ya que el pobrecito siempre tiene que salir de su habitación, aún durante el frío invierno inglés, a mirar la torre de la iglesia, para averiguar la hora. El poeta, a su turno, les

escribía a sus dos hermanas cartas en las que les recomendaba cuidarse mucho, a la par que les confesaba la inmensa falta que le hacían. De sus experiencias con la música, se quejaba de que las brujas siempre estaban silbándole melodías en sus oídos”.

Don José Joaquín Casas, uno de los biógrafos más cercanos, narra en *Semblanza de Diego Fallon*, Editorial Minerva, 1935, Bogotá, que: “Como quiera que en muchas ocasiones al poeta le comentaban sobre el gran parecido físico entre él y su adorada hermana menor Cornelia, él contestaba que la gran diferencia era que a él lo habían escrito en prosa mientras a su hermana menor la habían escrito en verso”.

Diego regresará solo de Europa, después de ocho años de ausencia de su patria y de su casa paterna y llegará a Muzo (Boyacá), donde sus padres residían desde hacía varios años. Triste y abatido por la pérdida de sus dos hermanas Tomasa y Cornelia, la mayor en París y la menor en altamar, Diego llevó en su corazón la tristeza de su pérdida irreparable por toda la vida. En Muzo acompañará durante dos años a su padre dedicándose al estudio de las minas de esmeraldas y de estas piedras preciosas famosas en el mundo.

Diego regresará solo de Europa, después de ocho años de ausencia de su patria y de su casa paterna y llegará a Muzo (Boyacá), donde sus padres residían desde hacía varios años. Triste y abatido por la pérdida de sus dos hermanas Tomasa y Cornelia, la mayor en París y la menor en altamar, Diego llevó en su corazón la tristeza de su pérdida irreparable por toda la vida. En Muzo acompañará durante dos años a su padre dedicándose al estudio de las minas de esmeraldas y de estas piedras preciosas famosas en el mundo.

En 1860, la familia se trasladó a Bogotá, donde comienza una nueva vida para Diego, quien poseía el carisma, la buena educación y la formación intelectual necesaria para obtener una notoria relevancia en el medio social e intelectual de la capital. Era un elegante joven romántico, apuesto, atento y afable que ganaba rápidamente la confianza



Dibujo al carboncillo de Cornelia Fallon Carrión, hermana menor del poeta. Dibujo de Diego Fallon. Fuente: Álbum de la familia Fallon¹

¹ Entrevista de José Afranio Ortiz Bernal al poeta Luis Carlos Fallon Borda, bisnieto de Diego Fallon, Ibagué – Miami (USA), 2019.

y la admiración de sus contertulios. Tocaba el piano, el violín y la guitarra, componía canciones de ocasión y tenía el don de la palabra fácil, armoniosa y expresiva; dibujaba retratos a lápiz con mucha delicadeza y talento. Imitaba a la perfección, y sin ofender a nadie, no solo el lenguaje y el ademán de las personas más famosas de Bogotá, sino el canto de las aves, el murmullo de las aguas, el chasquido del rayo, el chirrido de las bisagras mohosas, y mil cosas más. Fue simpático y comunicativo a pesar de su tristeza. Era el alma de toda reunión y el convidado imprescindible de academias, tertulias y cenáculos, de fiestas y paseos, de comidas campestres y aventuras veraniegas.

Fue un gran virtuoso del arte de complacer y hacer reír a los demás. Su celebridad en tertulias hizo que inevitablemente llegará al “Mosaico”, conocida tertulia intelectual bogotana, donde era su principal animador. Finalmente, Diego, a pesar de no ejercer su profesión de ingeniero, fue miembro y fundador de la Sociedad Colombiana de Ingenieros en Bogotá.

En 1864 muere su padre Thomas Fallon y seis meses después fallece de pena moral su madre Marcela Carrión. La promesa de amor de sus padres se cumplió y los dos se fueron de la vida terrenal casi al tiempo. Por su parte, Diego se casó con Amalia Luque y Lizarralde, de Nemocón Cundinamarca, unión que duró casi cuarenta años y en la cual tuvieron cuatro hijos: Cornelia, María, Luis Tomas y Diego José.

El profesor y compositor de música

Diego Fallon fue uno de los primeros profesores de Estética en el Colegio del Rosario y el primer maestro de piano de la Academia Nacional de Música de Bogotá. Llevó una vida discreta como maestro de inglés, filosofía y matemáticas y daba clases particulares de música en los hogares de las familias más notables de Bogotá. Buen compositor de música, inventó un nuevo sistema de notación musical para facilitar y hacer más rápido su aprendizaje.



Diego Fallon y su esposa
Amalia Luque y Lizarralde



El poeta y sus nietas Gnecco Fallon



El doctor Luis Tomas Fallon Luque,
hijo del poeta



Luis de Jesús Fallon,
nieto del poeta

Fuente: Álbum de la familia Fallon

Albeiro Arias agrega: “No es de extrañar la analogía que Fallon hace entre la música y la poesía. Prueba de ello es el sistema de notación musical *El arte de leer, escribir y dictar música* que el mismo creó y editó, en el cual hace equivalencias alfabéticas, como lo explica Natalia Ramírez, ‘Diego no habría podido crear este nuevo sistema musical sin la ayuda de las matemáticas, el abecedario, la gramática y la métrica, involucradas estrechamente en sus lecciones: las vocales denominaban los siete valores musicales y las consonantes, las notas; los acordes y las melodías se escribían en línea recta creando extrañas y sonoras palabras que enumeraban el conjunto de notas de que se componían. Con letras también denominaba los silencios, los puntillos y las apoyaturas’.

Este sistema permitió que la música se pusiera al alcance de muchas personas que no pudieron aprender la clásica notación y que se difundieran algunas obras musicales relevantes como diferentes fragmentos de famosas óperas. Por algunos años se hizo realidad el sueño de Fallon de ver la notación musical no solo como lenguaje escrito, sino también como lenguaje hablado susceptible de ser dictado con rapidez, puesto al alcance de los ciegos. Fallon dominó a la perfección el lenguaje musical. Estos elementos requieren ejercitar una cualidad indispensable: la memoria musical, que es igual a la capacidad de observación de las artes figurativas como la pintura y la escultura. Además, por su capacidad para interpretar el piano, el poeta conoce el manejo de los movimientos o tiempos”.

Como también anotaría Pedro Alejandro Sarmiento Rodríguez, uno de sus estudiosos, en su Tesis de Musicólogo de la Universidad Nacional de Bogotá, en 2016, titulada: *El sistema Fallon: Método de notación alternativa para la enseñanza musical en Colombia (1867-87)*: “En 1867 el célebre poeta, compositor y músico Diego Fallon Carrión diseñó un novedoso método de notación musical con base en los principios métricos, ortológicos y fonéticos de la lengua castellana, que puso al servicio de músicos aficionados, invidentes y de sus alumnos de piano en casas particulares de la capital. Las ediciones del sistema llamadas por él mismo

fallongrafías son un testimonio del repertorio que se estudió y tocó en las casas de la burguesía bogotana, así como una huella tangible de la actividad musical de la capital. Por ellas se conservaron las obras musicales de Diego Fallon y de otros importantes músicos de la ciudad como Mattiozi, Achiardi, Síndici y Silva. A esta lista se suman dos nuevos compositores hasta ahora desconocidos, posiblemente una estudiante de Fallon y Ernesto Coup”.

Cronológicamente, en 1867, Diego Fallon inventa su sistema musical e imprime la primera fallongrafía, dándose a conocer la noticia de la invención en el periódico *La Caridad*. En este mismo año inicia su labor docente en la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. En 1869 publica en Bogotá el *Nuevo sistema de escritura musical* y el 6 de agosto de 1877, se funda el periódico El Zipa, donde se inicia en septiembre la publicación de su sistema musical. En 1881, funda la imprenta musical Diego Fallon y en 1883 publica las primeras partituras impresas con la fuente tipográfica musical *Diego Fallon*, en el Papel Periódico Ilustrado. En 1885, publica su libro *El arte de leer, escribir y dictar música* en su propia imprenta y el año siguiente inicia su periodo de docencia en la Academia Nacional de Música. En 1887, se publica el libro *Parnaso Colombiano* con los poemas *La luna* y *Las rocas de Suesca* y se publica la última fallongrafía. En 1889, la Academia Nacional de Música otorga el título de Pianista a Diego Fallon y en 1895, Dolores Andrade y Elena Álvarez Lleras publican su libro *Teoría de la música según el sistema Fallon*.

Entre sus composiciones se conocen *La Loca* y *La Vanguardia*; entre las obras traducidas para clarinete, violín, pistón, bandola y piano, se conocen *La Norma*, *La Lucía*, *El Trovador*, *La Traviata*, *La Hija del Regimiento Ana Bolena*; *El Elixir d' Amore* entre otras, expresa Sarmiento.

“Diego Fallon no habría podido crear este nuevo sistema musical sin las ayudas de las matemáticas, el abecedario, la gramática y la métrica, involucradas estrechamente en sus lecciones”, dice Arias. La música y su enseñanza eran para él parte integral de su vida, era su pasión y la difundía sin reservas en todos los sitios que frecuentaba: aulas de clase,

salones, casas de familia, cafés, tertuliaderos, plazas, en todas partes donde podía, pues para él, el músico de las palabras, la vida era música y la música esencia misma de la vida.

El ambiente literario del poeta de la luna

Hacia mediados del siglo XIX, el Romanticismo comenzó a dejar paso a nuevos movimientos literarios: los parnasianos y el simbolismo en la poesía, y el Realismo y el Naturalismo en la prosa. En el Realismo se mantienen y desarrollan ciertos aspectos del Romanticismo como el interés por la naturaleza y el interés por lo regional y lo local, lo costumbrista. Como lo narra Albeiro Arias en su libro *Poesía del Tolima* (1905-1955):

“La literatura colombiana en esta época se caracteriza por la imitación de las formas estilísticas predominantes en las literaturas europeas, especialmente la inglesa y la francesa. Tanto la novela como la poesía de la segunda parte del siglo XIX seguían los modelos románticos europeos y predominaban en ellos la fatalidad, la muerte y los sentimientos amorosos; pero también en estos modelos se rindió culto a lo nacional y a lo histórico. Buscaron recuperar el pasado histórico y despertar el gusto por el sabor local, adaptando los temas a la realidad y a la búsqueda de referentes que expusieran una identidad nacional, aludiendo y descubriendo elementos autóctonos. Hay también una fe en el cristianismo como doctrina unificadora de la sociedad y en la figura de Jesucristo como redentor de los humildes. En esta época están floreciendo las imprentas, los periódicos y las tertulias literarias e intelectuales. En dichas tertulias se conocen nuevas visiones sobre la poesía como es el caso de la influencia del parnasianismo francés de la segunda parte del siglo XIX. [...] Este movimiento es interesante porque rompe con el compromiso social e instaura lo que se ha dado en llamar el arte por el arte. En este escenario se desarrolla la poesía de Diego Fallon, quien en su corta pero interesante poética transita entre el Romanticismo tardío y el Parnasianismo”.

Y Arias agrega: “La tertulia de El Mosaico apareció en Bogotá en el segundo semestre de 1858, con el objeto de llenar un doble vacío. Por una parte, el que representaba la ausencia de instituciones orientadas al fomento de las artes y de la literatura en el país. Y de otra parte, el que correspondía al tipo de vida llevada por la elite cultural de un decaimiento de la vida social, manifiesto en un embotamiento de la vida asociativa del que únicamente se salía de cuando en cuando con las fiestas cívicas y religiosas, así como con algunos eventos sociales excepcionales que rompían la rutina diaria como matrimonios y entierros”.

En este contexto social y cultural de la época, el Parnasianismo —que es la búsqueda en la poesía de la perfección formal— se impone con poemas como *La luna* del tolimense Diego Fallon. “La primera vez que se divulgó *La luna* fue en una hoja suelta a cargo de Tomás Carrasquilla”, según Arias. Este poema se convirtió en un acontecimiento literario. El poema *La luna* fue catalogado como “uno de los más influyentes del siglo XIX”, según la Academia Colombiana de la Lengua.

Como lo cita Arias: “Inicialmente algunos poemas de Fallon circularon copiosamente en hojas sueltas difundidos desde la mencionada tertulia de El Mosaico, grupo literario con publicación homónima al que pertenecieron los poetas y escritores colombianos Manuel Ancizar, José Manuel Groot, Medardo Rivas, José Manuel Marroquín, José María Samper, Rafael Eliseo Santander, José María Vergara y Vergara, Ricardo Silva y Eugenio Díaz Castro, entre otros.

El argentino y diplomático Miguel Cané, quien residió en Bogotá en 1881, escribió en sus *Notas de Viaje* su crítica literaria sobre *La luna*: “¿Quién de entre nosotros no tiene perdida en la memoria la sensación deliciosa de una noche de luna, cuando, con el espíritu tranquilo bajo la plácida influencia de esas horas silenciosas, se sigue el rayo de luz entre los árboles, en los campos y en los cerros, poblándolos, como el haz luminoso sobre la cuna de Belén bajo el místico pincel de Durero, de visiones tenues y flotantes, de sueños y recuerdos?... ¿Cuál es aquel que, impotente para crear, no ha pedido al arte un reflejo, en el verso o el color, encontrándolo

a veces en la música, de esos diálogos íntimos entre el alma y las escenas de la noche, bajo la blanca luz de la luna?

El español Juan Valera, quien celebró los versos del poeta en sus famosas *Cartas americanas*, escribió sobre los versos de *La luna* en 1889, lo siguiente: ‘Sin que ninguna extravagancia caprichosa contribuya a su originalidad, que es grande, si bien más en la meditación, a que la contemplación induce, que en la misma meditación. Aun así, en la parte descriptiva hay notables bellezas, y el poeta nos hace sentir la calma magnífica de una noche de entre trópicos a la falda de los Andes. [...] Después, provocado el poeta por el silencio y reposo nocturnos, siente y expresa más alta inspiración: es teósofo primero y luego místico. Pero este Dios, que entrevé el poeta en el éter infinito, poblado de estrellas, se deja ver mejor en el fondo del alma, hecha a su imagen. El alma es más grande que el Universo todo y más capaz que el Universo de contener a Dios’.

El poema *La luna*, dice el también poeta Luis Carlos Fallon, bisnieto del poeta, entrevistado por el autor de esta crónica en 2019²: “A mi manera de ver, es una muestra de la deslumbrante capacidad del poeta para intuir la grandeza que yace en las misteriosas interioridades del alma humana y la exaltación de lo divino en un vuelo de finas imágenes trabajadas con plasticidad y fantasía, en las que elaboró profundas lucubraciones filosóficas”.

No en vano don Andrés Holguín, en su libro: *Antología crítica de la poesía colombiana 1874-1974*, editado por el Banco de Colombia en 1974, califica el poema *La luna* como “el mejor poema colombiano de todos los tiempos, según los académicos de la lengua”. El escritor Carlos Orlando Pardo cita a Antonio Gómez Restrepo, quien opina que: “*La luna* es una extraña mezcla de honda fantasía y reflexión que lo aproxima a los cantos del poeta Shelley”.

Continúa el bisnieto de Fallon en la entrevista: “En mi concepto, es *La luna* un excelso trabajo de preciosa orfebrería literaria en el que cada

² Entrevista de J.A. Ortiz Bernal al poeta Luis Carlos Fallon Borda, bisnieto de Diego Fallon, Ibagué – Miami (USA), 2019.

una de las palabras se haya cuidadosamente colocadas en el lugar que les corresponde dentro del verso, y se concatenan con tal exactitud que el poeta al tejer las estrofas, como fina filigrana, dota a cada vocablo de una maravillosa capacidad de proyectar la iluminada imagen de una idea. Cito una impactante frase testimonial que quizás indica la trascendental importancia que el poema *La luna* representa para el mundo hispano, oración que le escuché repetir a mi padre desde que yo era muy joven, pero cuyo autor lamentablemente no recuerdo. El estribillo dice así: ‘Si Hernán Cortés, con un puñado de hombres conquistó México, Fallon con un puñado de estrofas conquistó la luna’. Leamos algunos fragmentos de este bello y celebre poema de *La luna* de Diego Fallon, que hace parte esencial de nuestra literatura colombiana y latinoamericana.

La luna

(Fragmento)

Ya del Oriente en el confín profundo
 la luna aparta el nebuloso velo,
 y leve sienta en el dormido mundo
 su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
 su faz humilde al cielo levantada;
 y el hondo azul con elocuencia muda
 orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
 por himno funeral silencio santo,
 por solo rumbo la región vacía,
 y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh luna, a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
el campanario blanco de la aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vence a tu luz las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, oh luna,
vuelvo al través de solitarias breñas

a los lejanos valles, do en su cuna
do umbrosos bosques y encumbradas peñas.

El lago del Desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
donde la humana voz jamás se escucha;
laberintos de selvas y peñones.
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del Caos, por el mundo errantes;
náufragos rostros de la antigua Nada,
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Andrés Holguín, en la nota preliminar de su *Antología crítica de la poesía colombiana 1874-1974*, dice sobre Fallon al compararlo con Rafael Pombo, que “al contrario de la fecundidad y desborde de Pombo, Diego es cuidadoso en la forma, preciso, depurado, adivinándose algunas tonalidades parnasianas, casi modernistas. Al referirse a *La luna*, expresa Holguín: ‘La luna, que tiene, también, luz prestada de románticos y parnasianos, curiosamente amalgamados. Sus estrofas, largamente elaboradas, pulidas —hasta el extremo de que parecen bloques aislados, no fundidos en la unidad del poema— son a veces hermosas, a veces inútiles.’ Finalmente, agrega: ‘Un poema como *La luna* tiene un alcance universal con todo y el magnético simbolismo que representa para la humanidad el astro nocturno, el cual ha inspirado a multitud de autores y lectores en diferentes países del mundo y en distintas épocas de la historia. El talento y la genialidad de Diego Fallon, por lo tanto, le pertenecen no solamente

a Colombia sino también a la fecunda literatura latinoamericana, que con tanto brillo el poeta contribuyó a enriquecer”.

Su obra poética y su legado artístico

Como se mencionó en la cita de Arias: “Uno de los primeros críticos literarios que se interesó en la obra Fallon fue el español Juan Valera, quien celebró los versos del poeta en sus famosas *Cartas americanas*. En la epístola fechada el 15 de octubre de 1888, Valera dice sobre Fallon: ‘Mi distinguido amigo: Vuelvo a leer las dos únicas poesías que de Diego Fallon inserta el Parnaso colombiano, y reconozco más claro todavía cuán indisculpable hubiera sido mi falta si no hubiese yo hablado de ellas. No me atreveré a decir que sean las mejores de la colección; pero son, sin duda, las más originales, y cada una de ellas de muy extraña y distinta originalidad (1889:199)’”.

Sobre otro de sus famosos poemas afirma el crítico español, citado por Arias: “En *Las rocas de Suesca* vuela con gracia y tino la imaginación alegre y caprichosa del poeta para describir un lugar alpestre, prestando vida, palabra y animación a los peñascos enormes. Lo grotesco, colosal de aquel conjunto de gigantes petrificados, que recobran la vida conjurados por el poeta, se infunde en el espíritu del lector, el cual se siente transportado a un mundo fantástico, donde en lo esquivo y solitario de las montañas, lejos de los hombres, hablan y discurren las piedras, y refieren sus lances de amor y fortuna de hace muchísimos siglos, allá en las edades primeras de este globo que habitamos (1889: 199)’. Valera compara los versos de Fallon con los del poeta y filósofo Terencio Mamiani. ‘Pero si los versos de Mamiani son elegantísimos y sublimes, los de Fallon, por otro camino, como desate portentoso de fantasía, tienen no muy inferior valor. [...] El mérito de los versos de Fallon está más en lo descriptivo y en el efecto total de la pintura que su fantasía anima’”.

Veamos algunos fragmentos del poema *Las Rocas de Suesca*, en el que se refleja la imaginación y la capacidad descriptiva del poeta que señala acertadamente Valera.

Las rocas de Suesca

(Fragmentos)

Coronados de pencas y de arbustos,
sobre altos precipicios suspendidos,
ved de gigantes los informes bustos
en éxtasis eterno sumergidos.

Un gesto horrible allí petrificado,
con nariz trunca y arrugada frente,
decir padece al que le queda al lado
que le pisan un callo eternamente.

De otro coloso en la entreabierta boca
las águilas sus nidos han formado
y del labio inferior bermeja roca
cuelga como la lengua del ahorcado.

Cruzan con la mirada el horizonte
cuatro patriarcas de semblante duro,
a quienes miran del opuesto monte
otros patriarcas de guijarro puro.

Y por saber si a conversar se prestan,
—¿Qué hacéis ahí?— preguntoles en verso,
y en mudo endecasílabo contestan:
“Aguardamos el fin del universo”.

“La producción poética de Diego Fallon fue recogida y publicada por primera vez en 1882 por Miguel Antonio Caro en un volumen titulado *Poesías de Diego Fallon y José María Roa Bárcena* (Bogotá: Librería

Americana, 1882. 160p.). En este libro aparecen 15 poemas: ‘La Luna’, ‘Reminiscencias’, ‘Las Rocas de Suesca’, ‘A la palma del desierto’, ‘Min-tamos’, ‘A la fuente de Nemocón’, ‘A una naranja’, ‘Crepúsculo’, ‘La flor silvestre’, ‘Al señor J. T. Gaibrois’, ‘En la montaña’, ‘A la señora Lastenia S. de Soffia’, ‘El rayo’”, afirma Arias.



Luis Carlos Fallon Borda (izquierda), bisnieto del poeta, con sus padres, Luis de Jesús Fallon y Cecilia Borda, Ibagué, Tolima, 1956. Fuente: Álbum de la familia Fallon.

Y continúa el autor citado: “Su obra fue recogida póstumamente en *Poesía* de 1916. Los poemas ‘El Espejo’ encontrado en el álbum de la Sra. Herboso y Últimos Versos de Fallon encontrado en el álbum Srta. Ana Elena García, dados a conocer en *Diego Fallon, su obra, juicios sobre ella y estudios sobre su vida*; publicación efectuada en 1934 en el centenario de su natalicio por el gobierno del departamento del Tolima. La edición definitiva de su breve creación poética se logró con el libro titulado *Diego de J. Fallon. Poesía* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1971), con textos introductorios y biográficos de José J. Casas, Luis M^a Mora, Víctor E. Caro y Miguel A. Caro. No se puede desconocer su obra de didáctica

musical *Arte de leer, escribir y dictar música: Sistema alfabético comparado con la notación conocida por Diego Fallon* (Bogotá: Imp. Musical de D. Fallon, 1885. 134p). También existen en los fondos de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá dos textos sin mayores datos que se titulan *Cartas literarias [manuscritos]: Ideas estéticas de Fallon*. Se trata de dos hojas manuscritas y *En la muerte de Diego Fallon [manuscritos]* de 1905, con 5 hojas”.

Su amor e identidad con la naturaleza

Diego Fallon ama a la naturaleza al igual que lo hacían todos los poetas románticos de su época, pero diferente a estos, que se caracterizaron por ser tristes, melancólicos y existencialistas, él se enfoca con alegría en la belleza de los objetos y en la forma misma del poema, como lo hace en la *Palma del desierto*.

A la palma del desierto

(Fragmentos)

¡Palma gentil, del bosque soberana!
 Yergue tu cuello ufana,
 que ante tu excelso tronco,
 la techumbre de la alta selva apenas es alfombra
 de tendida tu sombra
 ondula del ocaso a la áurea lumbre!

Y si al hechizo de tu esbelto talle
 desde lejano valle
 vuela a pulsar enamorado viento
 tus muelles flecos en la noche umbría,
 tu copa al cielo envía
 himnos de amor en regalado acento.

El poeta tolimense, agrega Arias, “al igual que los románticos acude a la búsqueda de referentes que mostrarán una identidad nacional, aludiendo y exaltando lugares naturales autóctonos como sucede con el poema *Las rocas de Suesca* en homenaje a la milenaria cadena montañosa de formaciones rocosas ubicadas en el municipio de Suesca al norte de Bogotá y las Fuentes de Nemocón ubicadas a unos 65 kilómetros de la capital colombiana. Con estos dos poemas se busca recuperar cierto gusto por el sabor local al hacer uso de un lenguaje cotidiano y temas particulares de Cundinamarca. [...] En el poema *A la fuente de Nemocón* la voz poética canta con cierta aflicción porque esta belleza natural de otros tiempos ha sido acabada por la mano del hombre, convirtiendo su cauce en catacumba y su manantial en una tumba hueca”.

Diego Fallon, como bien lo describe Arias, “se interesa por el universo, ve los aspectos más sencillos y humildes de la naturaleza para tratar de rescatar lo espiritual del ser humano, es un idealista que ve en el paisaje un reflejo de los profundos estados del alma. [...] Fallon es contemplativo y observador, soñador y meditativo. Sus poemas recurren a la plasticidad. Por tanto, son muy visuales, de imágenes que adquieren dinamismo. La descripción es uno de los elementos más característicos en su obra. El objeto o tema descrito puede ser cualquier elemento de la naturaleza generalmente realidades físicas. Pero estos cuadros no son objetivos sino anímicos, psíquicos y subjetivos, influyendo en la imagen que el receptor se forma del objeto descrito”.

El poeta y escritor Manuel Antonio Bonilla, citado por Arias, en *Diego Fallon su obra literaria* publicado en 1934, explica como “Fallon en su poesía es pintor, escultor y músico”. Y agrega: “El poeta aunque no rechaza la métrica tradicional, modifica su uso en la ejecución, por ejemplo mezclando versos de arte mayor con versos de arte menor, desplazando el soneto tradicional 4-4-3-3 por el uso exclusivo de cuartetos, quintetos, sextetos, etc. Las rimas también se realizan en algunas ocasiones de manera libre”.

La fértil imaginación del poeta, dice su bisnieto, Luis Carlos Fallon, en la entrevista realizada por el autor de esta crónica: “Se vio también vigorosamente estimulada por el deslumbrante paisaje natural que él conoció en la hermosa región tolimense donde transcurrió su infancia. Su imaginación se nutrió con los pintorescos paisajes de las verdes laderas y sus regias montañas. La mágica extensión de las sabanas de Zipaquirá y Nemocón, o el precioso entorno de las Rocas de Suesca, impresionaron aún más su espíritu, y contribuyeron a agudizar su desbordante creatividad. El poeta se mostró siempre sensible ante el universo; reconoció las más humildes y sencillas manifestaciones de la naturaleza, se permitió sensibilizarse con ella para elevar el espíritu humano y encumbrarlo en la más alta esfera de la filosofía, y el reconocimiento de sus propias y más íntimas emociones. He ahí el influjo del determinismo geográfico del cual hablara Ratzel”.

“Otra característica del poeta consiste en revestir a los objetos inanimados de la naturaleza con características y/o cualidades físicas, morales y psicológicas, como son los sentimientos, las preocupaciones y las acciones propias de los seres humanos; metáforas ontológicas conocidas técnicamente como prosopopeya o personificación”, agrega Arias. Fallon ve en el paisaje un reflejo de los profundos estados del alma.”

Su humanismo y sus anécdotas

En relación a su condición y sentimiento humano, así como a algunas de sus anécdotas dejemos a uno de sus bisnietos y grandes admiradores, el poeta Luis Carlos Fallon, narrar estos aspectos importantes de su vida y de su personalidad, así: “Siempre se conocía en la familia por tradición oral que el poeta se preocupaba por impartir a sus hijos constantes recomendaciones y consejos sobre la importancia de servir a los demás con humildad y sin espera de recompensa alguna. El poeta, fiel a su tradición irlandesa fue siempre un católico creyente. Su depurada naturaleza lo llevó a ser sensible, solidario y compasivo con sus semejantes. Escuché de

mi padre que su abuelo, el poeta, tenía por costumbre dar siempre alguna ayuda económica a cierto necesitado parroquiano que regularmente la solicitaba. Como era ya costumbre un buen día, al paso del mismo, él estiró su mano en actitud de espera y don Diego, un poco avergonzado, le dijo: ‘Me perdonas pero hoy sí que no tengo ni un céntimo que ofrecerte; no he recibido nada aún por mis lecciones’. El hombre, en un tono alegre al escuchar sus palabras, le contestó: ‘Tenga don Diego; comparta conmigo estos pesitos’. El poeta agradeció su gesto y con alegría aceptó el dinero”.

Con referencia a la entrañable relación con su esposa, Amalia Luque y Lizarralde, queda para la posteridad esta anécdota contada por su bisnieto: “Iba por la calle como acostumbraba caminando un poco distraído, seguramente repasando una nueva composición musical o simplemente mascullando sus pensamientos, cuando en forma inconsciente caminé tras de una bella y atractiva dama que robó completamente su atención. Cuando le dio alcance y estuvo cerca de ella advirtió que se trataba de su propia esposa, entonces le hizo esta confesión:

‘Solo por amor tuyo he pecado contra ti”.

Otra curiosa y a la vez divertida anécdota sobre Diego Fallon la cuenta su biznieto de esta manera: “Camino a la ceremonia de posesión de su cercano amigo don Miguel Antonio Caro, para asumir el cargo de presidente de la República varios destacados ciudadanos conservadores asistían y Fallon entre ellos. Ya cerca al Capitolio, otro de sus amigos, liberal, por supuesto, al observar el riguroso y elegante traje negro que vestía Diego Fallon, con cierta sorna, le preguntó: Doctor Fallon, ¿de quién es el entierro?, y el poeta con igual agudeza le respondió: Del Partido Conservador; y agregó,



Diego Fallon. Fuente: Álbum de la familia Fallon.

¡pero la familia aún no lo sabe! Genial muestra del calambur y la chispa santafereña de la época”.

Otras anécdotas, continua su bisnieto, “que pueden dar muestra de su buen humor, según José Joaquín Casas, fueron sus gráficas descripciones en las que se mostraba entre jovial y ocurrente. Definía que dormir era como desensillar la imaginación, a la que llamaba la loca de la casa, para echarla a pastar al potrero. El poeta siempre infundió a su familia profunda enseñanzas sobre valores morales, que también se las comunicaba a sus discípulos, según la ocasión”, explica Luis Carlos Fallon.

Y luego agrega: “Llama poderosamente mi atención, el depurado concepto de mi antepasado sobre la gran responsabilidad moral que tiene el escritor frente a la sociedad en el ejercicio de su oficio, al dejar consignado lo siguiente: ‘Dios no juzga al escritor sino hasta el último día, en el que el último de sus pensamientos haya dejado de influir sobre el último de sus lectores. He aquí magníficamente expuesta la profundidad de su pensamiento”.

Su muerte y su memoria a través del tiempo

El poeta de *La luna* morirá plácidamente rodeado de su familia un 13 de agosto de 1905 en Bogotá, en pleno albor del siglo xx. Actualmente es necesario hacer un reconocimiento a la vida y obra de Fallon que nos permita conocer y releer su poesía, para revisarla y valorarla en toda su dimensión dentro del contexto de su época y ver su capacidad de asombro ante la naturaleza y su humanismo plasmado en todos los actos de su vida.

Él seguirá siendo, sin duda, uno de los poetas más importantes del Tolima y de Colombia, por su importante contribución literaria a la transición entre el romanticismo y el modernismo en el país y en el continente. Lo importante ahora es saber de qué manera el Tolima y el municipio de Falan deben rescatarlo como uno de los grandes personajes que dejaron huella y que la juventud conozca la vida y la obra de un poeta que no se precipitó por publicar ni por ser famoso, sino por la perfección de su trabajo literario. Un ejemplo de ello, es su extenso y famoso poema *La luna*, en el cual invirtió en su elaboración 14 años.

Es importante destacar que Diego Fallon y José María Samper fueron los dos más grandes escritores del Tolima, en el panorama nacional de las letras en el siglo XIX. Este hombre querido y reconocido en su tiempo por su creatividad, cultura y humanismo como todos los grandes hombres consagrados a las letras, fue modesto y sencillo y más dedicado a la enseñanza de la música y los idiomas. Diego era un verdadero maestro dedicado a ser útil a sus semejantes y a la sociedad en general.

Su vida en el Tolima, y en particular en el municipio de Falan, fue hasta su adolescencia y ella es completamente desconocida cuando se investiga su biografía, dado que sus padres lo enviaron adolescente, primero, a Bogotá y luego a Londres a estudiar y a formarse como Ingeniero, a pesar de su vocación religiosa y artística. Diego fue un joven privilegiado por su padre irlandés y su madre colombiana, que contaron con recursos y relaciones sociales de alto nivel en su época de gran convulsión política nacional. No obstante, su amor por el Tolima y su pueblo natal es incontestable y él se encuentra plasmado en *La luna*, su más importante creación poética.

Es significativo destacar que el municipio tolimense que hoy lleva su nombre no solamente le hace un homenaje al poeta y al gran intelectual y humanista que fue Diego Fallon, sino también a sus padres que hacen parte de la historia de este pueblo minero y agrícola, que vivió durante muchos años del oro y de la plata y que gracias a estos ricos minerales se funda esta población recuperándose, con los Fallon y las compañías inglesas, su historia, su memoria y sentido de pertenencia como municipio tolimense, territorio históricamente prospero, ruta del oro con Mariquita y Honda durante la Colonia y hoy región de gran desarrollo agroturístico, por su territorio, historia, cultura y belleza natural.

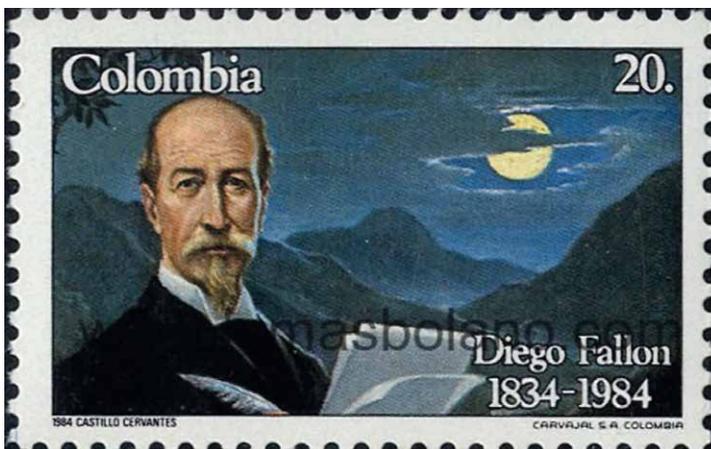
Falan, *balcón natural* del norte del Tolima como lo llaman sus habitantes, ha dejado huella en la historia nacional; primero, por sus minas abandonadas y actualmente recuperadas turísticamente como las que hacen parte de la “Ciudad Perdida”, reserva natural ecoturística y luego, por ser uno de los lugares importantes donde se desarrolló la famosa Expedición Botánica dirigida por el sabio Mutis.

Hoy Diego Fallon sigue vivo en la memoria de los tolimeses y colombianos, en los escritos y estudios sobre su obra a nivel continental y en particular, en su pueblo natal que lleva su nombre junto a su Biblioteca y la Institución Educativa de Bachillerato Diego Fallon de Ibagué, que como símbolo de identidad y emblema institucional canta desde hace muchos años el “Himno Dieguista”, escrito por el licenciado de música del Conservatorio del Tolima, José Benedicto Moreno.

Diego Fallon, el poeta de *La luna* y orfebre de las palabras, quien cantó a la naturaleza y a la vida, seguirá enraizado en la poesía de las nuevas generaciones que al seguir su ejemplo no podrán dejar de escribir como él, en alguno de sus poemas o versos a la versátil y enigmática luna que nos seduce con su brillo y nos invita a exclamar como diría su poeta enamorado:

¡Cuán bella, oh luna, a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franizando en torno tu dosel de nubes!

Los homenajes al poeta



Estampilla nacional en homenaje al poeta en los 150 años de su natalicio.

Fuente: Luis Carlos Fallon Borda.

Para el sesquicentenario de su natalicio en 1984, el poeta recibirá el homenaje nacional del gobierno del presidente Belisario Betancur con la emisión postal de una estampilla, en la que está su busto y el paisaje nocturno de la luna entre el fondo de las montañas de Falan. El diseño multicolor es de Ignacio Castillo Cervantes, en un tamaño de 40x25, impreso por Carvajal S. A., bajo la Resolución del Ministerio de Comunicaciones y de la Administración Postal Nacional n.º 0342 de 1984.

Mediante la Ley 18 de 1911 del Congreso Nacional de la Republica de Colombia, se Honra la memoria de Diego Fallon, así:



Busto del poeta Diego Fallon en el patio de la Biblioteca Nacional en Bogotá.
Fuente: Luis Carlos Fallon Borda

El Congreso de Colombia

Decreta:

Artículo 1. En homenaje a la memoria de Diego Fallon, el busto del profundo pensador, insigne maestro y altísimo poeta, será costeadado con fondos públicos y colocado en el salón de exposiciones de la Escuela Nacional de bellas Artes.

Artículo 2. En el presupuesto se incluirá la partida necesaria para la ejecución de esta Ley.

Parágrafo. Copia auténtica de ella será enviada a la señora viuda de Fallon. Dado en Bogotá a cinco de octubre de mil novecientos once.

El Presidente del Senado, P. A. Molina.

El Presidente de la Cámara de Representantes, Diego A. Mendoza.

El Secretario de la Cámara de Representantes, Miguel A. Penaredonda.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Durante mucho tiempo el territorio que hoy corresponde al municipio de Falan brilló por su prosperidad económica y social. ¿Puede explicar por qué? Consulte qué sucedió con las minas que allí existieron. ¿Qué personajes de la historia cruzaron por sus tierras? ¿Por qué?
2. Cuando el poeta Diego Fallon regresó al país inició su vida laboral como maestro de matemáticas, inglés, filosofía y música. Para enseñar mejor la música, desarrolló un método muy particular que facilitó su aprendizaje. Investigue qué fue el Sistema Fallon y en qué radicó su importancia.
3. Hacia mediados del siglo XIX, el ambiente intelectual en el país se encontraba influenciado por las corrientes literarias europeas. Todo ello condujo al joven poeta Fallon a desarrollar un estilo catalogado Parnasianista. Indague en qué consistió este movimiento literario y de qué manera contribuyó a la obra del poeta.
4. ¿Por qué se ha catalogado la poesía de Diego Fallon como una verdadera obra de arte? ¿Por qué se considera que su obra contribuyó a la construcción de una identidad nacional?
5. ¿Por qué el municipio Santa Ana de las Lajas cambió su nombre a Falan? Consulte ¿qué es la Ciudad Perdida de Falan? ¿Cómo se llega y por qué se considera uno de los lugares turísticos más importantes del Tolima?

Carmenza Rocha Castilla

Una vida al servicio de los demás

Hernando A. Hernández Quintero



Carmenza Rocha. Fotografía suministrada
por Manuel Ignacio Ramos Useche.

Título: Carmenza Rocha Castilla

Autor: Hernando A. Hernández Quintero

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/702>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



“Toda una vida dedicada a la educación y el desarrollo cifrado en la política del Tolima Grande, ha sido mi mayor anhelo; mas, sin embargo, es mucho lo que se puede realizar, pese a mi edad”.

Según relata el periodista Hernando Ortiz A., en su artículo: “Mamá Carmenza”, la anterior frase fue pronunciada por Carmenza Rocha Castilla, a sus 77 años de edad, cuando el Gobierno Nacional, presidido entonces por el presidente Alfonso López Michelsen, le concedió la Cruz de Boyacá, en el grado de Comendador, justo cuando la distinguida matrona se aprestaba a entregar 67 unidades de vivienda a los maestros de Ibagué.

La aseveración de esta ilustre chaparraluna refleja su compromiso con la sociedad tolimense a la que sirvió con humildad y sin descanso hasta los últimos años de su existencia, como educadora, fundadora de cooperativas en favor de los maestros, representante a la Cámara, concejal, embajadora, alcaldesa y líder indiscutible de grandes obras sociales.

Los primeros años

Carmenza Rocha Castilla nació el 6 de julio de 1898, en el Chaparral de los Grandes, en el hogar constituido por don Ricardo Rocha Guzmán y Carmen Castilla Álvarez. Fueron sus abuelos paternos don Cesáreo Rocha y María Josefa Guzmán y los maternos Juan Castilla y Teófila Álvarez, como se certifica en la partida de bautismo expedida por el párroco de la iglesia San Juan Bautista de Chaparral, Tolima, el 29 de enero de 1998. Sus hermanos fueron María Josefa, Emma, Cesáreo, Teófila y Elvira.

Cursó sus estudios de primaria en su natal Chaparral, en el reconocido colegio de la señorita Soledad Medina, al que asistieron niños que luego alcanzaron renombre nacional como su coterráneo Darío Echandía Olaya, quien ocupara el solio de Bolívar en tres ocasiones, además de ser gobernador del Tolima, ministro y embajador. Sus estudios de secundaria los adelantó en el colegio María Auxiliadora en Bogotá, el cual le confirió el título de Institutora.



DIOCESIS DEL ESPINAL + MINISTERIO PARROQUIAL
PARROQUIA SAN JUAN BAUTISTA CHAPARRAL TOLIMA

PARTIDA DE BAUTISMO

MARIA DEL CARMEN ROCHA CASTILLA

FECHA DE NACIMIENTO: seis de Julio de mil ochocientos noventa y ocho

FECHA DE BAUTISMO:doce de Julio de mil ochocientos noventa y ocho.

NOMBRE DE LOS PADRES:Ricardo Rocha y Cármen Castilla.

ABUELOS PATERNOS: Cesareo Rocha y Maria Josefa Guzmán.

ABUELOS MATERNOS: Juan Castilla y Teófila Alvarez.

PADRINOS: Juan de Jesús Castilla y Dolóres Castilla

SIN NOTA MARGINAL DE MATRIMONIO.....

DOY FE: LEOPOLDO BLANCO.PERO.RUBRICADO.....

Es copia de su original a veintinueve de Enero de mil novecientos
noventa y ocho.....


LEOPOLDO MONROY RODRIGUEZ, PERO. PARROCO.

Partida de bautismo de Carmenza Rocha. Parroquia San Juan Bautista de Chaparral, Tolima, 29 de enero de 1998.

La figura de Carmenza Rocha es retratada por el historiador chaparraluno Jaime Peralta Carrillo, en su obra *Colección hombres inolvidables de mi tierra*, editada por Caza de Libros en 2008, en los siguientes términos:

“De regular estatura, gordita (un gordo no exagerado), garbosa al andar, atenta a todo lo que ocurría a su alrededor, ojos negros, picarones a veces, escrutadores cuando avocaban un asunto importante, cabello largo peinado en moño y algo ondulado; boca mediana de labios delgados que pintaba de rojo durante el arreglo frecuente y algo exagerado de la cara; vestía finas y modestas prendas que le daban un toque muy señorial; el perfume que usaba apenas se percibía estando muy cerca de ella; hablaba expeditamente y en tono claro y persuasivo como lo hiciera todo el tiempo que ejerció el magisterio; además era graciosa al conversar y reía con frecuencia pero oportuna y prudentemente; cuando se tornaba seria infundía un especial respeto; digo esto porque en tal estado de ánimo quienes la observaban no sentían el menor agravio ni el más leve reproche; sencillamente, la señorita Carmenza, estaba enojada pero aceptaba el diálogo con generosa atención. Trabajaba con esmerada dedicación, pero, ingeniosamente, sacaba el tiempo necesario para cumplir sus compromisos sociales con admirable voluntad, puntualidad y alegría. Labró su inmortalidad por que tuvo el talento suficiente para servir a sus compatriotas en las más altas nobles y delicadas misiones de interés público”.

Jaime Peralta también comenta que antes de asumir su tarea como educadora, doña Carmenza se dedicó por breve tiempo al comercio: “Tuvo un almacén de mercancías (telas) en el marco de la plaza principal (parque Murillo Toro) de su ciudad natal; precisamente en la casa de don Miguel de los Santos Salazar y que ahora pertenece al señor Fermín Campos”.

La tarea como educadora

Carmenza Rocha Castilla inicia su tarea de educadora en San Antonio de Calarma. Luego se trasladó a Chaparral en calidad de subdirectora

del colegio de María, de propiedad de doña Serafina Quijano y por varios años ejerce como maestra de escuela primaria. Más tarde, la Secretaría de Educación del Tolima la designa para dirigir un colegio de secundaria en Armero, y años más tarde como directora del colegio Oficial de Chaparral.

En razón a su excelente desempeño y sus dotes de líder, la Secretaría de Educación la distingue con el nombramiento de Inspectora de Educación del departamento del Tolima, cargo en el que se destaca por solidaridad y afecto entre sus compañeros de profesión, siendo luego exaltada como jefe de la Sección Técnica y en 1946 como directora de Educación del departamento del Tolima. Se tiene noticia que también se desempeñó como profesora del colegio “Celedón”, en Santa Marta, y directora de la Normal de esa ciudad del departamento del Magdalena.

Con el apoyo de su amigo y paisano Alberto Rocha Alvira, influyente jurista y político tolimense, entonces diputado de la Asamblea del Tolima, fundó en 1943 en Chaparral el Instituto Soledad Medina, para exaltar a su maestra de las primeras letras. Este importante establecimiento se creó por medio de la Ordenanza n.º 11 del 3 de junio de 1943 y fue clausurado en 1949 por un acto de violencia. Empero, Carmenza Rocha, aprovechando su condición de representante a la Cámara, en 1958 consiguió que Darío Echandía, entonces gobernador del Tolima, facilitara la reapertura del establecimiento bajo la dirección de la educadora Astrid Moncaleano Rodríguez.

Como se relatará más adelante, la ilustre chaparraluna fusionó luego su amor por la educación con sus conocimientos de cooperativismo, para dar vida al colegio Cooperativo, tanto de mujeres como de varones.



Carmenza Rocha en su escritorio en una de las escuelas que regentó.
Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.



Carmenza Rocha con un grupo de profesores e inspectores de Educación. Al lado derecho de Carmenza Rocha se observa a Elvia Díaz de González e Isabel Paéres.
Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.

Su actividad en el cooperativismo

El espíritu solidario de Carmenza Rocha y su preocupación por las dificultades que de ordinario enfrentaban los educadores para adquirir vivienda digna, la llevó a liderar la creación de la “Cooperativa de Habitaciones del Magisterio Tolimense Limitada”, propósito que alcanzó el 16 de mayo de 1942, constituyéndose en su primera gerente. Según los datos de los archivos de la Cooperativa Carmenza Rocha, “Coomulcar”, como ahora se denomina la antigua Cooperativa de Habitaciones del Magisterio, su instalación se llevó a cabo en uno de los salones de la entonces Escuela Central de Varones Diego Falan, en el barrio Belén, con la participación de 30 asociados.

De acuerdo con el documento reseñado, la Cooperativa ha adelantado los siguientes planes de vivienda:

“a. Un primer plan, el cual constó en su primera etapa de 18 casas, segunda etapa de 25 y la tercera 20 casas todas de dos pisos, tipo español, localizadas en el barrio ‘El Magisterio’ de la ciudad de Ibagué (calles 37 a 38 entre carreras 4^a. A y 4^a. C).

b. Un nuevo plan de vivienda se entregó en el sector de las calles 31 y 31- A con carreras 7^a y 8^a, denominado Urbanización Carmenza Rocha, primera etapa, el cual constó de 67 casas de dos pisos, financiadas por el Instituto de Crédito Territorial (plan p-3); posteriormente, en este mismo sector se construyeron 10 casas más, de iguales características a las anteriores. En un lote contiguo a estas casas se proyecta la construcción de un plan de apartamentos para un número aproximado de 65 soluciones de vivienda, parqueaderos y local comercial.

Hasta el momento uno de los planes de vivienda más numerosos que se han entregado, corresponden al conjunto multifamiliar La Ceiba, I Etapa, con un total de 48 apartamentos, con sus correspondientes parqueaderos y la II Etapa de la Ceiba II, para un total de 94 apartamentos, 70 parqueaderos, local comercial; este último plan demarcado dentro del Programa de Vivienda de Interés Social”.



Obras en el barrio Magisterio. Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.

Como lo relata la exgerente del Fondo Mixto de Cultura del Tolima, Beatriz Hernández Quintero, las primeras casas del barrio Magisterio fueron adjudicadas a reconocidas educadoras, como Paulina Carvajal de Torres, Aminta Quintero de Hernández, Belén Useche de Ramos, Sara Hernández de Cardona, María Antonia Ruiz, Elvia Díaz de González, Justina de Navarro, Lola Patarroyo, Islena Rojas, eterna secretaria de la Escuela Anexa, María Benítez de Londoño, Rockalina Franklin de Valderrama, Josefina Tobar, la folkloróloga Blanca Álvarez de Parra, Mercy Hurtado de Pulecio, Saturia Reyes de Cortés y Aurelio Cortés, Lisandro Viña Calderón, profesor de Matemáticas del colegio San Simón, Agueda Guzmán, Rosalba Troncoso de Hernández, Ana Joaquina Betancourt, Encarnación Torres de Galindo, Carmen Castillo, Nohemí Correa, Isabel Paéres y al inspector de Educación, Eliseo Campos, entre otros.

En el barrio Magisterio, los educadores mencionados y otros, que con posterioridad adquirieron vivienda en el sector, encontraron la tranquilidad para formar a sus familias y entregar a la sociedad destacados profesionales que hoy sirven a la sociedad tolimense y colombiana.

Justamente, uno de ellos, Eliseo Campos, cuando se desempeñaba como funcionario de la Alcaldía de Ibagué, al ponderar el gesto de doña Carmenza Rocha, afirmó con gran sentimiento:

“Los maestros y los hijos de los maestros del barrio Magisterio tenemos ese orgullo de haber tenido una cuna humilde, de haber aprovechado nuestras flaquezas para convertirlas en fortalezas. Haber salido adelante y ser modelo a nivel municipal, departamental y algunos a nivel nacional. Todo organizado alrededor de la idea de la señorita Carmenza Rocha Castilla, quien fue la que nos dio la materia prima, la base, el hogar para que nuestros padres se desarrollaran y salieran adelante”.

Como hecho anecdótico puede comentarse, de acuerdo con la información que reposa en la Notaría Primera de Ibagué, que el precio de las casas fue de \$ 22 789,74, de los cuales debía cancelarse una cuota inicial de \$ 2910,00 y cuotas fijas por veinte años de \$131,20, con un interés del 5 % anual, iniciando el pago el 1 de julio de 1956. La mayoría de las escrituras fueron suscritas en el año de 1956, por el entonces notario Humberto Ramírez Gutiérrez, por los adquirentes del inmueble y doña Carmenza Rocha Castilla, como representante legal de la “Cooperativa de Habitaciones del Magisterio Tolimense Limitada”. La hipoteca sobre el inmueble se constituyó en favor del antiguo Instituto de Crédito Territorial, sustituido por la Corporación Nacional de Servicios Públicos.



Misa de inauguración de una de las etapas del barrio Magisterio.
Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.



Carmenza Rocha con un grupo de niños y niñas del barrio Magisterio. Se reconoce a Luz Mery Giraldo, Melba Giraldo, Martha Lucía Torres Carvajal, Martha y Clara Fonseca Londoño, Beatriz Hernández Quintero, Rosa Matilde Ahumada Gualteros, Hermanos Valencia Robles, Beatriz y Luz Mercedes y Carlos Ramos Useche.
Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.

Como la construcción de las viviendas coincidió con el ejercicio de la Presidencia del General Gustavo Rojas Pinilla, quien había accedido al poder, según el dicho del maestro Darío Echandía, por un golpe de opinión, algunos afirmaban de manera errónea que las viviendas eran un regalo del militar. Una anécdota relatada por el recordado magistrado del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Ibagué Augusto Ospitia Garzón da cuenta de esta curiosa apreciación:

“Un día, en las horas del mediodía, salí del Tribunal con un amigo Juez que ahora es mi compañero como magistrado en el Tribunal, tomamos un taxi de un conocido para que nos llevara a nuestra residencia. Como el conductor sabía bien que yo vivía en Piedra Pintada tomó la carrera Quinta, yo le dije entonces que había que dejar al colega en el barrio Magisterio, que si sabía en dónde quedaba y el taxista contestó con vehemencia, claro, esas son las casas que regaló mi general Rojas Pinilla. La anterior aseveración despertó el malestar de mi amigo, quien en forma recia le aclaró que esas casas las habían comprado los maestros gracias al apoyo de doña Carmenza Rocha. Siempre que paso por allí me acuerdo de este curioso incidente”, agregó el reconocido profesor de la Universidad de Ibagué, fallecido hace ya algunos años.

De acuerdo con las conversaciones sostenidas con muchos de los hijos de los maestros que adquirieron las viviendas, el barrio Magisterio fue un remanso de paz y de amistad en donde todos los vecinos se conocían y apoyaban. Gilberto Hernández, uno de ellos, radicado ahora en los Estados Unidos, comenta que era tal la camaradería que existía que crearon un club que lo llamaban los “once amigos”, que se reunía juiciosamente los días sábados en la tarde en la casa de los Campos, para bailar en torno a la música de Rafael Escalona y de “Bovea y sus vallenatos”. De esta simpática cofradía, Gilberto menciona de corrido a Eliseo Campos, Amparo Campos, Germán Giraldo, Jorge Gordillo, Augusto Torres, Jorge Torres, Jorge Grimaldo, Lisandro Viña, Jaime Ramírez, Fabio Ramírez y Gilberto Hernández.

Sobre la trascendental e impactante obra de la construcción de un barrio para los maestros, anota el periodista Hernán Mateus Becerra, en su nota “Una mujer como pocas, Carmenza Rocha Castilla”:

“El cooperativismo colombiano tiene una cifra impulsadora de extraordinario valor y es ella precisamente la prestigiosa dama señorita Carmenza Rocha Castilla”. Y agrega: “Había culminado así una idea reudentora de dotar de casita a los maestros de escuela para el albergue de sus familias. Había dado el primer paso en una política de acción social que allí no podía terminar, sino que debía continuar su marcha eterna. Después han venido otras etapas en diferentes barrios de Ibagué y el sistema se ha extendido por todo el país, pues ideas y realizaciones de esa envergadura están llamadas a triunfar y a sobrepasar las fronteras de la patria como una sana semilla de reconfortamiento social y de esperanza para quienes como los maestros nacieron pobres y antes estaban condenados a vivir en el mismo temperamento de privaciones, pero hoy disfrutan de techo para asegurar su estabilidad y mantener la tranquilidad, propicia para el buen desempeño de sus labores didácticas”.

En su actividad de cooperativista, Carmenza Rocha participó de manera activa en numerosos congresos del gremio, entre los que se destacan el II, III, IV y V, en el ámbito nacional. En los tres últimos fue designada como vicepresidenta. En el VI Congreso Nacional Cooperativo realizado en Cali y donde se afirma nació la Asociación Colombiana de Cooperativas (Ascoop), fue sobresaliente el aporte de esta dama tolimense.

El colegio Cooperativo

De acuerdo con el recuento realizado por don Jesús Elías Bustos, secretario del Colegio:

“Como una dependencia de la Cooperativa de Habitaciones del Magisterio Tolimense Limitada y por mandato de la Asamblea General ordinaria de la misma, celebrada los días 23, 24, y 25 de julio de 1951, se autorizó a la gerente, señorita Carmenza Rocha Castilla, para que, en

asocio de los miembros del Consejo de Administración, iniciara los trámites a fin de establecer grandes colegios de enseñanza primera y secundaria para varones y niñas, los cuales deberían iniciar labores en el mes de febrero de 1952. En la Resolución n.º 3 de julio 24 de 1951, se autoriza al Consejo de Administración de la cooperativa para la creación de los colegios. La proposición fue presentada por Carmen Rocha Castilla, Ana J. Betancourt, María C. de Martínez, Felina Guarnizo, Aurelio Cortés y José Duque.

En ejecución de esta decisión inicia actividades el colegio Cooperativo femenino, bajo la dirección de Ana Joaquina Betancourt y con los profesores Elvia Díaz de González, Julia Troncoso, Ofelia Prada, Fernando Pérez, Luis Gutiérrez y Álvaro Campos.

El colegio Cooperativo masculino fue dirigido en sus inicios por don Hildebrando Acero, con la secretaría del profesor José Gutiérrez y con la profesora Rebeca Orjuela. Por razones económicas este colegio de varones dejó de funcionar en 1965. El femenino, que alcanzó a tener bachillerato académico, fue bautizado como ‘Colegio Cooperativo Carmenza Rocha’.

En su empeño de sacar adelante el colegio Cooperativo femenino la acompañó con tenacidad y afecto, Susana González de Castaño, como lo recuerda el exparlamentario Augusto Trujillo Muñoz, cuya madre, doña Pina Muñoz de Trujillo, fue también una destacada educadora. Comenta al respecto el reconocido jurista e historiador, actual presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, en su artículo publicado en el diario El Nuevo Día, en noviembre, 2003: “Un magisterio auténtico”, escrito con motivo del deceso de doña Susana de Castaño:

“Hay momentos en que es inevitable escribir en tono personalísimo. Mi madre solía narrar gratos recuerdos de su paso por la Escuela Normal de Ibagué, primero como alumna y luego como profesora. Por esos relatos supe desde niño que Carmenza Rocha Castilla, María Cárdenas Roa y Soledad Rengifo Guzmán fueron, probablemente, los tres más notables valores intelectuales y humanos, formados en aquella famosa Normal

Superior, que fungió como una verdadera universidad femenina, en los tiempos en que la educación universitaria estaba reservada a los varones.

Al lado de aquellas tres grandes maestras hubo valiosas normalistas que, durante décadas, se dedicaron a formar múltiples generaciones de tolimenses. Tengo en mi memoria su recuerdo nítido porque fueron parte de los afectos que se sentían en mi hogar y, de alguna manera, se convirtieron en un pedazo de mi infancia.

Alrededor de Carmenza Rocha giró el grupo más ilustre de esas educadoras. Excepcional por su talante y talento. Más que profesionales de la educación, hicieron de su vida un magisterio auténtico. Cuando Carmenza fundó el colegio Cooperativo Femenino, su mano derecha fue una de esas educadoras de excepción: Susana González de Castaño. Más tarde, por los años sesenta, Hilda de Jaramillo hizo posible el nacimiento del Instituto Técnico Femenino, hoy Sagrada Familia, del cual fue mi madre la primera directora. Algunos años después Susana desempeñó el mismo cargo, y en la actual sede del Instituto en el barrio Jordán, una placa da testimonio de esos hechos”.

Al evocar el paso de doña Susana por el colegio Cooperativo, su hija, Luz Ángela, exdirectora de la Oficina de Publicaciones de la Universidad de Ibagué, indica que, efectivamente, su madre fue muy cercana a la señorita Carmenza, a quien recuerda siempre vestida de negro, con su cara redonda y de moña. Agrega:

“Durante varios años mi madre fue directora del colegio Cooperativo que funcionaba entre 3.^a y 4.^a, detrás de la Presentación. Cuando mi hermano Yezid salía de su colegio llegaba al Cooperativo, se trepaba a los árboles y les bajaba mangos a las niñas, que lo adoraban. Éramos todos muy chiquitos. Ella le decía patojito a Yezid. ‘Era muy cariñosa’”. Luego anota: “Me acuerdo que cuando Carmencita se fue al Brasil, creo que en un cargo diplomático, le escribía con frecuencia a mi mamá. Me acuerdo de su letra redonda y grande”.

Sin lugar a dudas fueron muchos los jóvenes que se formaron en estos centros académicos, recibiendo los valores y principios que inculcaba

doña Carmenza Rocha Castilla a sus obras y que se evidencian en el himno del establecimiento, cuya letra y música son del maestro y compositor espinaluno, Aurelio Lucena:

Cooperar, cooperar en la ciencia.
Cooperar y formar la nación.
Muchos años formando conciencias
este templo de muro inmortal;
cooperar y formar la nación
mil y miles de todas edades
heredando el saber que les dan.

Fundadora la insigne Carmenza
con su mente trazó este plantel
van cantando con voz melodiosa
a la bella ciudad de Ibagué.

En los patios de fuerte concreto
bajo el mango de sombra feliz
bulliciosa y alegres gaviotas
primaveras de amor y de fe.

Verde y blanco es el verde esperanza
de las olas bravías del mar
ojos vivos recorren ansiosos
sabios libros que dan libertad;
promoción de muchachos valientes
que al final de la etapa venció
en noviembre juráis a la Patria
el amor, el deber y la paz.

La actividad política

En Colombia, luego de la presión ejercida por las mujeres encabezadas por Esmeralda Arboleda, en el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, por el Acto Legislativo n.º 3 de la Asamblea Nacional Constituyente reunida el 25 de agosto de 1957, se aprobó el derecho al voto de las mujeres, el que se ejerció por primera vez en las elecciones del 1 de diciembre de 1957, sufragando un total de 1 835 255 damas, cifra que aún hoy resulta exorbitante. Aprovechando esta nueva coyuntura, Carmenza Rocha Castilla incursiona con éxito en la actividad política, y ocupa una curul en la Cámara de Representantes a nombre de los tolimenses, en el período 1958-1960. Para esa época ya formaba parte del Directorio Liberal del Tolima.



Carmenza Rocha con un grupo de maestros. Al centro se observa al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche.

De su paso por el Congreso se destaca su permanente preocupación por su tierra natal, en especial por la educación y el cooperativismo. De

esta forma, obtiene recursos para los colegios de Chaparral, en particular el auxilio para la construcción del edificio para el Instituto Soledad Medina. Célebre fue también su iniciativa que se convirtió en la Ley 115 de diciembre 1959, “Por la cual se fomenta la educación cooperativa y se dictan otras disposiciones”, sancionada por el doctor Alberto Lleras Camargo, primer presidente del Frente Nacional, institución que puso fin a la violencia partidista de los años cincuenta.

La nueva Ley decreta que la nación colombiana “reconoce el movimiento cooperativo como elemento esencial de la solución de los problemas del orden social y económico que confronta el país, especialmente la clase media y obrera...”. Asimismo, ordenaba la enseñanza obligatoria del cooperativismo en todos los planteles de enseñanza, primaria, secundaria y universitaria, de comercio, de artes y oficios, urbanos y rurales, públicos o privados. Se afirma que este modelo resultó muy atractivo para otros países del continente que lo copiaron para esos territorios.

En la exposición de motivos preparada por Carmenza Rocha Castilla, que figura en los Anales del Congreso de 1959, se evidencia el conocimiento del tema y sus profundas convicciones sobre el valor de la educación cooperativa y el efecto que esta actividad solidaria puede tener en el desarrollo de los pueblos. Al respecto vale recordar algunas de estas expresiones:

“Honorables Representantes:

Tengo el honor de someter a vuestra consideración el presente proyecto que es de importancia extraordinaria y de grande actualidad en estos momentos en que se trazan estatutos para reorganizar la marcha de la Nación colombiana, e imprimir vida nueva a las instituciones y a los organismos públicos. La mayor parte de los gobiernos del mundo que han logrado llegar a su estabilización y a su madurez, encontraron en el sistema cooperativo el medio más eficaz de resolver los problemas sociales de las clases trabajadoras, de impulsar ordenadamente y con grande eficiencia el desarrollo de la producción y la distribución, especialmente en las actividades agrícolas, asegurando así, para el pueblo, los beneficios

de una auténtica democracia política. Tales gobiernos, impulsando la acción cooperativa, han logrado asegurar la equidad en la distribución del ingreso nacional...”.

Y agregaba la ilustre profesora ahora fungiendo como legisladora:

“De lo anterior se deduce que no podremos disfrutar en el país de los grandes beneficios del sistema, mientras no hayamos desarrollado una intensa labor educativa, teórica y práctica, en los institutos docentes de todas las categorías; mientras no funcione la cátedra del cooperativismo en escuelas, colegios y facultades universitarias. Se diría, con argumento valedero, que no se dispone de profesores especializados en la materia. Pero el proyecto de ley que he presentado autoriza al Ministerio de Educación para contratar con los pocos expertos con que cuenta el país, la elaboración de textos simples, muy sencillos, a manera de cartillas pedagógicas, por medio de las cuales se puede establecer el aprendizaje, primero para los profesores de enseñanza primaria y luego para los alumnos. El proyecto prevé que este aprendizaje, que puede estimularse por medio de seminarios y otras formas y la elaboración del material docente escrito, habilitaría para iniciar la enseñanza oficial en el año de 1960...”.

Y culmina su intervención en los siguientes términos:

“Por la paz del país que inició su recuperación; porque la vida de los que poseen escasa fortuna sea menos angustiada, y como un homenaje a los tejedores de Rochdale, los más nobles pioneros de la cooperación, es como presento este proyecto de ley a vuestra consideración que la votéis afirmativamente”.

Según relata el historiador chaparraluno, Jaime Peralta Carrillo, en su trabajo *Colección hombres inolvidables de mi tierra*, al iniciarse la etapa de reconciliación política en el país, período que parte de la firma del acuerdo entre Laureano Gómez en nombre del Partido Conservador y Alberto Lleras, vocero del Partido Liberal y que se bautizó como el Frente Nacional, Carmenza Rocha: “No dudó un instante en ponerse al lado de los personeros de la paz: Darío Echandía, Rafael Parga Cortés, Alberto Lleras Camargo, etc., con los cuales recorrió el Tolima y otras

zonas violentas de Colombia, sembrando la semilla bienhechora de la convivencia pacífica”.

Precisamente, por las maternales intervenciones pacifistas durante el período comentado, afirma Peralta, se empezó a llamar en el país a Carmenza Rocha como “Mamá Carmenza”.

Una vez culmina su tarea en el Congreso de la República, ella ocupa una curul en el Concejo de Bogotá, en calidad de principal, entre los años 1960 y 1962. Fue presidenta de dicha corporación. De manera paralela, como era permitido entonces, fue concejal de Soacha. También se destaca que fue secretaria de la Dirección Nacional Liberal y más tarde integra el Comité Ejecutivo Nacional de dicha colectividad. En el año de 1971 fue designada como alcaldesa de su natal Chaparral.

El paso por la diplomacia

Las finas maneras de Carmenza Rocha y su amplia cultura, llevaron al Gobierno Nacional a designarla como consejera de la Embajada de Colombia en Brasil, cargo que desempeñó con lujo de competencia entre 1963 y 1967. En tal virtud, fue delegada a la Segunda Conferencia Interamericana de Río de Janeiro en el año de 1965 y miembro de la Comisión Colombiana en el carácter de Ministro, para la posesión del presidente del Brasil en el mismo año. Desde el 24 de junio hasta el 31 de agosto de 1967, fue encargada de la Embajada de Colombia en Brasil.

En la obra *Protagonistas del Tolima siglo xx*, del historiador Carlos Orlando Pardo, publicada por Pijao Editores en 1995, se destacan algunos pasajes de la permanencia de la reconocida ciudadana en las tierras del Brasil. Afirma el cronista:

“Su existencia no conoció el reposo en una actividad continua y obsesionada de servicio. Tal vez vino a ser su estadía en el Brasil, que evocaba con emoción la que le ofreció a su vida mayor solaz. De Río de Janeiro reconstruía, con su memoria prodigiosa, sus paseos a la bahía, el tipo de costumbres, el salvajismo plástico y seductor de los bailes, la manera de ser que rompía con los tradicionales comportamientos de nuestros

ciudadanos. Allí, visitando escuelas y colegios, participando en seminarios educativos, simposios y coloquios, dictando conferencias sobre sus experiencias, parecía contar cuentos de hadas alrededor de un mundo desconocido para sus oyentes...”



Carmenza Rocha con un grupo de dirigentes del departamento del Tolima. Se reconoce al coronel Hernando Herrera Galindo, Jefe Civil y Militar del Tolima a raíz de los sucesos del 9 de abril de 1948. Al lado derecho Rafael Caicedo Espinosa, secretario de Gobierno; Abel Jiménez Gómez, secretario de Educación; Luis Ernesto Bonilla, gerente de la Caja de Previsión Social del Departamento. Al frente de Carmenza Rocha, Julio Ernesto Salazar Trujillo, alcalde de Ibagué en varias oportunidades. La foto es el Club Miramar a la salida de Ibagué.

Fotografía suministrada por Manuel Ignacio Ramos Useche¹.

La Alcaldía de Chaparral

En 1971, el gobernador del departamento del Tolima, Rafael Caicedo Espinosa, en reconocimiento a la meritoria trayectoria de Carmenza Rocha, la designó como alcaldesa de su solar nativo, Chaparral. En su mandato se adelantó, en buena parte, la construcción de la carretera

¹ Se agradece la colaboración de Hernando Bonilla para identificar a las personas de la foto.

Chaparral-San Antonio; la pavimentación de la calle diez o Camellón y la construcción del ancianato, entre otras importantes obras.

Empero, como lo relata el jurista e historiador Leovigildo Bernal Andrade, también oriundo del Chaparral de los Grandes, en su obra *Chaparral: Una ciudad con historia*, editada por Cimaz en 1997, la nueva mandataria debió enfrentar una férrea oposición, fruto de los tradicionales intereses creados en nuestros municipios. Señala Bernal:

“Cuando, en el año de 1971, la señorita Carmenza Rocha Castilla—Mamá Carmenza, como la llamaba todo el país—aceptó ser alcaldesa de su ciudad natal, todo el mundo entendió que ello le representaba un verdadero sacrificio. Salvo algunos dirigentes locales del liberalismo, que intuyeron que el éxito que pudiera tener la administración de Carmenza Rocha significaría el final de su usufructo del poder político en el municipio y en el departamento. Por eso se alistaron para hacerle la mayor oposición que se ha visto en los anales municipales. Empero las obras quedaron: la conexión eléctrica con la Central de Río Prado, que si no se dio los frutos esperados, culpa no fue de ella, sino de los improvidentes constructores de esa Hidroeléctrica; la concentración escolar; el establecimiento de la sucursal del Banco Ganadero; el bachillerato nocturno; el puente que unió a Pueblo Nuevo con el resto de la ciudad; la pavimentación de la carretera Chaparral-Ortega; la garantía necesaria para que la carretera Chaparral-San Antonio fuera terminada, como en efecto lo fue; la fundación del ancianato. Es por todo ello por lo que resulta comprensible el éxito que tuvo el movimiento cívico que en marzo de 1972 organizamos y que una campaña fulgurante le dio amplio respaldo edilicio a la alcaldesa, con lista que encabezamos con el nombre de doña Virginia Cruz de Rojas”.

La forma como la alcaldesa Rocha asimiló los ataques propios de la actividad política y continuó impertérrita su tarea de gobernante, son relatados con afecto por el historiador Jaime Peralta en su *Colección hombres inolvidables de mi tierra*, al sostener:

“No obstante, Mamá Carmenza siguió serena, inmutable, en su labor administrativa; su grandeza era tal que estaba muy por encima de sus

adversarios. Nunca fue más sublime que al día siguiente de tan cruel tratamiento; en su oficina de primera autoridad Municipal asombró por la tranquilidad, sabiduría y entusiasmo como seguía actuando. A todas las situaciones gubernamentales les dio el mejor trato; se esmeró por darle el mejor aspecto a la entrada principal de la ciudad prolongando la pavimentación hasta el sitio denominado el ‘Triunfo’. Al mismo tiempo, en horas libres, en su casa de habitación trabajaba tenazmente en la fundación de un ancianato. En esta labor dio pasos fenomenales como el lograr interesar y alcanzar la colaboración de un selecto número de paisanos, la del señor gobernador del Tolima y su esposa y la del grupo más representativo de la colonia chaparraluna residente en Bogotá. Lógico, la señorita Carmenza logró el total éxito de esta empresa”.

Su aporte a las obras sociales

La vida de Carmenza Rocha Castilla estuvo siempre ligada a las obras sociales tanto en Chaparral como en Ibagué y Bogotá. A ellas contribuyó con su trabajo y su patrimonio. De estas se recuerda la Liga Antituberculosis del Tolima, de la que fue su presidenta por cuatro años. Fue miembro de la Sociedad Amor por Bogotá, miembro de la Mesa Panamericana de Mujeres, creadora de la “Fundación para Ancianos de Chaparral”, el 3 de julio de 1972, durante su alcaldía. Esta obra fue construida en el lote que ella donó e inaugurada en 1983 con la acogida de 11 ancianos. De acuerdo con lo comentado hace algunos años por la presidenta de la Junta Directiva, Sonia C. de Espinosa, ya se había ampliado el cupo para 60 personas de la tercera edad. También contribuyó económicamente para la construcción de un pabellón infantil en el hospital para tuberculosos de Ibagué.

El entorno familiar

Cesáreo Rocha Ochoa, sobrino de “Mamá Carmenza”, destacado jurista, exgobernador del Tolima y expresidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, evoca con emoción la vida de esta ciudadana y su entorno familiar, al comentar:

“Dentro del ámbito familiar, debo agregar que como tía, pues como hermana de mi padre, fue un personaje incomparable. La recuerdo en Ibagué, por allá más o menos desde 1945 en adelante, cuando yo superaba los doce años: festiva, amorosa, ocurrente, imaginativa, cálida, un poco informal dentro del rigor que por entonces era común en la vida femenina. Ella actuaba sin restricciones. Convenía citas con amigos en los cafés de Ibagué, lugares a donde no ingresaban entonces las mujeres. Eso a ella no le preocupaba. No era raro verla en el café Paris, en una esquina del Parque Murillo Toro, en el café Nutibara, en la calle 12, esquina de la carrera Tercera, compartiendo un tinto con Rafael Caicedo, o Rafael Parga, Adriano Tribín Piedrahíta o Ignacio García Buenaventura, para mencionar unos nombres de asiduos contertulios. Vivía en una casa grande, solariega, modesta, con lo necesario, sin lujos ni ostentaciones, adornada con buen gusto, en la calle octava entre carreras segunda y tercera, frente a la de los padres de Augusto Trujillo Muñoz y contigua a la nuestra”. Al referirse a de los pretendientes de doña Carmenza, el exmagistrado relata:

“Le conocimos un amigo libanés que la frecuentaba mucho, por entonces, con pretensiones de enamorado, se llamaba Jorge Farah, una persona correcta, amable culta, sencilla, relación que no se prolongó mucho en el tiempo por el carácter independiente de ella. No me cabía en la cabeza verla subordinada o al menos dependiente de una opinión común a una relación de pareja. Siendo una mujer que buscaba más consensos que disensos, dentro de la intimidad de su vida familiar, era autónoma, desenfadada, libre, independiente, y se salía un tanto del común denominador de las mujeres de entonces. Su sentido de la libertad, de la independencia, la caracterizaron siempre. Fue una líder indudable y practicaba como dicen ahora, el emprendimiento. Su espíritu social fue creador, de ahí sus ideas por una educación entre laica y religiosa, bien modulada, sin mayores atavismos. La cautivó la función social del cooperativismo y cultivó la religión como un patrimonio espiritual manejado en la intimidad de su vida, sin mayor trascendencia

en la vida pública, no obstante, su catolicismo practicante, racional y manejado con un talante silencioso”.

Al referirse a la relación de la señorita Carmenza con sus hermanos, Cesáreo expresa:

“Compartió su residencia con su hermana Teófila, también soltera, dedicada a su atención personal para que siempre estuviera bien presentada, y tuviera en la tranquilidad del hogar, la lenta maduración de sus ideas de las cuales fue siempre su primera crítica.

En sus ratos libres, la tía Teófila se dedicaba a la elaboración de una pequeña pastelería que, sin alardes comerciales, rivalizaba con las colaciones de las Santos, tan acogidas por los residentes del barrio de La Pola, y los habitantes de la Plaza de Bolívar hacia el comienzo de la nomenclatura de la ciudad. La tía Carmenza gozaba de las delicias de su hermana, sin glotonerías, siempre moderadamente como fue su comportamiento.

Con mi padre tenía muchas reuniones orientadas a la crítica literaria, a la historia, a la educación, a su pasión por el cooperativismo y a las ideas liberales, representadas por los personajes que por entonces hicieron grande a esa colectividad política, como lo fueron en el Departamento, especialmente, Rafael Caicedo Espinosa y Lord Parga Cortés, y en el escenario nacional, Alberto y Carlos Lleras, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, tras el pensamiento humanista y librepensador de Darío Echandía. Eran otros tiempos”.

En torno a la cercanía de su tía Carmenza con sus sobrinos, comenta Cesáreo Rocha:

“Cuando preguntaba si mi hermano Ricardo y yo nos habíamos manejado bien en el mes y cuál de los dos más que el otro, nos invitaba a su casa a almorzar. Era un premio para nosotros: la buena mesa, la elegancia de la tía en el manejo de los cubiertos y los platos, la campanita para llamar a la empleada y no hacerlo a gritos, el sabor de los alimentos, muchos de ellos que nos llamaban mucho la atención y no estaban en el menú ordinario de nuestra casa, eran manjares; además de la charla con la tía, festiva, ocurrente, y estimulante en todo momento. Para nosotros era una

maravilla que tía Carmenza nos invitara a almorzar. Mucho significó en nuestra vida. Son bellos los recuerdos que tenemos de ella y que hacen parte de nuestro patrimonio espiritual”.

Al retomar a los admiradores de la señorita Carmenza, el periodista Luis Enrique Figueroa, en su nota “Mamá Carmenza”, relata el siguiente conmovedor episodio:

“La historia del nombre de Mamá es muy romántica. Ella nos decía, yo no tuve el gusto de casarme, le anotábamos, Carmencita, hoy en día eso no es un gusto, es más que todo un *gasto*. Cuando la nombraron Secretaria de Educación recibió mil telegramas de todo el país. De Santa Marta le llegó una carta en papel de luto con romántica declaración de amor pero sin firma. Intrigada por la misiva quedó varios años. Se repitieron los mensajes, a mano, con letra pastrana, tipo inglés no de Misael. Algún día fue a Santa Marta y resolvió averiguar por el curioso admirador. No lo halló por parte alguna. Cuando firmó el Libro de San Pedro Alejandrino, testimonio de admiración a la casa mortuoria de Bolívar, vio la letra igual a la de las cartas en papel de luto. De pronto un negro gigantesco, de ochenta años, canoso, de origen jamaicano, celador durante mucho tiempo del Santuario, se lanzó a sus plantas diciéndole: ‘Las cartas son mías, perdóneme, Mamá Carmenza’”.

La obra literaria y los reconocimientos

En medio de su trajín como educadora, política, diplomática e impulsora de obras sociales, la señorita Carmenza destinó tiempo para sus inclinaciones literarias. Así, se conoce que escribió una obra sobre cooperativismo que se agotó muy rápido. También publicó los cuentos: “Así sucedió” y “Parece un cuento”. Asimismo fue autora de artículos sobre diferentes tópicos costumbristas. Por último, preparó la obra: “Vida de una cooperativa”.

La destacaba labor en el campo de la educación, el cooperativismo, la política y el servicio social, fueron reconocidos por los gobiernos municipales, departamentales y el nacional. Así, se destaca la “Medalla Cívica Camilo Torres”, otorgada en 1946; la Medalla insignia de la “Acción

Social Femenina”; la “Medalla al Mérito Cooperativo”, que le concedió la Superintendencia Nacional de Cooperativas, presidida por Marco Tulio Rodríguez, la cual le fue impuesta el 21 de diciembre de 1975, por la entonces ministra del Trabajo María Elena de Crovo. En la Resolución pertinente se le declara como “Benemérita del Cooperativismo Colombiano y Asesora permanente de la Superintendencia Nacional de Cooperativas”. Como consecuencia de este reconocimiento, las cooperativas de ahorro y crédito femenino de Ibagué, dirigida por Beatriz Bernal Gaitán, en febrero de 1976, le entregaron un pergamino en el acto de reconocimiento que realizaron en la ciudad musical. También en 1975, la Alcaldía de Ibagué la exalta con la Orden “Cacique Calarcá”.

Por su parte, el Gobierno Nacional que encabezaba Alfonso López Michelsen, por medio del Decreto 1861 de 1975, le confirió la Orden de Boyacá en el grado de Comendador. La prensa del departamento del Tolima reseñó con gran despliegue esta exaltación. El periodista Raúl Acosta, quien se identificaba como “Rovirense Conservador del Frente Nacional”, escribió entonces:

“La mañana estará tan pura, el aire tan liviano y diáfano, el cielo tan claro, al través del firmamento azul inconfundible, la brisa parecerá de cristal, las aves atravesarán vertiginosamente el espacio, las niñas suspenderán sus juegos para observar el vuelo de las aves amigas, los enamorados escribirán bellísimos breviaros de amor, en este mismo precioso instante, el excelentísimo señor Presidente de la República de Colombia, doctor Alfonso López Michelsen, con el orgullo de excelso tolimense, colocará dentro de un corto lapso de tiempo, la gloriosa Cruz de Boyacá, a la dama más eminente de nuestro querido Tolima, que corresponde al nombre que todos nosotros llevamos en nuestros corazones grabado con letras de oro indelebles, al de la doctora Carmenza Rocha Castilla, la que tiene en sus valiosas manos, unguidas con alastro, la llave milagrosa, para abrirle la anchurosa puerta, con ternura, a todos los colombianos...”.

Pero de todos los reconocimientos de los que justamente fue objeto Carmenza Rocha, el más significativo es el que le rindió Cecilia Cortés de

Bahamón, maestra de profesión, que utiliza el seudónimo de “Marisol”, quien al aproximarse el centenario de la distinguida chaparraluna le escribió en El Nuevo Día, en 1998, el siguiente poema:

A Carmencita Rocha

Carmenza Rocha logró
dejar huella en el Tolima,
por los pobres se preocupó,
y alcanzó una alta estima.

Fue una gran chaparraluna,
de inteligencia y gran cuna,
y a sus virtudes se suma,
simpatía como ninguna.

El magisterio orgulloso,
por este gran personaje,
le resulta fabuloso,
brindarle fuerte homenaje.

La Secretaría de Educación
estuvo en sus buenas manos,
pues su única ambición,
fue tratarnos como hermanos.

Cooperativa de maestros fundó,
en pro de vivienda y progreso,
y casas a muchos dio,
y nuestra gratitud hoy expreso.

El Colegio Cooperativo,
fue otra de sus glorias.
Es por cierto distinguido,
y respetan su memoria.

Todos los que tuvimos
el gusto de conocerla,
su desaparición sentimos,
y quisiéramos en la gloria verla.

Su muerte

El 4 de enero de 1978 falleció en Ibagué Carmenza Rocha, dejando tras de sí una profunda huella por sus ejecutorias y sumidos en el dolor a quienes fuimos beneficiarios de su apoyo, su consejo, sus ejecutorias y su solidaridad. Se recordará siempre como una ciudadana ejemplar que entregó lo mejor de su existencia en favor de sus conciudadanos, al recibir con justicia el apelativo de “Mamá Carmenza”, con el que se resalta su incondicional sacrificio en favor de los demás, en especial de los menos favorecidos. Por esto y por todo, se repite aquí las palabras con las que termina su semblanza el historiador Jaime Peralta Carrillo: “Invito muy respetuosamente a quienes recibieron favores de esta ilustre dama (que nos son pocos), a depositar, con cariño y devoción, muchas flores de gratitud sobre su tumba, allá en el cementerio ‘San Bonifacio’ de la capital del Tolima”.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. La profesora Carmenza Rocha tuvo una larga trayectoria en el magisterio del departamento del Tolima. Mencione algunas de las instituciones educativas que coordinó. Consulte cuáles de ellas existen hoy en día.
2. Su espíritu solidario con los profesores del departamento del Tolima, la llevó a fundar la “Cooperativa de Habitaciones del Magisterio Tolimense Limitada” ¿Cuál fue el propósito de esta cooperativa? ¿Cuántos barrios se fundaron a través de esta cooperativa?
3. Consulte qué es el Cooperativismo. Desde su punto de vista ¿cuál fue la razón por la que la profesora Carmenza Rocha Castilla dedicó su vida a este modelo de economía solidaria?
4. La profesora Carmenza Rocha Castilla incursionó en la política luego de que en el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla se aprobara el derecho al voto de las mujeres, mediante el Acto Legislativo No. 3 de la Asamblea Nacional Constituyente reunida el 25 de agosto de 1957. Investigue cómo era la vida de las mujeres en el ámbito político, económico y social durante la primera mitad del siglo xx. ¿Qué cosas cambiaron cuando tuvieron derecho al voto?
5. Mencione algunas de las obras más importantes que realizó la profesora Carmenza Rocha Castilla cuando pasó por el mundo de la política.

Nelson Romero Guzmán

Por la ruta del río y la poesía

Libardo Vargas Celemín



Nelson Romero Guzmán. Foto de Daniela Melo.

Título: Nelson Romero Guzmán

Autor: Libardo Vargas Celemín

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/703>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



Domingo 8 de diciembre de 2019, 9:30 a. m.

El poeta se acerca a la orilla del río donde un enjambre de raíces ha quedado al descubierto y el agua achocolatada golpea el terreno que algún día recorrió junto a su padre y a su hermano Jorge. Recuerda uno de sus primeros versos que apareció en su libro inaugural *Días sonámbulos* (1988). Sus ojos brillan y en medio de una sonrisa entre pícara y nerviosa recita: *Me dejo llevar por las aguas del sueño/sin lograr agarrarme/ a los cables acerados de la vida*. Levanta la cabeza, mira hacia el horizonte como si fuera un cuadro hecho de un pincelazo de verde intenso y luego señala los arrumes de gravilla, arena y demás materiales que el río ha ido acumulando en la otra orilla: “Antes era distinto, las canoas de los pescadores llegaban con su carga de comida y las gentes del pueblo estaban a la espera”, nos dice con nostalgia. Hoy, un potente equipo de sonido inunda toda la ribera, mientras dos mujeres alistan el escenario para recibir a los turistas y un hombre nos grita: “¿Qué van a tomar?”

Le agradecemos al hombre y le pedimos cuatro botellas de agua. Caminamos por esa margen que el Saldaña pellizca, guiados por la voz de Nelson Romero Guzmán, el poeta que ha querido compartir con nosotros el regreso a sus orígenes, a los espacios y sensaciones, a los rostros de los amigos y a tantas anécdotas que lo siguen acompañando en su memoria emocional.

El poeta, como impulsado por un atávico llamado, decide saltar sobre una canoa que se encuentra atada a un árbol. Se sienta en una tabla, igual que hiciera tantas veces en su infancia y desde allí sonrío,



Nelson Romero Guzmán.
Foto de Hilda Lucía Buritica.

esta vez embargado del regocijo por el reencuentro y porque le parece estar llegando al embarcadero. Luego de unos minutos baja exorcizado de la embarcación y nos invita al recorrido por las calles del pueblo que marcaron sus primeros años.

Las calles de Ataco siguen llenas de polvo, así se haya hecho el intento de pavimentarlas, pues el alcantarillado abrió de nuevo los cráteres del pasado. La voz de Romero Guzmán fluye con entusiasmo e intenta describir esas casas de amplios solares, que hoy han sido reformadas por el impulso de copiar modelos de algunas construcciones citadinas y mezclarlos con la pervivencia de los techos de zinc y sus grandes alones.

La primera imagen de su niñez no sabe si la soñó o fue realidad, pero todavía subsisten en su memoria las mañanas del domingo en las que sus tías lo paseaban por las calles polvorientas del pueblo, que bien pudiera haberse llamado Macondo, por lo caluroso y desolado. Siempre lucía orgulloso unos zapaticos blancos, con campanilla y un traje del mismo color. Los recuerdos bien nítidos son los del patio de la casa grande y humilde de sus padres, donde pasó sus primeros años de vida, en medio de muchos árboles que atrapaban las brisas del río y le daban una frescura permanente. Este patio, lleno de hicacos, nísperos y cocos, con el tiempo se posesionaría de sus evocaciones y se transformarían en versos que deambulan hoy por sus libros.

Lo que más disfrutaba del pueblo era lanzarse a las aguas del Saldaña para luchar contra la fría corriente que intentaba zambullirlo. Con su hermano Jorge desafiaban el peligro y cruzaban el río en medio de los gritos por sus hazañas infantiles. Aunque no llegó a ser un boga diestro, afirma con una risa socarrona: “Pero sí aprendí a nadar antes que a leer y a escribir”. Pronto dominó el arte del barequeo y de la pesca. En esta última actividad, con el río como cómplice, supo extraerle su carga de peces saltarines que agonizaban enredados en las atarrayas: “La pesca es para mí una imagen poética de la vida en particular, por eso hago referencias al río y a sus entornos llenos de símbolos que tienen tanto peso en mi poesía”.



Panorámica del río Saldaña. Foto de Libardo Vargas Celemin.

10:30 a. m.

Llegamos a la plaza principal, caminamos sobre las rutas adoquinadas del pasado y cuando le pregunto por su nacimiento y su familia, me responde con una voz llena de orgullo: “Yo nací aquí en Ataco, el 28 de septiembre de 1962. Desde niño fui tímido, retraído y hasta nervioso, fui el quinto hijo del hogar que formaban Gonzalo Romero (q. e. p. d.) y Ligia Guzmán. Mis hermanos son: Jaél, Pablo Abel (q. e. p. d.), Juan, Jorge y Marleny. Éramos una familia muy humilde y trabajadora. Entre el campo y el pueblo transcurrió mi infancia. Logré el contacto con la naturaleza, hice la conexión que me permitió dialogar con el entorno, sobre todo cuando visitaba la pequeña parcela que tenía mi padre en Auracara, una vereda cercana al pueblo. Pero además aprendí los trabajos del campo y, lo más importante, descubrí el río con su magia y su caudal, con su murmullo permanente y el misterio de sus abismos acuosos”. Su cuerpo era delgado, piel morena apaleada por el sol y una gran agilidad física, que le favoreció para hacer los trípodes, donde su padre amarraba los racimos de plátano que los fines de semana iban rumbo al caserío.

Su padre, Gonzalo Romero, fue un campesino que desempeñaba muchos oficios para sobrevivir y sostener la familia. Combinaba los trabajos del campo con los del río: “Era un boga auténtico que conocía las leyes secretas que guarda la corriente. Siempre lo vi en esos oficios de navegar por canoa o ‘guando’ (balsa que sirve para transportar muchas cosas con la dirección de canaletes)”. Su padre nunca tuvo un accidente gracias a la familiaridad que estableció con el Saldaña. Entre tanto su madre, una mujer abnegada y trabajadora, se preocupaba por el bienestar de sus hijos. A sus ochenta



Nelson, primero de izquierda a derecha y sus hermanos. Álbum familiar.

años dice orgullosa: “He sido una mujer emprendedora. Cuando mis hijos eran niños yo tuve restaurantes, una finca y hacía hasta lo imposible para poderles cumplir con su formación”.



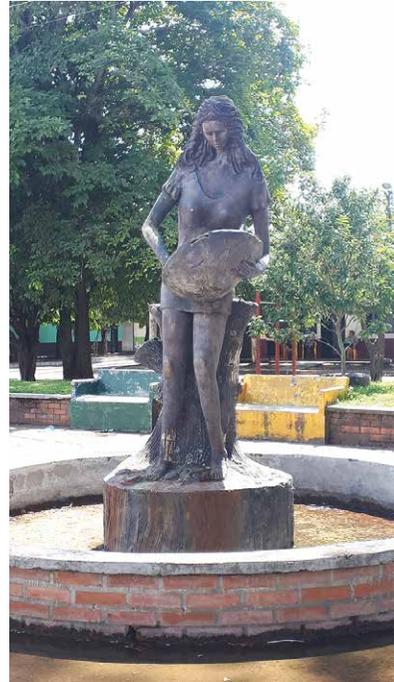
El poeta y sus padres. Álbum familiar.

Una comparación entre los dos temperamentos permite explicar los rasgos del hijo, y es el mismo poeta quien aporta elementos de juicio: “Mi padre era la parte irracional, él vivía en contacto permanente con la naturaleza y tenía mucha sensibilidad. Él estaba siempre pensando en el río”. A veces no lo hacía por las necesidades de la subsistencia, sino por el placer de estar en la orilla, obnubilado por el trascorrir del raudal. Era un hombre que conocía los ciclos, los momentos

en que podía ir con la atarraya y traer pescado: “Yo vi siempre a mi padre como una persona a veces desprendida de lo material y en ese sentido irresponsable”. En cambio a su madre le gustaba el orden: “De mi padre tomé la sensibilidad frente a la naturaleza y de mi madre el arte de ser responsable ante la vida. El ejemplo de los dos me ayudó mucho en mi formación como persona, como ser humano”.

Con un sol ardiente seguimos la ruta de los recuerdos. Nelson Romero Guzmán camina despacio por el pueblo, nos lleva hasta el “Parque de los Barequeros”, espacio que le permite hablar de su experiencia como minero. En Ataco, el oro se esconde en los profundos socavones, pero también aflora en las arenas y pedruscos que las aguas dejan en las orillas. De ese esplendor de hace 50 años ya no quedan sino las leyendas, las anécdotas, un parque con unas modestas efigies de “barequeros” (mineros artesanales), y las remembranzas de las luchas adelantadas para que las dragas de empresas multinacionales no se tomaran el pueblo.

Romero Guzmán alternaba el estudio y la lectura con el duro trabajo del barequeo: “Todos los niños pobres de Ataco, que éramos la mayoría, ejercimos ese oficio. Existía allí la costumbre de que los niños se iniciaban pronto en esa labor. Yo trabajé hasta los veinte años y realicé todos los oficios en las minas artesanales”. Tuvo que abrir hoyos para sacar baldados de tierra, arrastrarlos hasta fuera de la mina, y entregar su contenido. Por cada diez baldes que extrajera, él solo recibía como pago uno para que lo lavara y tratara de encontrar el brillo mágico que iluminara su semblante, pero él no contaba con la suerte de otros y la recompensa por las



Estatua de una barequera.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

agobiantes jornadas de trabajo era regresar a encontrarse con un libro de poemas.

Otra forma de extracción del oro es el de aluvi3n: “Nosotros nos íbamos para las quebradas a barequear con la esperanza de encontrar en medio de la arenilla el punto que reivindicara el día de trabajo”. La gente del pueblo en un gran porcentaje vivía de eso, ahora ya no, porque esta práctica la han prohibido. Los mineros iban en el día, cogían unos gramos y eso les servía para suplir sus apremios. Pero este trabajo tenía un valor agregado para Nelson Romero: “A mí no me representó económicamente grandes sumas, no iba con la ambición de conseguir algo, lo hacía por cumplir con la familia, pero, sobre todo, por enriquecerme con los ritos, mitos y leyendas, en torno a este trabajo comunitario que me aportó tanto para mi producción literaria del futuro”.

Tal vez fue esa infancia, mezcla de riesgos y fascinaciones, la que retarda su vinculación al ciclo escolar. Contaba con ocho años cuando pisó por primera vez las puertas de una institución educativa: “Ingresé a la escuela Camilo Torres de Ataco a los ocho años. Creo que era costumbre de la época entrar directamente a primero y no había preescolar, los padres no tenían esa preocupación de que los hijos estudiaran pronto”. Cuenta que sus primeras experiencias en la escuela fueron negativas. Conoció allí a un profesor de apellido Pérez, de rostro hosco y voz autoritaria que siempre andaba con una regla para castigar a los alumnos que cometieran la más mínima falta. Les hacía estirar las manos con las palmas hacia arriba y las golpeaba con sevicia: “Afortunadamente a mí no me tocó ese castigo, pero tengo una imagen un poco pavorosa de la escuela, aunque a veces aparecen otras muy entrañables también”. Su gran deseo era leer esas cartillas llenas de ilustraciones que reposaban en los anaqueles de los salones. Muy pronto se le cumplió ese sueño y pudo acceder a los primeros relatos y poemas rimados que le produjeron una grata sensación.

El poeta atacuno parece desinhibirse caminando por entre las calles donde la greda se pulveriza y alza un leve vuelo. Avanzamos hasta las puertas del colegio Martín Pomala. Golpeamos varias veces en un portón

metálico y cuando creímos que por ser domingo no habría nadie que nos permitiera el ingreso, escuchamos unas voces y una joven nos abrió. A lo lejos preguntaron quiénes éramos, el poeta reconoció esa voz que no escuchaba desde hacía más de treinta años y la mujer corrió al distinguir el alumno que siempre ha admirado. En un fuerte abrazo trataron de recuperar el tiempo que había pasado desde su partida. Brevemente, la profesora Herminda Culma le contó de las luchas y los sinsabores de tantos años en el colegio. Nos invitó a seguir y lo hicimos escuchando la voz de Romero Guzmán interrumpida a veces por una risa casi infantil que se tornaba nerviosa, y nos fue revelando el mundo de su adolescencia y juventud.

11:30 a. m.

El ingreso al colegio coincidió con una época en la que estaban en furor las baladas. Los adolescentes y los jóvenes se hermanaban por el gusto de esas letras melosas, mientras los mayores bebían cerveza en fondas y cantinas elevando sus gritos de despecho, duelos y fracasos que cantaban Cornelio Reina, Vicente Fernández y demás artistas mexicanos. El recuerdo de esta época todavía sigue vivo en su memoria y con sarcasmo comenta que este pueblo de Ataco parece atrapado en el pasado, porque de todos los traganíqueles surgen las voces de los nuevos artistas que no difieren en nada de los ídolos de los años setenta. Pero la literatura lo alejó de aquellas prácticas sensibleras: “Yo tenía un grupito de amigos y amigas con los que cantábamos las baladas de *La Nueva Ola Latinoamericana*, para hacerles contrapeso a las notas de las trompetas y violines, pero también con ellos leíamos poesía. Recuerdo a Rosendo Sáenz, Dalila Sáenz, los tres leíamos a Mario Benedetti, a Rubén Darío. Realmente fue la época de los primeros amores y de los encuentros entrañables”.

Un día, un profesor de nombre Faustino abrió en clase un libro: “Era *María*, de Jorge Isaacs, él se dedicó a leernos pasajes de dicho texto, ese fue mi primer acercamiento a una obra literaria, a una novela”.

Paradójicamente, mientras el profesor Faustino abría las puertas de la lectura a un niño deseoso de conocer historias y deleitarse con los versos y las letras, otro profesor le cerraba la posibilidad de entusiasmarse con los números: “Fue el docente Juan de la Cruz Celis, quien me pasaba al frente para resolver un problema y si no lo hacía me golpeaba contra el tablero, siguiendo un modelo de enseñanza medieval”.



Nelson Romero Guzmán cuando era estudiante de bachillerato. Álbum familiar.

En la medida que escalaba grados en el bachillerato, se incrementaba su deseo de lectura y escritura. A ello contribuyó el haberse encontrado en cuarto grado con un grupo de profesores que: “Sentían la literatura, no porque tuvieran que enseñarla, sino porque profesaban pasión por leer y la transmitían, eran verdaderos formadores. Recuerdo a los profesores: García, Jorge Buitrago y Néstor Rentería. Ellos fueron los primeros

que valoraron mi trabajo literario, se acercaron a ver lo que yo escribía y me animaron permanentemente. Ellos se pusieron muy contentos cuando me publicaron los primeros poemas en *El Magazín* de El Espectador. Yo era muy mal estudiante en Matemáticas, Física y Química, pero era muy bueno en Filosofía y Literatura. Un día, en una izada de bandera, yo no estaba programado para salir al frente, pero ellos me invitaron al escenario. Los otros profesores se pusieron furiosos y me hicieron bajar de la tarima porque para ellos no merecía ese honor. Por eso digo con sorna que tuve el honor de izar media bandera”.

El poeta adelantó sus primeros trabajos literarios en secreto.

La timidez, su compañera permanente, le permitió camuflar con una sonrisa de distintos matices su actividad literaria. Escasas eran las personas conocedoras de su práctica poética: “Pocos fueron los escritos que yo mostraba”, pero sí la mayoría de sus condiscípulos lo miraban como “una especie rara”, porque no desaprovechaba el tiempo, sobre todo cuando los profesores faltaban a clase: “Me quedaba leyendo en el salón, mientras los otros gritaban y saltaban, de ahí la costumbre de leer con ruido, a mí el ruido no me molesta, yo puedo leer en medio de una fiesta, allí leía obras de García Márquez, sus cuentos, crónicas y novelas, que me prestaban los profesores”.



Nelson visita años después el colegio Martín Pomala. Foto de Libardo Vargas Celemin.

Las inquietudes del poeta en su juventud no concluían en la literatura, se complementaban con la preocupación por la situación social, sobre todo por la pobreza de la gente del pueblo. Por eso experimentó cierta afinidad con personajes que estuvieran luchando por alcanzar mejores condiciones de vida para la comunidad. Conoció a José Zuluaga Gómez, un hombre de izquierda, comprometido con las causas sociales. Él ayudaba a las personas para solucionar sus necesidades. Era odontólogo empírico y la mitad de su jornada la dedicaba a atender gratis a los necesitados. Además, al poeta le interesaba más su biblioteca: “Fue el primero que me dio a leer la *Balada de la cárcel de reading*, de Oscar Wilde. Era un hombre que leía a autores universales como Balzac. Yo sentía que él me apreciaba, porque le gustaba que fuera a su consultorio para que habláramos de literatura y también me prestaba libros. Era tinterillo y en una ocasión fue alcalde encargado del pueblo y concejal. A él lo mataron en la época en que querían traer la pala draga para explotar el oro del río”.

Uno de los hechos importantes en la historia de Ataco comenzó con la llegada de una compañía minera que hizo unos estudios en el Municipio, halló un gran potencial e intentaron montar la denominada *pala draga*, para acabar con la explotación artesanal que realizaban los atacunos. Alcanzaron a descargar todas las piezas de la enorme estructura, construyeron barracas y una casa a la salida del pueblo. La comunidad de Ataco y municipios vecinos se levantaron para impedir esta agresión al medio ambiente y a la economía local. Hubo marchas y movilizaciones por toda la región. El Grupo Ecológico de la Universidad del Tolima, liderado por el profesor y ambientalista Gonzalo Palomino, colaboró con esta protesta, difundió la noticia nacional e internacionalmente; hizo presencia con estudiantes y activistas; apoyó todas las acciones que se implementaron, al frente de las cuales estaba José Zuluaga. Finalmente se impidió el funcionamiento de la compañía. Con esa experiencia, José Zuluaga creyó oportuno lanzar una lista al Concejo Municipal de Ataco e incluyó al poeta como candidato. Con una carcajada recuerda esta campaña electoral fallida: “No fui elegido, iba por el partido Alianza Nacional Popular

(ANAPO), se perdió por unos pocos votos. Zuluaga creía en mí, pero los habitantes del pueblo, no”.

En sus evocaciones aparece su primera cita amorosa, no fue real, fue metafísica: “Yo me enamoraba de mujeres reales y nunca les declaraba mi amor y llegué a hacerlo hasta el llanto, eso tenía que ver con mi timidez y mi forma de ser, egocéntrica tal vez, metido en mí mismo viví esas pasiones en solitario. Yo tenía una visión muy inocente de la mujer y luego del amor puro, no sé de dónde viene esa sensibilidad. Una vez me enamoré de una mujer real, María del Pilar. Ella tendría 15 años y yo 16, fue en el colegio, ella fue una mujer a la que nunca le di un beso, ni siquiera toqué sus manos. Un amor muy puro, una relación muy extraña. Yo traté de seducirla con la palabra, ella vivía en la casa cural donde había un internado de niñas. Yo me asomaba al parque y ella me veía desde un ventanal y salía clandestinamente y allí nos encontrábamos. El cura llegó a darse cuenta de eso, porque a la entrada de la iglesia había un muro desde donde nos espiaba. Estas citas eran muy inocentes, yo le expresaba mi amor a través de las letras de las canciones y ella sonreía, parecía una escena sacada de una novela romántica”. Esta experiencia duró cerca de un año. Ella se fue para Bogotá a continuar sus estudios. Nunca se volvieron a ver y para perpetuar ese recuerdo le escribió un soneto, “de esos malos sonetos que escribía al comienzo, pero nunca lo publiqué, con el tiempo se me perdió, pero de pronto lo recuperé un día de estos”.

El deseo de abrirse paso entre las letras impulsó al poeta para tener su propio periódico en Ataco. Se unió con varias personas, entre ellas su amigo José Zuluaga Gómez, quien le acolitó este sueño y lo publicaron con el mesiánico título de *El despertar*. Tenía todas las secciones de los grandes rotativos. Era impreso en Bogotá, con noticias, opiniones, entrevistas y eventos de la comarca. Esta experiencia comenzó a llenar un vacío en medio de la abulia colectiva de su pueblo. Un ejemplo del papel que cumplió este órgano informativo lo relata entre sonrisas: “Alguna vez había una alcantarilla destapada, yo escribí una columna denunciando la desidia oficial y a los pocos días la mandaron a tapar”. Pero no solo

se escribía sobre estas particularidades parroquiales, sino que se daba espacio a temas como el papel que cumplía Manuel Elkin Patarroyo, importante investigador nacido allí y catapultado mundialmente como pionero de la búsqueda de una vacuna sintética contra la malaria.

Esa experiencia con el periodismo en Ataco sembró un interés por abrazar esta profesión. Cuando viajó a Bogotá, inclusive alcanzó a cursar un semestre en el la Fundación Universitaria para el Desarrollo Humano (Uninpahu), pero las condiciones económicas no le permitieron continuar. Con los años, su deseo de ser un reportero destacado se fue diluyendo. Sin embargo, encontró en su hijo mayor, Edwin Andrés Romero Santofimio, a la persona que materializaría sus sueños. Edwin trabaja como realizador audiovisual y periodista vinculado a la Casa Editorial de El Tiempo.

El poeta recuerda que tuvo una vacilación frente a su verdadera vocación literaria. Pensó por unos días que podría convertirse en un sastre: “En Ataco había muchos sastres, mi madre tenía un restaurante, algunos de ellos iban a comer todos los días, yo trabajaba para ellos pegando botones a los pantalones y cogiendo las botas, ellos me ayudaban con algo para mis estudios. Una vez llegó una academia de sastrería al pueblo y yo fui el primero en inscribirme, porque estaba decidido a ser otro sastre más. Alcance a hacer varios modelos con papel del que se usa para empaquetar el cemento. Una noche se robaron las máquinas y nos dejaron sin donde practicar, nos asaltaron el futuro y por eso tuve la convicción de que la profesión de mi vida sería la escritura”. Su primer paso fue cambiar el papel *kraft* de las bolsas de cemento por hojas más suaves, en las que la fluidez de la tinta dibujara paisajes con palabras, universos con metáforas y cavernas mentales de artistas alucinados de su plena libertad.

Ataco era un pueblo católico y Romero Guzmán provenía de una familia conservadora en sus creencias religiosas y políticas. Su abuela era el símbolo de esa tradición y sus tías fieles seguidoras de los rituales. Ellas iban a comulgar diariamente y rezaban el rosario en las noches. “Yo también iba a misa con mi padre, que me hacía levantar temprano

los domingos. Pero las cosas cambiaron cuando comencé a leer a los “Nadaístas”, contaba con veinte años y me declaré en rebeldía con todas las creencias. Me volví iconoclasta como ellos y traté de imitarlos. Cometí varias veces sacrilegios. Con Luis Molina, un amigo, íbamos a la iglesia y usábamos los ganchos, de esos que utilizan las mujeres para cogerse el pelo, los introducíamos en las ranuras de las alcancías donde se recogía la limosna y sacábamos los billetes que habían echado. Digamos que fue una rebeldía sin causa”.

Hubo una época en que el colegio Martín Pomala entró en conflicto, se crearon dos bandos: el de la rectora, apoyada por unos profesores y estudiantes; mientras los docentes de humanidades solo contaban con unos pocos alumnos, entre los cuales estaba el poeta, que presentaba dificultades con las ciencias duras y prefería volarse de la clase de Química para ir a la biblioteca del plantel. Además publicaba un periódico crítico y se comía las patillas de la huerta del colegio. Todos estos elementos hicieron parte del “prontuario” que le llevaban los profesores de matemáticas y que se reboseó con un conato de incendio, hecho que se le atribuyó a él y a un amigo. En realidad había sido su amigo quien había arrojado un fósforo al pasto seco del patio, pero él asumió la responsabilidad que le costó una resolución de expulsión, cuando cursaba quinto de bachillerato: “Era el mes de abril y simplemente me fui del colegio, no apelé la decisión y me puse a coger café y trabajé también en las obras públicas del Municipio”. Cansado de estos trabajos, decidió buscar un verdadero futuro y con la ayuda de una hermana y dos hermanos que vivían en la capital del país, resolvió enfrentarse a la metrópoli.

Nelson Romero Guzmán, el ahora poeta consolidado, camina por los pasillos del Colegio Nacional Martín Pomala y nos hace partícipes de sus temores al enfrentarse a la vastedad de una gran ciudad y lo que significó la capital de la República en su vida. Entre tanto, mientras él sigue su recorrido con la profesora me detengo frente a los muros de la amplia edificación escolar y leo los mensajes escritos en distintas épocas. Intento hallar una frase, un verso, algo que le recuerde a las nuevas generaciones

que allí eclosionó la pasión por la literatura de uno de los grandes poetas colombianos actuales, pero no encuentro ninguna pista de su paso por este lugar.

Retomo su narración: “Viajé a Bogotá en 1982 y allí concluí el quinto y el sexto en un colegio nocturno. Yo terminé realmente muy tarde, a los 23 años. No reclamé el cartón el día de la clausura, pero cuando lo necesite para un empleo, cuatro años después, fui al colegio, no apareció dicho documento y me tocó adelantar una serie de trámites, fue toda una tragedia”.

Bogotá fue para él una experiencia muy formativa, porque allí tuvo contacto con escritores, participó de los talleres de Eutiquio Leal, conoció al poeta Juan Manuel Roca, quien con el paso de los años se convirtió en uno de sus grandes amigos. En 1988 publicó su primer libro *Días sonámbulos*: “Tuve la fortuna de que María Mercedes Carranza me escogiera para cerrar las actividades del año en la Casa de Poesía Silva. Ella comentó que *Días sonámbulos* había sido el mejor libro publicado en ese año, y esto me permitió ir a leer textos a la Biblioteca Nacional y asistir a muchos eventos culturales en la ciudad, pero también fue una vida dura”. Gracias a sus hermanos que vivían en Bogotá, pudo tener un sitio donde llegar e inició su trasegar por varios oficios: “Trabajé en una empresa de licores por catálogo, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en la Casa de Poesía Silva”.



Lectura de poemas con Santiago Mutis en la Casa Silva. Álbum familiar.



De izquierda a derecha: Alfredo Vanín, Nelson Romero, Rómulo Bustos, María Clemencia Sánchez, Juan Manuel Roca, Jotamario Arbeláez, Horacio Benavides y Jaime García Maffla.
Álbum familiar.

“Yo leía mucha poesía colombiana. Visitaba muy poco a los clientes, lo hacía con mucha timidez y temor”. Realmente fue una época de sobrevivencia muy difícil. Trabajó en un supermercado familiar y fracasó, porque se dedicaba más a la lectura y a la escritura y cuando alguien llegaba a preguntar por un artículo, él les informaba que no había y continuaba en su trabajo literario: “También trabajé en inspecciones de Policía; como secuestre en diligencias de embargos y peritazgos judiciales ganaba algún dinero, pero necesitaba tiempo para leer y escribir poesía”.

En medio de la lucha por la supervivencia y por avanzar en su afición, al poeta se le abrió una puerta increíble. “Un amigo me contó que un juez en Purificación estaba necesitando un citador. El requisito imprescindible, curiosamente, era ser poeta. Luis Eduardo Gutiérrez, Juez Primero Municipal del Circuito, era un hombre que amaba la literatura desde la época de estudios universitarios y sentía la necesidad de tener a alguien con quien poder dialogar sobre poesía. “Gutiérrez me aceptó como citador, fue una experiencia muy interesante, esto cambió mi vida

al haber ingresado a la Rama Judicial. Fue la primera vez que ocupé un cargo, en el que debía cumplir horario”. La aceptación del cargo concluyó con cuatro años de su vida en Bogotá, pues fijó su nueva residencia en Purificación.

1:00 p. m.

Cuando la sed nos acosa, salimos del colegio Martín Pomala y nos dirigimos de nuevo a la plaza. Pequeñas gotas de sudor se deslizan por nuestros rostros. Mientras tomamos agua en una modesta cafetería le comento al poeta mi extrañeza, porque entre tantos muros llenos de frases y poemas, en el colegio no había encontrado una sola mención a su obra, pese a ser reconocida internacionalmente. Él me mira y se limita a decirme: “Porque todavía está la rectora que me expulsó cuando cursaba quinto de bachillerato”.

Caminamos despacio hacia otro lugar del pueblo. El calor nos hace buscar refugio y descansamos bajo una ceiba por algunos minutos, mientras el poeta nos cuenta su llegada a la ciudad donde vive actualmente.

“Para mí Ibagué es la ciudad perfecta, tiene una característica especial, es una ciudad, pero a la vez es un pueblo. Tú puedes ir al centro de la ciudad o al barrio El Jordán y encontrar centros comerciales modernos, pero cuando llegas a la periferia, ya estás en un pueblo de verdad. También tiene una zona campestre que es admirable, por ejemplo el Cañón del Combeima. Me gusta vivir en esta ciudad”.

La grata experiencia en Purificación duró dos años: “Al juez Gutiérrez lo trasladaron para Ibagué y yo era provisional, no estaba en propiedad; una tarde me llamaron para informarme que el cargo iba a ser ocupado por una persona de carrera. Entonces yo también me fui para Ibagué y un juez que conocía me ofreció un cargo de escribiente por tres meses. Cumplido el tiempo, quedé de nuevo sin trabajo”. El mismo día en que quedó cesante se fue a un bar en la calle 10 con carrera 5.ª: “Arte y Café”, un tertuliadero de artistas e intelectuales. Allí se encontró con el

magistrado José Antonio Almanza, personaje por el que siento un gran afecto. Se centraron en una larga conversación sobre libros y poetas: “Yo creo que la poesía ha estado en los momentos precisos para ayudarme, por eso aproveché una pausa y le comenté que había quedado sin empleo ese mismo día y como él era un hombre a quien respetaban en la Rama Judicial, me dijo que fuera a la mañana siguiente y efectivamente me hizo nombrar en provisionalidad. Realmente, para mí la Rama Judicial era un trabajo que yo hacía para sobrevivir y aproveché para matricularme y terminar la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Santo Tomás, otro de mis sueños y que me ha aportado mucho en mi trabajo literario”.

Cuando se radicó en Ibagué en el año 1992, el poeta ya tenía una noción del ambiente cultural que se movía en la ciudad y especialmente en la Universidad del Tolima, gracias a que en Ataco había una biblioteca pública que funcionaba en la Alcaldía y allí llegaban todos los libros publicados por Pijao Editores y Colcultura. Eran muchas obras de literatura las que llegaban: “Para mí los libros de Editorial Pijao tienen un significado muy especial. Yo me encuentro con un libro de Pijao y enseguida lo compro. Ese material en papel periódico y caratula bicolor me encanta, porque con ellos empecé a conocer los escritores del Tolima, por ejemplo a Víctor Hugo Triana, todavía guardo un libro de él que se llama *Casi poemas*. También un libro de Sepúlveda y *La muchacha del violín*, de Carlos Orlando Pardo. Para mí esos libros estaban vinculados afectivamente con ese descubrimiento.

Yo tenía noticias de lo que hacía en la Universidad del Tolima el periodista y narrador Camilo Pérez Salamanca, había leído varios números de *Panorama universitario*, también los cuentos de *Una canción sin ternura*. Tenía un conocimiento panorámico de los escritores de la región. Quería conocer a Hipólito Rivera, había leído su poesía y me parecía que era el poeta más cercano a la concepción que yo tenía en ese momento. Encontré en la tradición de la poesía del Tolima mucho rimador, mucho costumbrismo y paisajismo, y pensaba que por ahí no era el camino y encontré en la poesía de Rivera que, a pesar de sus referencias locales como

el Combeima o el Mohán, había una frescura del lenguaje y unas búsquedas distintas. También leí a Jorge Ernesto Leyva, un poeta interesante. De esa manera vine a descubrir a Ibagué”.

Su primer contacto con los escritores del Tolima fue en un taller que dictó Juan Manuel Roca, uno de sus grandes amigos e impulsor de su trabajo: “Fue una actividad cálida en la que pude compartir con poetas y escritores, conocerlos y saber cómo eran sus vidas. Inclusive allí conocí a Luz Stella Rivera, una narradora, quien más tarde publicaría dos novelas infantiles, y es ahora mi esposa y madre de mis dos hijas: Lluvia María y Oriana”.



El poeta con sus hijas y su esposa. Álbum familiar.

Luz Stella Rivera es el complemento ideal para el poeta. De la relación de pareja afirma Nelson: “Cuando uno se casa, a lo largo del tiempo de vivir en unión, uno entiende que adquirió varios matrimonios con esa misma persona. Somos un matrimonio literario además del pretexto eucarístico. Nos ayudamos mutuamente con toda sinceridad. Somos críticos. Nos hacemos caso si hay que borrar o botar al cesto de la basura. Hablamos mucho, somos chismosos y nos divertimos; combinamos con un poco de música y vino, cocinamos juntos, y a veces peleamos, para lo cual se requiere otro tipo de talento”.

Luz Stella aparenta ser parca, pero cuando se trata de hablar de poesía participa con una voz recia y enfática; habla sobre su matrimonio con el poeta: “Casi siempre le sugiero títulos, seleccionamos textos y armamos libros. No nos tenemos compasión con el asunto literario, cientos de hojas han ido a parar al reciclaje”. Sobre su concepto de la poesía de Nelson no duda en afirmar: “A él nada le sale forzado, su escritura es natural, desafortunadamente es muy tímido y no le gusta mostrarse. Sin embargo, los pocos amigos que tenemos (somos solitarios), se han encargado de difundir su trabajo literario. De esa manera lo han hecho conocer en muchas ciudades, universidades y países”.

El poeta rememora la época de recién llegado a Ibagué y su participación en el proyecto de la fundación de la “Casa de Poesía Eduardo Carranza” que fue un fracaso, solo funcionó por unos pocos meses. Esta etapa también fue de bohemia, en la que todos soñaban con ganarse premios, leían y escribían mucho, se tenía una vida intelectual combinada con las tertulias; circulaban los cuadernillos de Carlos Castillo, el poeta urbano de la ciudad: “Yo descubrí ese ambiente, pero me di cuenta que había que superarlo, aunque percibí en un grupo de autores regionales que eran buenos lectores, pero también había mucho coloquialismo y mucha adherencia a la tradición, digamos casi que la literatura era una continuación de su folclor, de las letras de las canciones. Ibagué como ciudad ya entró en mí a través de los escritos, tengo muchos poemas referentes a la ciudad y de la experiencia de la vida allí”.

El pintor y narrador Benhur Sánchez, quien fungía como director de la Biblioteca Darío Echandía, invitó a Nelson Romero y a Luis Eduardo Gutiérrez para que coordinaran un taller de poesía. Iniciaron este ejercicio en el año 2000, con gran entusiasmo, porque les permitía interactuar con un grupo de entusiastas de la poesía que buscaban intercambiar experiencias, leer sus trabajos y recibir orientación de personas con mayor recorrido en este campo. El aporte de Romero Guzmán a la formación de nuevas figuras de la poesía del Tolima se complementó a partir del año

2015, cuando se vincula como docente de tiempo completo del Instituto de Educación a Distancia de la Universidad del Tolima.

1:30 p. m.

Caminamos de nuevo, pero despacio, para no alborotar el sopor que se extiende por todas las calles. Nos dice que vamos en busca de una sorpresa. Entramos a la zona de los almacenes que exhiben sus mercancías en tablas de triple que sostienen con ganchos los trajes femeninos. De pronto nos detenemos ante el muestrario lleno de prendas de vivos colores. El poeta va hasta el mostrador y regresa con una dependiente, a quien ayuda a correr un exhibidor y de repente aparece una placa de mármol que anuncia: “En esta casa nació el poeta Jesús Antonio Cruz, Martín Pomala”. Nelson Romero posa de perfil ante la placa con una sonrisa reprimida, luego de las fotos le ayuda a la dependiente a ubicar el exhibidor en el mismo sitio donde estaba antes. Así termina nuestro encuentro con el poeta Martín Pomala, cuyo recuerdo para los atacunos de día se oculta tras los vestidos femeninos y en la noche queda como expósito en la calle solitaria.

Nelson Romero Guzmán confiesa que se enamoró de los versos de su paisano sin haberlo leído, porque era muy popular en su pueblo. En todo evento cultural que se realizara en el colegio, siempre había un concurso de declamación y los poemas de Martín Pomala eran infaltables. El poeta recuerda que personas como Gilberto y Raúl Díaz sabían de memoria los poemas del libro *Sangre*: “Ese fue mi primer contacto, no con sus libros, sino con las voces que declamaban sus poemas”.



El poeta frente a la placa que señala la casa donde nació Martín Pomala.
Foto de Libardo Vargas Celemin.

En Ataco, varias personas citaban estrofas de la obra de Pomala, como si se tratara de versículos de una Biblia local. Por ejemplo, un campesino adquirió fama en la población por recitar fragmentos con gran entusiasmo y allí Romero Guzmán aprovechó para aprendérselos, ya que era difícil conseguir el libro. Además comenzó a imaginarse la figura de Pomala y a escuchar qué se decía de él, inclusive las especulaciones sobre su locura. Un día llegó un vendedor de libros al pueblo con la obra de Pomala. Su hermano, quien conocía su afición por el vate, lo compró y se lo mostró. No quiso prestárselo, porque él quería leerlo primero: “Esa noche no pude dormir, quería que amaneciera rápido para tener el libro entre mis manos y fue cuando me interesé más por esa obra, la misma que aprendí de memoria”. Aunque ya no recuerda la totalidad de los poemas, sí conserva muchos fragmentos en su mente y esta experiencia lo llevó a hacer una investigación sobre el poeta. Cuando viajó a Bogotá estuvo por varios días en la Biblioteca Nacional y escribió una biografía de su paisano. Después adelantó un estudio comparativo con *Tierra de promisión*, de José Eustasio Rivera: “Yo tenía muchas inquietudes sobre el poeta y desde que cursaba cuarto de bachillerato su poesía era una obsesión para mí”.

Otros autores hicieron parte de esas lecturas iniciales y él tuvo la oportunidad de comparar y moldear un gusto más sólido. Siguió la ruta que le trazaba la disponibilidad de libros en la Biblioteca Municipal y en la del colegio, luego leyó a Guillermo Valencia, Diego Fallon, los poetas piedracelistas, a Carlos Castro Saavedra y se fue introduciendo en otras vertientes, ya no de la poesía colombiana, sino hispanohablante: “Estudí autores españoles de la Generación del 98 y la del 27, con ellos descubrí que ya la poesía se había renovado y que debía ponerme al día con esta evolución”. Por esa época esperaba la llegada del domingo para comprar el *Magazine de El Espectador*, en el que venían poemas contemporáneos y comentarios de libros. Así pudo enterarse de qué estaba pasando en otras partes, ya que Ataco era un pueblo escondido, la población más cercana quedaba a hora y media, porque no había carretera y llegar a Coyaima era toda una odisea.

2:00 p. m.

Nos marchamos hacia la casa paterna de los Romero Guzmán. Esa casa del pasado se ha transformado, ya no tiene los árboles de su niñez, pero conserva el ambiente y la calidez familiar. Doña Ligia, su madre, como toda una matrona da órdenes para que nos atiendan y gentilmente nos sirven los platos típicos de la región.



Casa paterna de Nelson Romero Guzmán en Ataco. Foto de Hilda Lucía Buriticá.



Placa a la entrada de la casa donde nació Nelson Romero, homenaje de su familia.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

Las tejas de zinc braman ante el impacto de los rayos sobre sus lomos. Doña Ligia me alcanza el álbum familiar para que seleccione las fotos necesarias. Se ubica frente a mí, en una silla mecedora y mientras se abanica, con voz suave, va contando las historias de su hijo. Narra que el poeta era muy cariñoso de niño, igual que ahora. Aunque tímido, siempre estaba adelantando proyectos: “Hubo una época en que llenaba de cemento los tarros de galletas usados y los convertía en pesas, porque tenía la obsesión de tener músculos abultados, como señal de hombría”.

Selecciono dos fotos de la adolescencia de Nelson Romero Guzmán y sigo escuchando a su madre. Hilda Lucía, mi compañera, sale en busca de la brisa que pasa por la calle ancha y el poeta reposa en un cuarto adjunto a la sala. Doña Ligia retoma la palabra para decir cómo se dio cuenta de que su hijo iba a ser escritor. Cuando tenía doce años, él decidió escribir en la noche y ella le pedía que se acostara, pero él no accedía. Tomó por costumbre escribir hasta la madrugada con una disciplina sin tacha, y ella supo que nadie le haría cambiar esa ilusión: “Resolví entonces apoyarlo, aunque no creía que se pudiera vivir de la poesía, pues tenía como ejemplo al poeta Martín Pomala, pero decidí comprarle el papel y la cinta para la máquina de escribir”. Cuando le pregunto qué siente cuando le dicen que su hijo se acaba de ganar un premio, ella responde: “muy orgullosa, muy orgullosa” y su voz se quiebra por un instante. Él siempre le consulta las cosas importantes de su vida. Por eso cuando le dijo que se iba a cambiar del Poder Judicial a la Educación y luego que se vinculaba a la Universidad del Tolima, “sentí mucha alegría porque entendí que eran escalones importantes para él”.

El anfitrión parece que ha dado por terminada la siesta y ella lo ve salir hacia el patio y se cruzan una sonrisa. Aprovecho para hacerle una última pregunta y ella accede y se alisa la falda del vestido. ¿Ha leído los libros de su hijo? Ella susurra con picardía “sí señor, todos pero... a veces no los entiendo”. Y suelta una carcajada.

3:00 p. m.

Voy hasta la tienda de enfrente por una botella de agua y allí tres mesas unidas albergan a parte de la familia del poeta. Su hermano Jorge, sobrinos, primos y amigos han consumido bastante cerveza y cuentan anécdotas que irradian carcajadas por todas partes. Cuando le pregunto a Jorge sobre la infancia junto al hermano, me corrobora todo lo afirmado por él. Me dice que no nació para el arte, pero sí para los negocios y cuando le hago la pregunta reina, si ha leído los libros de su hermano, guarda un breve silencio, y los compañeros de mesa gritan que no. Ante la evidencia, él me mira y con gran solemnidad afirma: “No señor, pero muy pronto me voy a pensionar y lo primero que voy a hacer es leer los libros de mi hermano”.

3:20 p. m.

Desde una poltrona el poeta mira los cuadros en los que tiene enmarcados los primeros comentarios críticos de su obra, mientras otros dan cuenta de los premios recibidos. Nelson se sumerge en la remembranza de sus textos. Ya no sonrío, cierra los ojos por un minuto e iniciamos un recorrido placentero por entre carátulas, solapas, estrofas y versos de su obra, unas veces saltando y otras retrocediendo frente a las fechas de publicación de sus trabajos literarios.

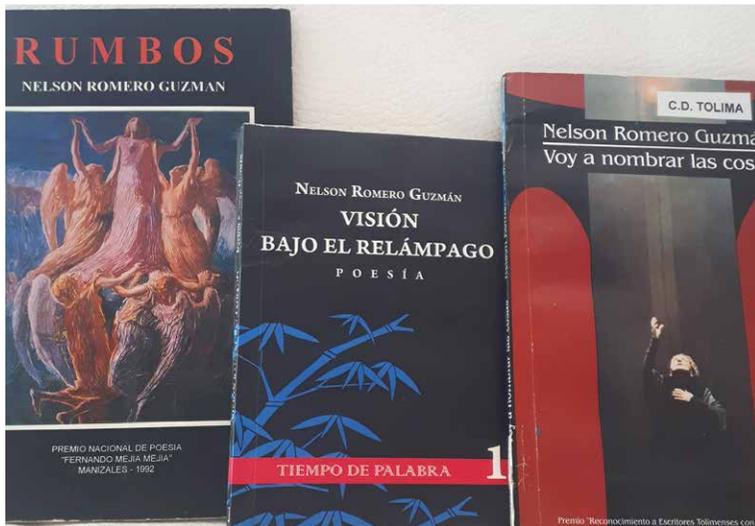
Cuando uno ha leído los libros publicados por Nelson Romero y retorna a la relectura de *Días sonámbulos* (1988), su primer libro, se da cuenta que en esos versos ya estaba esbozada su “arte poética”, en la que la búsqueda reflexiva y el diálogo permanente con la poesía se conjugan tratando siempre de guardar una distancia frente a la realidad contextual, mediante la creación de símbolos.

Su segundo libro, *Rumbos*, fue ganador del Premio Nacional de Poesía Fernando Mejía Mejía, Manizales, 1992, y publicado en Ibagué en abril de 1995. La voz del poeta da cuenta de sus reflexiones sobre esa búsqueda que iniciara, como un sonámbulo, en el libro anterior. Su

peregrinación esta vez va guiada por un *Dios encerrado en su pupila* que le deja su túnica para que avance en dicha peregrinación.

Este libro inicia una sólida presencia de Nelson Romero Guzmán en la poesía colombiana, en la que desacraliza visiones, reelabora la naturaleza, hace uso de técnicas contemporáneas y se enfrenta a los fantasmas interiores que se vuelven una presencia constante en sus versos. Fueron acertadas las intuiciones que William Ospina consignó en la contracarátula del libro, cuando escribió: “En este poeta encuentro no solo la certeza de poemas magníficos, sino la promesa de una obra llena de aliento y de caminos para los nuevos templos de la poesía en nuestra lengua. Estoy muy contento de haber participado de algún modo en su descubrimiento”.

Además de *Días sonámbulos* y *Rumbos*, un libro que apareció en el año 2000, refrendó su trabajo paciente, disciplinado e imaginativo: *Voy a nombrar las cosas*. Con este texto obtuvo un premio regional: “Reconocimiento a escritores tolimenses con presencia en Ibagué”, otorgado por la Alcaldía de la ciudad y el Fondo Mixto del Tolima. En ese texto se asoma a la cotidianidad, materia que será tratada con mayor profundidad en dos obras posteriores.



Primeras publicaciones de Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buriticá.

Con la obtención del XIV Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia 1999, Nelson Romero inicia un ambicioso proyecto poético que corresponde a una trilogía, en la que sus protagonistas son los pintores Vincent van Gogh, Francisco de Goya y Edward Munch.

En *Surgidos de la luz*, el poeta holandés Vincent van Gogh es evocado por una voz poética que recorre las acciones y las reflexiones del pintor. Aquí aparece la lucha del artista por sobreponerse a las vicisitudes de la vida y dejar su huella. Los lienzos reflejan la precariedad material, pero también la rica propuesta artística que emerge de la contemplación alucinada de los espacios, los seres y los objetos.

El doctor en Literatura, Jorge Ladino Gaitán Bayona, profesor de la Universidad del Tolima, en un artículo publicado en la revista peruana *Sieteculebras*, explica el procedimiento denominado “ecfrasis” utilizado por el poeta Romero Guzmán en los tres textos que tienen como referente a los pintores. Gaitán Bayona afirma: “No se trata de la simple imitación o de considerar que el escritor deba traducir al lenguaje verbal, el lenguaje pictórico. En este caso lo que opera es la intertextualidad, en tanto hay actos de resignificación, transformación e reinención”.

El segundo libro de su trilogía se titula *La quinta del sordo* (2006). Francisco de Goya, con sus imágenes alucinantes logra bucear en su interioridad para luego proyectarse en esas imágenes de claroscuros que generan desazón en el espectador. El trabajo del poeta, más que describir,



Los tres libros sobre los pintores van Gogh, Goya y Munch. Fotomontaje Libardo Vargas Celemín.

es explorar sentimientos, estados del espíritu y correlacionarlos con la paleta cromática. El poeta y crítico Guillermo Martínez González sintetiza argumental y conceptualmente la propuesta de este libro, cuando afirma: “Nelson Romero reconstruye la vida de Goya, su conciencia poblada de espantos y creencias maléficas; su ansia de encontrar los colores escapados de Dios, el color infinito que disuelve las distancias entre la tierra y el cielo”.

El tercer libro con el que se cierra la trilogía: *Bajo el brillo de la luna*, obtiene en Cuba el Premio Casa de las Américas 2015. El pintor recreado en la prosa poética de Nelson Romero es el noruego Edward Munch. Este premio es de gran importancia porque lo da a conocer en toda Latinoamérica. Se escriben distintos comentarios en revistas especializadas, le realizan entrevistas y es invitado a dictar charlas, conferencias y a leer sus textos en distintos escenarios.

El jurado de la edición número 56 del Premio Literario Casas de las Américas, 2015, fue unánime en su decisión de otorgarle el premio al libro *Bajo el brillo de la luna*, de Nelson Romero Guzmán de Colombia: “Por la ingeniosa sucesión de los recursos verbales que fluyen con asombrosa riqueza de imágenes, así como los soportes estructurados de una angustia vital, que hace de los autorretratos y de otras obras plásticas de artistas, un contrapunto de confesiones fantasmales”.

El premio internacional de Casa de las Américas, que cuenta con medio siglo de tradición y que ha sido otorgado a figuras cimeras de la poesía latinoamericana, fue recibido por el poeta con la misma humildad que lo ha caracterizado. Él siente una gran satisfacción porque sus propuestas estéticas, que van cambiando en cada libro, han recibido la aceptación de expertos críticos, creadores y, aunque sus textos aparezcan como crípticos para un tipo de lector, en ellos subyace siempre el mismo interés por trascender el paisaje y la descripción de la realidad para intentar, a través del símbolo, penetrar en los conflictos interiores de los hombres.

Romero Guzmán explica por qué escogió estos tres pintores (van Gogh, Goya y Munch) para construir sus poemarios. Ellos “expresan en

sus obras la condición humana. El arte y la poesía en general tienen un compromiso con ella, con el ser del hombre y su razón de estar en el mundo, frente a las circunstancias, frente a las encrucijadas en sus momentos históricos”.

Con el libro *Música lenta* (2014) gana el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura, en su versión correspondiente al Programa de Estímulos del año 2015. El jurado calificador declara en el acta de premiación: “*Música lenta* es un libro muy original que mezcla diversas texturas literarias y plásticas. Recobra fantasmas como en *La última crónica del tren*, que nos sitúa en su comarca natal, Tolima, y en los ásperos tiempos de la violencia que vivimos”.

Este libro sorprende desde el mismo prólogo a cargo, metafóricamente, de la poeta norteamericana *Sylvia Plath*, una mujer sumida en profundas crisis mentales que se suicida en el año 1963. Cuando la mayor parte de los prólogos se dedican a elogios y exaltaciones, el poeta tolimense utiliza la voz polémica de la autora norteamericana para que lo increpe sobre la calidad de los poemas y para suplicarle: *Nelson, te lo pido, no escribas más, nunca te leerán. Déjame descansar en paz.*

Haber obtenido el premio del Ministerio de Cultura, lo mismo que



Carátula del libro *Música Lenta*.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

el de Casa de las Américas en el 2015, le abrió innumerables puertas al poeta. Logró consolidar su estabilidad laboral en la Universidad del Tolima; fue invitado a recitales y conferencias, en eventos nacionales e internacionales realizados en México, Panamá, Perú, Venezuela, Chile, Brasil, donde pudo compartir sus textos, dialogar con el público y conocer una serie de poetas, escritores e intelectuales.

En el 2005 publica su poemario *Grañas del insecto*, en el que sus protagonistas son aquellos seres casi invisibles que tienen como tarea atormentar al hombre y en los que encuentra grandes analogías con las acciones que este último realiza. El libro está poblado de ironías que parten de redefiniciones como la de esos insectos relacionados directamente con la materia prima de la escritura: el papel y sus enemigos: las polillas, los pulgones, los ácaros, las hormigas y hasta las langostas.



Dos libros que resaltan la elementalidad de seres vivos y objetos.
Foto de Libardo Vargas Celemin.

Con *Obras de mampostería* (2007), Nelson Romero obtiene el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá. Esta vez el campo semántico es el universo de la construcción y esa referencia, poco expresiva para algunos, se transforma gracias al poema, la narración y la prosa poética en contraste con el ser humano y las falacias con las que convive diariamente. Hay una desacralización de las figuras que pueblan la mente, al igual que una entronización de nuevos símbolos que producen la ironía. El siguiente fragmento del poema en prosa número 30, declara: *Si algún lugar de verdad fuera el Paraíso, sería una clínica de enfermos mentales,*

donde estuvo asilada Narcisa. Lo demás es la falsa versión del psiquiatra del génesis.

4:30 p. m.

El poeta se levanta de la poltrona, camina unos pasos en la sala y estira sus brazos. Su madre lo mira con una sonrisa mezcla de orgullo y ternura. Frente a la casa continúa la tertulia de sus familiares y el calor comienza su lento descenso. Va a la puerta y alguien de la mesa lo ve y todos al unísono reclaman su presencia. Camina despacio, franquea la calle y pienso que las respuestas faltantes van a naufragar entre las cervezas que testimonian la alegría del reencuentro y el cariño que le profesan a su poeta favorito. Pero no, él pide una botella de agua y escucha las protestas de los contertulios. “Tengo que seguir trabajando, pero esta noche nos desquitamos”, les dice a los presentes y se levanta. Pasa la calle y veo su sonrisa socarrona celebrando la forma en la que se liberó del compromiso para seguir hablando de otros libros.

La inclusión en antologías de la poesía regional, nacional e internacional, de la obra de Nelson Romero Guzmán es copiosa. Entre otras, se pueden enumerar los libros: *Poetas tolimenses del siglo xx*, de Pijao Editores (2002). *Antología de la poesía colombiana actual*, Editorial Alhucema (2007). *Visión bajo el relámpago* (2009), de Ediciones Tiempo de Palabra. La Universidad Pedagógica de Tunja lo incluyó en el libro *Desde el umbral de la poesía colombiana en transición* (2009). La Biblioteca Libanense de Cultura publicó en el 2011 un libro conjunto de la poeta mexicana Kenia Cano y del autor colombiano Nelson Romero Guzmán: *Apuntes para un cuaderno secreto*, que contiene una selección de textos inéditos (2004-2011). Ediciones Exilio publicó el libro *Mientras el tiempo sea nuestro. Antología personal*, junto a cuatro autores más. El sello Editorial de la Universidad del Tolima publicó el libro *La locura de los girasoles* (2015), una edición de dos textos publicados anteriormente: *Surgidos de la luz*,

con traducción al inglés por Andrés Berger Kiss y *La quinta del sordo*, al igual que comentarios críticos de varios autores nacionales que hablan sobre la obra del vate de Ataco. Una de las últimas antologías personales de Romero Guzmán, *Animal de oscuros apetitos*, fue publicada por la Universidad Externado de Colombia en el año 2016.

Respecto a su relación con el poeta, novelista, cuentista y traductor de origen húngaro y con nacionalidad norteamericana, Andrés Berger Kiss, que conoció en una lectura de poemas programada en la Biblioteca Darío Echandía, Romero Guzmán manifiesta el profundo aprecio que sintió por este artista ya fallecido: “Él fue un admirador de mi poesía, especialmente del libro que escribí sobre Vicente van Gogh, lo tradujo todo al inglés, lo hizo suyo, se volvió su segundo autor. Lo recuerdo con mucho cariño y fue solidario. Venía cada año a visitarme a Ibagué. Soñaba verme llegar muy lejos. ¿Qué amigo se mete en los sueños del otro? Su imagen y sus ideales de humanidad me acompañarán siempre”.

La experiencia crítica comienza a forjarse desde el año 2000, cuando en coautoría con Luis Eduardo Gutiérrez y Libardo Vargas Celemín escriben el libro: *La poética y narrativa del Tolima del siglo xx*, cuya publicación fue auspiciada por el Fondo Mixto de Cultura del Tolima.



Algunas de las antologías que incluyen a Nelson Romero Guzmán. Fotomontaje de Libardo Vargas Celemín.



Libros de ensayos de Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buritica.

En el año 2012, Nelson publica dos libros de ensayos: *El porvenir incompleto, tres novelas históricas colombianas*, de la Biblioteca Libanense de Cultura, que corresponden a *El árbol imaginado*, de Carlos Flaminio Rivera; *El país de la canela*, de William Ospina y *Buen viaje general*, de Benhur Sánchez Suárez. En el prólogo del libro, el poeta y doctor en Literatura, Jorge Ladino Gaitán Bayona, resalta la importancia de los tres ensayos “porque hay rigor en la investigación, argumentaciones sustentadas como citas pertinentes y una lectura cuidadosa que señala para cada novela tramas, estructuración del sistema de personajes, mecanismos ficcionales de apropiación/distorsión de los referentes históricos y el papel de los símbolos en el relato”.

Como producto de la Maestría en Literatura que ofreció la Universidad Tecnológica de Pereira en convenio con la Universidad del Tolima, escribe la tesis de grado: *El espacio imaginario en la poesía de Carlos Obregón*, un poeta colombiano en el exilio que se suicida en Madrid el 1.º de enero de 1963 y cuya producción ha comenzado a despertar interés entre los críticos. El trabajo recibe la calificación de “Tesis laureada”.

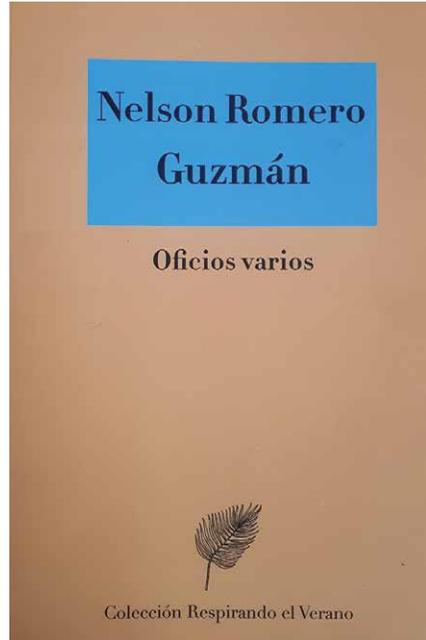
5:00 p. m.

El sol se acerca coqueto a las montañas donde nace el río. El poeta me mira desde su cansancio, sin reproches por lo que ha tenido que hablar

hoy. En sus labios juguetea una sonrisa y hace un esfuerzo para hablar de sus próximos libros: “El 10 de diciembre lanzo en Bogotá mi último libro *Oficios varios*, el cual hace parte de la colección Respirando el Verano, de la Editorial Domingo Atrasado, que dirigen Juan Manuel Roca y Jaime Londoño. Me pidieron que incluyera no solo poesía, sino ensayo y otros géneros. De ahí la intencionalidad del título, más relacionado con el hacer de la escritura que con temas específicos”.

El poeta de Ataco despliega en este libro toda su imaginación y sus reflexiones en el poema convencional; la prosa poética o el ensayo. Existe una articulación en torno a la búsqueda de la esencia de la vida a través de distintas miradas, en las que la ironía, el humor y una fina observación, nos transporta por los escenarios de la ciudad, la cotidianidad de la plaza de mercado y su mundo, una estación de tren abandonada, un puente usado para el suicidio, hasta el análisis minucioso de tres poetas colombianos que le apuestan, desde enfoques diversos, a ser testigos de nuestra compleja realidad.

Finalmente habla de su próximo libro, el cual tiene planeado terminar en el año 2020. Se trata de volver por las rutas de un pintor, Pieter Brueghel, el Viejo, un autor flamenco que vivió en la segunda mitad del siglo XVI: “Fue un grabador y pintor que bebió de las fuentes populares, exaltó la visión de mundo del campesino y el lenguaje del pueblo. Esa elección mía tiene que ver también con un cambio de visión que hice hace poco sobre lo poético, pues ahora escribo una poesía menos erudita en sus imágenes, menos mística, y me interesa más el bulto de la realidad,



Último libro publicado por Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buriticá.

en la que también pueda ver su adentro y su afuera, con un lenguaje menos críptico, y con espectro más amplio y familiar de lectura. Estoy reconstruyendo el relato poético-pictórico de su aldea, y todavía tiene muchas cosas que decirnos”.

5:30 p. m.

Nelson Romero Guzmán siente que ha hecho catarsis en estas últimas horas. El objetivo de que se conozca su origen y los espacios forjadores de su mundo poético le hacen sonreír. Ese niño que hizo del río su escenario de aprendizaje de la naturaleza y un camino para ahondar en el conocimiento del hombre, se ha convertido en un ser formado, no solo en lo físico, sino también en esa capacidad de reflexionar, aprendida de sus exhaustivas lecturas de los filósofos y poetas. Sin embargo, nada parece haber cambiado en su interior, su timidez sigue intacta, así parezca lo contrario cuando se adueña de la atención de quienes lo escuchan en sus disertaciones o lecturas de sus poemas. La sencillez hace parte de su estilo de vida y ahora las rutinas de sus días y sus noches discurren entre los campus universitarios, las aulas de clase, las reuniones académicas, una que otra tertulia, los viajes a certámenes internacionales y el duelo alucinante con las palabras para tratar de atraparlas en un verso, como hacía antes con los peces saltarines enredados en su atarraya.

Para el poeta, su vida ha sido un diálogo con la naturaleza, las personas y los libros. Siempre ve en cada instante una oportunidad de construir una imagen o un largo braceo por las aguas del indómito río del razonamiento. Sus días transcurren alrededor de la creación poética, matizada con los asuntos domésticos de la cotidianidad y las conversaciones con su esposa y sus hijas, lo mismo que la infaltable llamada a su madre para preguntarle cómo le fue en la última consulta con el médico.

El poeta se frota su bigote compulsivamente. Camina hasta la puerta de su casa paterna, hace señas a los contertulios para que lo esperen unos

minutos y a manera de despedida, nos dice: “Tenemos que preparar la segunda venida para que hablemos del futuro”.

6:00 p. m. 8 de diciembre de 2019

Abandonamos el pueblo. En un recodo de la carretera nos encontramos con el Saldaña, que se desplaza a nuestro lado, camino al Magdalena, con la prisa de siempre y luego de varios minutos de compañía se esconde entre las curvas y solo nos deja oír su murmullo, como si fuera la voz de Nelson Romero Guzmán, el poeta, que se deja llevar por las brisas del río, de la poesía y de la filosofía.

Ibagué, enero de 2020

Guía complementaria

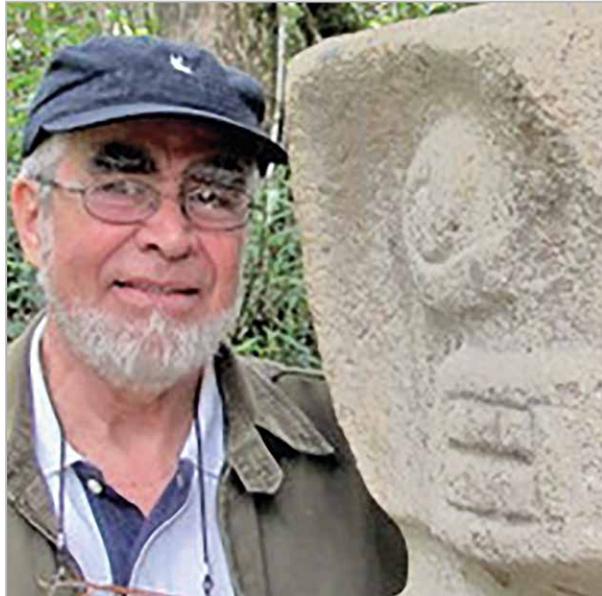
Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. En la obra del poeta Nelson Romero Guzmán se evidencia la nostalgia por Ataco, su pueblo natal. ¿Qué escenas rememora de su infancia? Consulte información actualizada acerca de este bello municipio y contrástelas con las imágenes que recuerda el poeta.
2. El padre del poeta ejercía el oficio de boga. Investigue qué hace un boga y si existe todavía esta labor. Busque imágenes de la estatua del Boga que existe en el centro de la ciudad de Ibagué y averigüe algo de su historia. ¿Por qué se considera uno de los símbolos de la ciudad?
3. La presencia de oro ha tenido un fuerte impacto en el municipio de Ataco. Consulte cómo se realizaba su explotación en el pasado y contraste esta información con la manera como se explota hoy en día. ¿Qué piensa al respecto?
4. El poeta Nelson Romero Guzmán confiesa que su pasión por las letras y la literatura provino de buenos profesores que desde muy joven, le inculcaron ese amor. ¿Cómo cree que se le debe enseñar a un niño para que crezca amando la lectura y la escritura? Si usted fuera un maestro ¿de qué manera ayudaría a desarrollar esa pasión?
5. Mencione los premios que el poeta ha ganado a través de los años. Consulte cuál es la importancia de ganar dichos galardones para la poesía colombiana en general y la tolimese, en particular.

César Augusto Velandia Jagua

“Maestro, ¿cómo se hizo científico?”

Luz Ángela Castaño González



César Augusto Velandia Jagua.

Fuente: <https://ut-co.academia.edu/CesarAugustoVelandiaJagua>

Título: César Augusto Velandia Jagua

Autor: Luz Ángela Castaño González

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/704>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



Una mañana, en octubre de 1992, César Augusto Velandia Jagua, *Premio de Ciencias, Alejandro Ángel Escobar* en ese año, recibió la visita en la Universidad del Tolima de un niño y una niña de la escuela de Palocabildo, un frío pueblito de la cordillera en el norte del Tolima, quienes querían conocer al científico que veían en las noticias. Venían a invitarlo a que les contara en su escuela acerca del premio y de la cultura de San Agustín. A pesar de la dificultad que implicaba para César cumplir con sus compromisos universitarios y atender las conferencias de divulgación relacionadas con el Premio, nuestro investigador quedó tan conmovido con la invitación de los niños que aceptó la difícil tarea de contarles cuál había sido el proyecto que le había valido el premio y la razón por la que se lo habían otorgado.

Al terminar la charla, uno de los pequeños le preguntó cómo había empezado a ser científico: “Cuando era niño, ¿usted ya era científico? ¿Cómo se hizo científico?” Esa pregunta lo llevó a reflexionar sobre la historia que había detrás de la que sería su investigación más importante, y también fue el principio de nuestra conversación con este amigo de muchos años: ¿Cuáles fueron los factores que incidieron para que César fuera quien es hoy? ¿Qué le gustaba en su niñez? ¿Cómo se relacionan las inquietudes e interrogantes que se hacía cuando era pequeño con algunos de sus cuestionamientos de adulto?

A raíz de la pregunta del niño de Palocabildo, César comenzó a descubrir que su interés por la ciencia realmente había comenzado cuando era niño. Más bien, tuvo que ver con su propia vida: con el primer colegio donde estudió, bajo un sistema de educación muy personalizada; con la señorita Inés, su primera maestra, quien sentaba a los niños en su regazo y, con mucho afecto, les enseñaba a escribir y a desarrollar el gusto por aprender. “Olía a flores”, señala César. Más tarde, los trabajos manuales, la elaboración de figuras con papeles de colores lo llevaron a desarrollar un sentido por lo estético, un interés por componer y descomponer, para observar y hacer relaciones.

César ha usado las manos durante toda su vida profesional. Su madre le enseñó a dibujar y, por su intervención, comenzó a tomar clases de dibujo. A ella dedicó su libro *Iconografía funeraria en la cultura arqueológica de San Agustín, Colombia*, que publicó en el 2011. Esta habilidad le apoyó en su trabajo intelectual, especialmente en los estudios que desarrolló mucho después sobre las iconografías prehispánicas. También le ha gustado la mecánica, la lupa, la navaja que su padre le regaló, las colecciones infantiles.

Tres personas importantes en su familia

En su familia fueron 14 hijos. “Cada año llegaba uno”, afirma César, quien es el mayor; luego le siguieron seis niñas y después, sus siete hermanos menores. Su padre, don César, se inició en la carrera militar y, como soldado, estuvo en la guerra contra el Perú. Estricto y de ideas liberales, y con tantos compromisos encima, trabajó en muchos oficios. Era una persona rigurosa, disciplinada y ordenada, que enseñó a sus hijos a actuar con responsabilidad y con el ejemplo. “El viejo nos sacó adelante a punta de trabajo”. Luego de participar como soldado en la guerra, siendo suboficial, conoció a su madre, María Jagua. Ya casados, a él lo trasladaron a Bogotá, ciudad donde César nació pero, a los dos meses, la familia se trasladó a Bucaramanga.

Estando en el Ejército aprendió sastrería y, cuando se retiró, este oficio le dio la mano para comenzar una nueva vida. Luego fue suboficial de la Policía Nacional, pero el 9 de abril, por ser liberal, lo retiraron de la entidad. Se desempeñó también como boticario y trabajó en otros oficios. Años más tarde fue docente de Educación Física y luego, profesor de Geografía e Historia en el Colegio Santander, disciplinas que aprendió con gran esfuerzo autodidacta.

Prácticamente vendía su sueldo cada mes. Con tantos hijos por alimentar, además de la abuela, organizaba su dinero de manera muy pormenorizada, para que le alcanzara a cubrir los gastos básicos. A pesar de las carencias formó a sus hijos con rigor y cariño. Tenía detalles

importantes con ellos como el día, ya en los años sesenta, cuando llegó a casa con una caja de pinturas para César, con paleta, pinceles y el equipo completo, porque había detectado, en tercero de bachillerato, su interés por expresarse de esa manera. Con sus nietos era muy afectuoso. “Era muy especial; tenía una figura imponente”, señala César hijo, y agrega que, “...era muy imaginativo y estaba lleno de historias, como cuando nos contaba que había montado en delfines en el Amazonas”.

Fue una persona recta que creía en el *deber ser* y en el ejemplo: trabajador incansable, logró que a ninguno de sus hijos les faltara nada. Defendía su criterio. Era la figura importante de la casa. Les mostró las herramientas para la vida a todos, con un esfuerzo económico enorme, con cariño y conciencia de la importancia de una buena educación.

Aunque solo cursó la escuela primaria, don César tenía claro que los valores no se declaraban, sino que se practicaban diariamente desde la casa. Con la Urbanidad de Carreño los niños aprendieron ciudadanía, normas de convivencia, solidaridad, respeto por el trabajo y por las personas, especialmente por los mayores. En casa, los horarios se cumplían.

Las mujeres también aportaron con su trabajo a la economía familiar. María Jagua, su madre, tampoco descansaba; pasaba los días pendiente de sus hijos y de las tareas de la casa. Hablaba poco. Modista, diseñaba, cortaba patrones, cosía mientras escuchaba música clásica y atendía su pequeño almacén de mercería con tal dedicación que siempre tenía mucho trabajo. Bordaba en una máquina industrial *Pfaff* y hacía ajuares de novia, muy apreciados en Bucaramanga. A pesar del trabajo diario,



Don César Velandia y doña María Jagua, padres de César (1967). Fuente: Archivo personal de César Velandia.

sacaba tiempo para descansar con actividades que le gustaban. Dos veces al día suspendía sus tareas para escuchar la programación musical de la Radiodifusora Nacional de Colombia¹. La abuela y ella también se sentaban a escuchar *El Derecho de Nacer*² en la radio mientras tomaban café.

Experta en los saberes del campo, su abuela Mercedes sembraba hortalizas y criaba gallinas en el solar de la casa; lavaba, cocinaba y hacía rendir el mercado de manera que no les faltara nada, aunque tuviera que ir a la plaza a diario para comprar los productos más baratos, o esconder el mercado bajo llave para evitar “saqueos”. Era religiosa, a su manera; les rezaba a las ánimas benditas del purgatorio, pero no quería a los curas, pues le traían malos recuerdos de los días de la violencia. Para César, “la abuela siempre fue vieja” y le recuerda la imagen de Úrsula Iguarán. Fue una mujer muy fuerte que tuvo que salir con su prima, desplazadas desde Nobsa en Boyacá, hacia Bucaramanga, durante la Guerra de los Mil Días.

Si el padre de César era el proveedor, el poder lo llevaba la abuela. A ella acudía su yerno, antes de tomar decisiones importantes, por ejemplo, la ciudad donde César iría a la universidad. Era la autoridad real en la familia. Después de que ella murió, lúcida, a los 104 años, la familia se dispersó y los catorce hermanos no se han vuelto a reunir todos desde entonces.

Había momentos, como en Navidad, cuando los mayores se las ingeniaban para que los pequeños tuvieran un regalo: la abuela les fabricaba muñecas de trapo a las niñas; para los niños, don César encargaba al carpintero de la esquina los recortes de madera que César usaba, por ejemplo, para armarles carros a sus hermanos. Cuando fue un poco mayor les construía trenes y camiones con los carretes de hilos de madera que su madre desechaba y las latas de sardinas que perforaba, unía y ajustaba a motores pequeños. De ese ejercicio creativo repetido surgieron nociones

¹ Fundada en febrero de 1940 durante el gobierno de Eduardo Santos, la Emisora buscaba acercar a los colombianos a la música clásica. Entre sus fundadores estaban los hermanos Otto y León de Greiff, quienes aportaron sus archivos discográficos personales para comenzar a construir la fonoteca.

² *El derecho de nacer* fue una radionovela del escritor y compositor cubano Félix B. Caignet que se transmitió por primera vez en Cuba en 1948. Su impacto fue tan grande que se exportó a otros países latinoamericanos como Colombia, con mucho éxito.

fundamentales que, más tarde, estimularon la imaginación de este joven. Por ejemplo, la conciencia de la distribución espacial, la noción de simetría, la habilidad para planificar y resolver problemas, la concentración y la confianza en sí mismo.

El coleccionista

A los diez años, su padre le regaló una navaja. Con ella, César aprendió a tallar y a explorar formas en distintos materiales como la madera. También le compró una lupa, que fue “el regalo más portentoso” que pudo haber recibido. Si bien no había mucho dinero en su casa, su padre sí tenía un sentido especial para entender los intereses de su hijo y acertar en el tipo de regalos. Muchos años después, cuando sus hijos le preguntaron para qué servía una lupa, él les respondió: “Para aprender a mirar las cosas”.

Estos maravillosos obsequios coincidieron con la época de las colecciones, porque este niño curioso también fue coleccionista. El maestro de Ciencias Naturales de segundo de bachillerato trabajaba con los estudiantes en el ejercicio de recoger, conservar y coleccionar hojas, con una organización determinada, para después prensarlas en papel periódico y secarlas. Luego, ya clasificadas, los niños las fijaban en cartulinas y les agregaban sus nombres técnicos. Fuera de clase, César siguió coleccionando hojas en un cuarto pequeño de su casa. De esa experiencia él siente que surgió su noción de clasificación, categorización y ordenamiento.

Su padre, además, guardaba monedas que organizaba en cajas, y estampillas, en hojas especiales, con mucho rigor. A partir de esta afición, César conoció otros muchachos que, como él, recolectaban estampillas y competían por las nuevas adquisiciones. Su colección la heredó Tadeo, su hijo, quien la acrecentó con los ejemplares que recibía de sus padres y amigos.

Sus maestros

Fue el profesor de literatura, Víctor Osorio, quien le enseñó a leer libros de literatura universal y responder a ellos en forma crítica. Era muy estricto. Los muchachos debían leer el suplemento dominical y el editorial

del periódico para responder a debates en clase sobre la realidad nacional. Así comenzó a desarrollar su espíritu de crítica. A los 14 años, César ya había leído *Las mil y una noches*. También aprendió los rudimentos del francés, latín y griego en el bachillerato, idiomas que fueron muy útiles en sus lecturas, así como de apoyo para los textos que debía escribir.

El profesor de anatomía, muy riguroso, orientaba y combinaba sus clases con el dibujo, habilidad que César había aprendido desde pequeño. En cuarto de bachillerato dibujó los huesos del cuerpo humano y estudió anatomía comparada, con las figuras de diferentes animales. Su cuaderno de anatomía lo dibujó con las partes del cuerpo humano tan detalladas y bien representadas que, al final del curso, el maestro lo guardó para él.

En el Colegio Santander de Bucaramanga durante todo el bachillerato aprendió dibujo técnico, asignatura que incluía el diseño de máquinas. Al principio, odió el álgebra, tal vez porque las metodologías de enseñanza no conducían a entender su lógica, pero le encantó la trigonometría y el cálculo. Hacía caricaturas de sus profesores y compañeros y se volvió experto en crear diseños en miniatura. Desde entonces comenzó a considerar la idea de estudiar antropología física.

A principios de los sesenta se había instaurado en el país el sistema educativo de la doble jornada. Por eso, pudo ingresar a la Academia de Bellas Artes en las tardes, donde reforzó sus habilidades de dibujo artístico y pintura, y allí permaneció como alumno durante todo el bachillerato.

Sus lecturas de adolescente

Su curiosidad por el conocimiento lo llevó a ser contestatario, a retar las normas, a pensar y actuar en forma diferente. En el año sesenta, a los 16 años, durante las vacaciones, con una de sus hermanas, César abrió un armario que había dejado cerrado su tía abuela, Esther Díaz-Granados, tres años antes. Doña Esther, muy culta, había viajado mucho. Era una mujer de avanzada que vivió en medio de una sociedad machista y represiva. Además de los objetos personales de la tía, la parte superior del armario estaba atiborrada de objetos interesantes para César y de muchos

libros. No era una colección cualquiera. César encontró ejemplares de *La Piel* de Malaparte, *La Romana* de Moravia, *el Manifiesto Comunista*, y de autores como Gramsci, Baudelaire, Julio Verne y Vargas Vila. Todos eran autores y libros prohibidos, que hacían parte del Índice³ de “la Inquisición”. Fueron unas vacaciones felices para César.

Una vez, un cura del colegio lo encontró leyendo *Los cuarenta y cinco* de Alejandro Dumas. Después del regaño y las preguntas subsiguientes, lo reportó ante el rector quien mandó a llamar a su padre. El profesor habló con don César y lo reprendió por no estar al tanto de lo que leían sus hijos, con gran sentido de solidaridad su padre salió en su defensa y le respondió que él estaba enterado de las lecturas de su hijo, porque ese libro hacía parte de su biblioteca personal. Hay que recordar que su padre era un liberal convencido, en esa época, no muy lejana, de la represión religiosa en Colombia. Se libró de que lo expulsaran porque el rector también era persona de avanzada.

A los 13 años, César descubrió la revista *Mecánica Popular* que se publicaba en México. De uno de los juegos que traía la revista aprendió a hacer un radio de galena. Se consiguió unos audífonos y, sobre una tabla, con un pedazo de galena o marmaja, la ayuda de ganchos, puntillas y un inducido que remataba en un alfiler, logró escuchar algunas emisoras. Así comenzó a hacer radios para sus compañeros y aviones de aeromodelismo. También, con un motor que al fin pudo conseguir, con madera de balsa y siguiendo los planos, hizo que su avión, recién construido, volara como el de los Hermanos Wright: “Voló unos cincuenta metros, nada más. ¡Pero voló!”. En su adolescencia también le gustaba hacer banderines, inspirados por la iconografía y el diseño gráfico de las universidades estadounidenses. Le encantaban los colores y los logos de Harvard, MIT, Yale, Cornell, Berkeley. Compraba los fieltros, los elaboraba y colgaba en

³ El Tribunal de Inquisición se estableció en Cartagena, por ser esta ciudad puerto de entrada al país y a Suramérica. Funcionó desde el siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XX. Los inquisidores buscaban mercancía y, sobre todo, libros prohibidos. El Tribunal castigaba a los dueños de estos libros por sus contenidos contrarios a la política o la fe, según los índices de la propia Inquisición. El Índice estuvo vigente en Colombia hasta 1962.

su cuarto. César recuerda esos episodios como importantes en su paso por el bachillerato. Eran posibilidades de “aprender con las manos”, que ha sido una de sus habilidades a través de los años.

Qué hacer después del bachillerato

Al llegar al sexto de bachillerato tenía claro que quería estudiar antropología, carrera que solo existía en Bogotá, en el Instituto Colombiano de Antropología. Pero, en noviembre del 1962, cuando llegó a la capital, recibió la noticia de que únicamente las universidades podían otorgar títulos universitarios. Por tanto, se cerraba la carrera en el Instituto. No le quedaba otra alternativa que la de esperar la posibilidad de ingresar a la Universidad Nacional, pero en esa época el ingreso era anual y no semestral.

Frente a esa perspectiva, uno de sus profesores de Filosofía le propuso que tomara los exámenes de admisión para la Universidad de Tunja y, finalmente, en febrero de 1963, ingresó al programa de Educación, Ciencias sociales y Económicas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). Lo hizo porque, recordando a su padre, quien en el momento era profesor de Historia y Geografía en el Colegio Santander, quiso persistir en la idea de iniciar enseguida su carrera universitaria.

El programa se orientaba hacia la sociología, la antropología alemana y la etnología francesa⁴. Incluía cursos de Geografía, Prehistoria europea, Etnología y Antropología, con un fuerte enfoque historicista. De ahí que, aunque no ingresó formalmente a una escuela de Antropología, su formación sí fue antropológica con un tutelaje muy cercano, desde el comienzo, del maestro Eliécer Silva Celis, (1917-2007), eminente arqueólogo y etnólogo nacido en Boyacá⁵.

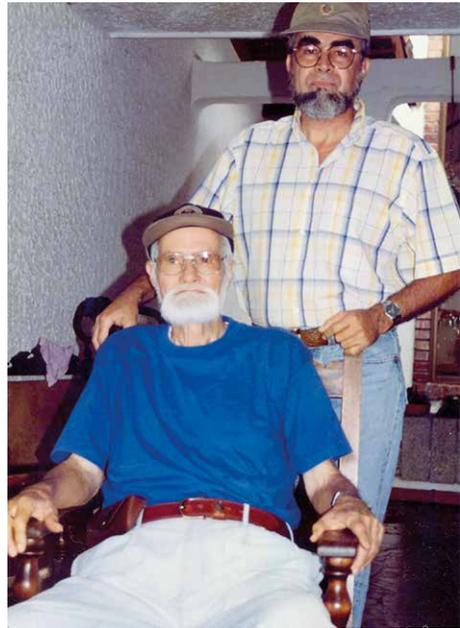
⁴ La Facultad fue fundada por Julius Sieber (1892-1963), educador alemán, quien influyó notablemente en la formación de maestros en Boyacá en la primera mitad del siglo xx, y Paul Rivet, etnógrafo francés, creador de la Escuela Normal Superior. Esta, durante el gobierno de Olaya Herrera, se convirtió en la Facultad de Ciencias de la Educación para hombres de Tunja (1934).

⁵ El profesor Silva Celis trabajó en Francia y Rusia en investigaciones del paleolítico. Empezó sus exploraciones arqueológicas en Tierradentro, Huila; en La Belleza, Santander; en Sogamoso, Mongua, Villa de Leyva y El Cocuy. Reconstruyó el Parque Arqueológico de Sogamoso, creó su Museo y participó en la fundación de la UPTC, especialmente en el proceso de consolidación del programa de Ciencias Sociales a partir de la herencia de Paul Rivet.

El maestro Silva Celis fue su gran inspirador. César lo siguió muy de cerca y, desde el primer semestre, desarrolló con él ejercicios como los que emprendieron en el cementerio muisca que este había encontrado en el campus de la Universidad. Realizaban prácticas de arqueología que consistían en excavar, reconstruir objetos, dibujar piezas y organizar cajas con resultados de extracciones, tarea que a César le encantaba. Desde el principio se enfocó sobre estos temas, aunque sabía que su título universitario sería el de Licenciado en Ciencias Sociales.

La Universidad ofrecía un programa de estímulos para los estudiantes que obtuvieran las mejores notas en el primer año. César concursó y ganó la beca de \$180 mensuales. En abril del segundo año de carrera, le llegó un giro de su padre por \$350 pesos y una carta que decía: “Mijo, envió estos pesos. Es lo último con lo que le puedo ayudar. ¡Ya no doy más! Mire a ver qué puede hacer usted solo. Esta sigue siendo su casa”. En ese momento, nuestro estudiante sacó a flote sus conocimientos de siempre para sobrevivir y complementar la beca.

Se dedicó a hacer lo que había aprendido desde niño: dibujar. Les armaba las planchas de dibujo a sus compañeros de clase de Cartografía que no trabajaban bien los ejercicios; ayudaba a los alumnos de Ingeniería a dibujar los instrumentos de sus prácticas, que ellos luego tallaban en jabón con las mismas medidas; pasó para sus compañeros, trabajos con la máquina de escribir *Brother* que le había regalado una de sus hermanas; comenzó a dictar clases de Geografía en el colegio de los Dominicanos, a siete pesos la hora. Así, trabajando hasta las madrugadas,



César Velandia y don César, su padre (1967).
Fuente: Archivo personal de César Velandia.

sobrevivió en sus años de estudiante. Vivía al día, con limitaciones, pero salió adelante.

Por la misma época, el profesor de Geografía Héctor Rucinke y algunos alumnos fundaron el Club de Estudios Geográficos, que buscaba despertar en los estudiantes un interés por esta disciplina. César fue su primer presidente. Crearon la Sala de Geografía, donde podían consultar mapas, dibujar y estudiar. Organizaron salidas de campo a la selva con estudiantes y profesores de Agronomía y viajaron por el país realizando registros meteorológicos y otras actividades relacionadas con las dos disciplinas. Todos esos ejercicios y los conocimientos aprendidos lo apoyaron en el desarrollo de su espíritu investigativo, en la conducción de grupos de investigación y en el trabajo de consecución de materiales etnográficos para el Museo de Sogamoso.

Pero no todo era trabajo: Se inventaron rumbas para conseguir fondos para el Club y financiar las salidas de campo. Organizaron espectáculos masivos con una entrada barata y lleno total, por ejemplo, cuando contrataron *Los Corraleros del Majagual*, que llevó a la colonia costeña en Tunja casi a enloquecer. Esa noche la pasaron muy bien y recaudaron algunos recursos para sus investigaciones.

El paso por la universidad fue muy agradable, con poco dinero, pero en medio de una oportunidad enorme de aprendizaje, porque sus maestros habían desarrollado en los jóvenes “la capacidad de interesarlos con aprendizajes que tuvieran sentido para ellos”, señala César. En el cuarto año ya había conocido a Elizabeth Silva Aparicio, boyacense, quien adelantaba estudios de Filología e Idiomas. Los dos se graduaron en diciembre del 1966 y, dos días después, César y Elizabeth se casaron.

Era un año de cambios en Colombia. En 1966 fue elegido Carlos Lleras Restrepo como tercer presidente del Frente Nacional. Aparecían Los Beatles, Enrique Guzmán y César Costa. El sacerdote Camilo Torres, sociólogo y capellán de la Universidad Nacional, moría en combate en su primera acción militar con el ELN, en San Vicente de Chucurí.

Luego del grado, casi inmediatamente, los dos comenzaron a trabajar doble jornada en Bucaramanga. Elizabeth se vinculó a un colegio para niñas como profesora de Español e Inglés. César, a los 22 años, empezó a trabajar en el Colegio Santander como profesor de Historia en cuarto de bachillerato. Unos días más tarde, el rector le ofreció la cátedra de Filosofía en los seis cursos de Sexto. Fue la oportunidad para que nuestro aprendiz de docente introdujera cambios en el plan de estudios de la asignatura, como el de incluir debates alrededor de las *Disquisiciones* del filósofo español José Ortega y Gasset.

Uno de sus alumnos de Filosofía de ese entonces, Armando Martínez Garnica⁶, hoy importante historiador colombiano, señaló que un día, “... apareció en nuestra clase de Filosofía un apuesto joven recién graduado como licenciado en Ciencias Sociales y Económicas por la Universidad Pedagógica de Tunja, con saco y corbata bajo el calor de la ciudad, con unos zapatos ajustados cuya punta se paraba, bien afeitado y peinado con gomina. En Ibagué no me lo van a creer, pues siempre lo vieron barbado y despeinado, con camisetas de algodón de manga larga, ajeno a cualquier corbata burguesa y con zapatos de suela de goma pero, eso sí, buen mozo y de nariz respingada. Me parece que se llamaba César Augusto Velandia Jagua, pero al lado de su padre, más alto y mejor mozo, a quien conocí como profesor de educación física en Bucaramanga, era un mequetrefe”.

Martínez Garnica agrega que “...este profesor de filosofía hizo inolvidable ese año de 1967, pues nos mostró el mundo de las auténticas letras castellanas y la nueva experiencia política que había abierto la Revolución Cubana. Así supe de la existencia de la ciencia moderna como arma de lucha contra la oscuridad de mi parroquia... Ortega y Gasset

⁶ Armando Martínez Garnica, santandereano, doctor en Historia de El Colegio de México y con un posdoctorado de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito, trabajó durante muchos años como profesor de Historia, así como en la recuperación de archivos en Tolima y Santander. Fue el destacado director del Archivo General de la Nación desde junio de 2016 hasta el inicio de la presidencia de Iván Duque.

decía que el hombre no tenía más remedio que esforzarse en hacer ciencia, porque la condición humana era, sin duda alguna, un afán por saber, con los medios intelectuales puestos a su alcance”. Y, agrega Martínez que muchos hoy no saben que “un profesor de filosofía ya lo enseñaba en un colegio de Bucaramanga en 1967, solo dando a leer a sus alumnos hojas mimeografiadas con las lecciones de Ortega y Gasset”.

La formación que nuestro docente había adquirido en la Universidad de Tunja, que era muy europeizante, muy teórica, lo llevó a sugerirle al rector del Colegio Santander la posibilidad de que él asumiera una cátedra de Antropología⁷, iniciativa que el rector aceptó. En su desempeño como docente hizo buena empatía con los estudiantes, que eran casi de la edad del profesor, y trabajó en el Colegio durante cuatro años, con grupos numerosos, hasta finales de 1970.

En la Universidad del Tolima

Un día, a principios de 1971, César recibió un telegrama de un compañero de docencia que trabajaba en la Universidad del Tolima. En él le informaba sobre una convocatoria, que se cerraría dos días después, para una cátedra de Historia. César corrió, viajó a Ibagué, se presentó, ganó el concurso de Docente de Tiempo Completo y el 18 de febrero de 1971 comenzó a trabajar formalmente en la UT.

Con Ricardo Franco, quien también ingresó como profesor el mismo día, se ingeniaron una cátedra de Introducción a la Ciencia “a cuatro manos” que se volvió un espectáculo estudiantil. Muchos alumnos de otras facultades, no inscritos en el curso, se agolpaban frente a las ventanas del salón de clase o se sentaban en el piso a escucharlos. Estos dos nuevos docentes ilustraban la Lógica Matemática con ejemplos de las novelas de Ágata Christie.

⁷ El Instituto Etnológico de Colombia de la Universidad Pedagógica de Tunja lo fundó el antropólogo francés Paul Rivet (1876-1958) en 1941, quien introdujo la metodología francesa en la investigación científica de la antropología.

Comenzaban los movimientos universitarios en las universidades públicas del país. Se gestaba el gran paro estudiantil de 1971. En él convergieron el sentimiento antiimperialista, el rechazo al Estado de Sitio, la discusión teórica marxista, las confrontaciones con la fuerza pública, la búsqueda de los estudiantes y docentes de una mayor participación en las instancias de dirección universitaria. A estos movimientos se unieron trabajadores, maestros y campesinos que mostraban su oposición al gobierno de Pastrana Borrero.

En la Facultad de Educación de la Universidad del Tolima se acababa de abrir la Licenciatura en Ciencias Sociales y, en este programa académico, César debía desempeñar su trabajo académico. Sin embargo, en marzo se inició el paro universitario y los profesores se fueron a asamblea permanente. Se abrían debates sobre el Mayo del 68, la Revolución Cubana y la matanza de Tlatelolco. Se inició la organización sindical y con ella, los pliegos de cargos y la huelga que demandaba de los gobiernos Departamental y Nacional mayores recursos para un mejor funcionamiento: la situación de la docencia no era buena; los salarios eran inequitativos y no se pagaban a tiempo; la Biblioteca era muy pobre, sobre todo en material bibliográfico referente a las Ciencias Humanas, ya que la UT era prioritariamente una universidad orientada a formar profesionales en carreras agropecuarias. Tampoco existían ayudas educativas, hasta el punto crítico de que cada profesor debía aportar sus propios materiales para impartir su docencia.

En medio de esa situación, César se percató de que la cátedra de Prehistoria Americana la dictaba un abogado. Con el argumento de que la dirección de la asignatura demandaba un docente especializado, con autoridad, César propuso que programaran una defensa de la cátedra por oposiciones y convocó a la comunidad universitaria a asistir a una clase en público, a cargo de los dos profesores. Los estudiantes deberían decidirse por el mejor. El abogado prefirió renunciar y César quedó a cargo de la asignatura.

El rector de la Universidad, Rafael Parga Cortés⁸, interesado por la situación anterior llamó a César para conversar al respecto y desde allí se inició una afable y respetuosa relación académica entre César y el Rector, “ese hombre culto y buen político”. Fue este un contacto de muchos años, largas conversaciones y aprendizaje permanente.

Todas estas circunstancias reforzaron los argumentos para que este inquieto profesor presentara la propuesta que lo obsesionaba: la de crear la cátedra de Antropología aunque, en ese momento, el concepto de *antropología* en la Universidad todavía no era claro. Él buscaba contribuir a que la Universidad del Tolima ampliara sus horizontes y se encaminara hacia la búsqueda de una educación orientada hacia reflexiones y acciones sobre las diversas disciplinas “para lo superior”, como es la búsqueda universitaria.

César no militó en un grupo específico de izquierda, de los varios en los que se alineaban profesores, estudiantes y trabajadores universitarios, aunque sí se sentía cercano a algunos discursos y, con el tiempo, comenzó a entender el significado del bloque socialista. Leyó, estudió y participó en varios grupos de discusión dentro y fuera de los predios universitarios. Trabajó bajo posturas claras y argumentos sólidos que aplicó al desarrollo de sus programas académicos. De esta forma, comenzó a constituirse como el profesional que, según sus palabras, le debía su formación política a la Universidad del Tolima.

Unos días después de haberse vinculado a la Universidad, en febrero de 1971, se encontró con el pintor Manuel León Cuartas, director, en ese entonces, del Instituto Superior de Bellas Artes de la Universidad. Los dos habían trabajado en la misma época en el Museo Arqueológico de Sogamoso que dirigía el profesor Silva Celis, aunque allá nunca se conocieron: uno dibujaba arriba en el taller de cerámica y el otro limpiaba y

⁸ Ministro de Educación en 1943, Gobernador del Tolima y rector de la UT entre 1968 y 1972, Rafael Parga Cortés nació en Croydon, Surrey, Inglaterra en 1900. Estudió Literatura Inglesa e Historia en Oxford, y ciencias agrícolas con énfasis en cultivos tropicales en Jamaica. Cuando tenía 24 años viajó a Colombia, llegó al Tolima, y aquí se quedó, en Dolores, en las tierras que había heredado de su padre. Fue ganadero, líder nacional de los criadores de raza Pardo Suizo, importante político, exportador de café y amante de su tierra. Murió en 1980 en Ibagué. Fue un rector de avanzada, generoso e innovador que consolidó el centro educativo y lo proyectó en el ámbito nacional.

catalogaba huesos abajo, en el depósito. En la UT se reconocieron y a partir de esta coincidencia surgió una amistad que les permitió trabajar juntos.

Mientras conversaban sobre Antropología y su trabajo en Sogamoso, los escuchaba Heriberto Prada, preparador del laboratorio de Biología de la Universidad, quien les informó que había trabajado con el biólogo Humberto Granados, doctorado en Alemania, miembro del partido comunista de ese país, fundador del sindicato de profesores de la UT, y quien investigaba sobre las ostras de agua dulce. Prada les contó que el doctor Granados y su equipo habían encontrado, en 1968, un año después del terremoto⁹, en una colina cerca a Dolores, unos tiestos de ollas y unas esculturas. Estos hallazgos estaban *arrumados* en un depósito del laboratorio, a la espera de que algún profesor de Ciencias Sociales se interesara por estudiarlos.

César y el Maestro León fueron inmediatamente al lugar y los encontraron en una caja de cartón. Ante la importancia de este hallazgo para el Tolima y el país, Velandia enseguida planteó adelantar el estudio de las muestras encontradas, pero la Universidad todavía no se ocupaba de la investigación y no existía una norma para la presentación de proyectos; por tanto, no había dinero para su financiación. La única alternativa posible era la de hablar con el Rector.

El rector Parga enseguida entendió la importancia académica de la propuesta e inmediatamente se interesó por contribuir a ponerla en marcha. Con su acento inglés, puso a disposición de estos dos docentes su hacienda *La Montaña* en Dolores como centro de operaciones. Les facilitó un equipo de trabajo, caballos y dinero para los gastos del proyecto. Les asignó un jeep de la Universidad con un conductor, don Carlos Pulido, quien, a partir de ese día, los acompañó por 25 años en todos sus trabajos de campo. Así se formó el grupo con estos dos investigadores y Heriberto Prada como guía de la expedición. Héctor Galeano, quien dirigía la Biblioteca de la Universidad, les cedió un cuarto para guardar provisionalmente el

⁹ El 9 de febrero de 1967 se presentó un violento sismo de magnitud 7.2, superficial, con epicentro en el Huila, que se sintió en Colombia y Ecuador.

material que extraían: esculturas de piedra, piezas de cerámica, muestras de suelo para análisis. Cuando Galeano se retiró, allí quedaron los elementos. Era el 5 de marzo de 1971.

El yacimiento arqueológico era un cementerio prehispánico ubicado en una colina, en la vereda de Ambicá del municipio de Dolores que, como consecuencia del terremoto de febrero de 1967, se había desprendido y dejado al descubierto vasijas de cerámica, esculturas y fragmentos de utensilios, que quedaron abandonados por varios años. Cuando el rector Parga llegaba a *La Montaña*, y veía el trabajo, “no cabía de la dicha”, señala César. Llenos de entusiasmo, César y Manuel León excavaron montículos, sacaron esculturas y las cargaron “a lomo de indio”, con lazos, cada uno con una escultura en la espalda. Encontraron también algunos pectorales en cobre y oro, que hoy están en el Museo.

Trabajaron muy duro al principio, porque no contaban con un referente metodológico claro para efectuar las excavaciones. Por un lado, era una universidad con escasos recursos y tuvieron que luchar para defender el proyecto a través de los años, en medio de envidias y oposiciones. Pero la Universidad los dejó trabajar tranquilos, “porque la Universidad es para eso: para dejar hacer, para dejar desarrollar una idea”. Adicional a lo anterior, como estuvieron en paro prácticamente durante todo el año 71, el equipo aprovechó ese tiempo para avanzar en el proyecto. Todavía no se imaginaba nuestro investigador la trascendencia que este trabajo tendría como sustento para su trabajo futuro sobre las culturas precolombinas.

Las dificultades también provenían de la zona de trabajo. Eran tiempos de guerra. En ocasiones, el Ejército no autorizaba que los investigadores entraran a la región. O, si les permitían hacerlo, les quitaban los mapas porque, supuestamente, estos eran de uso restringido del Ejército. Varias veces les decomisaron cámaras y binóculos por considerar que se trataba de material de guerra; les retuvieron mercado, material antiofídico o medicinas contra el mal de Chagas, que llevaban para protegerse. Para los militares, ellos eran auxiliares de la guerrilla, comunistas y

subversivos, a pesar de que iban debidamente identificados y con una carta del Rector de la Universidad.

En cambio, no tuvieron tantos problemas con la guerrilla. Una vez, los guerrilleros los abordaron mientras trabajaban en una excavación pero, luego de oír las explicaciones de los investigadores, los dejaron avanzar y nunca más los molestaron, aunque era obvio para los universitarios que ellos estaban en el pueblo y que sabían para dónde iban y qué hacían. Todos estos obstáculos demoraron el trabajo, que fue muy importante por su tamaño. Poco a poco, César advertiría la magnitud de la tarea que había emprendido y que le llevaría cuarenta años comprender en toda su complejidad cultural.

Lord Parga, como comúnmente lo llamaban en Ibagué, siguió apoyando este trabajo investigativo mientras fue rector y, luego de su retiro de la Universidad, continuó financiando el proyecto hasta su finalización. Él sacaba su chequera y les giraba a los investigadores; les seguía proporcionando obreros, caballos, herramientas, almuerzo para todos y les brindaba hospedaje en la finca. Los jueves, Parga llegaba a *La Montaña* y conversaban largas horas sobre el proyecto. “El museo de la Universidad del Tolima se le debe a Rafael Parga Cortés”, agrega César. “Él lo auspició de su bolsillo”. Les dejó hacer y los animó en su trabajo como investigadores. Además, les regaló una colección pequeña de objetos arqueológicos de su propiedad.

Para este joven profesor e investigador santandereano de 26 años, Parga fue como, “...el abuelo que me hubiera gustado tener, por las cosas que aprendí de él”. César lo conoció en su actividad académica, en medio de la compleja situación que vivían las universidades públicas del país en la década de los setenta. Parga aparecía en las asambleas estudiantiles, en medio de las contiendas y debates de los diferentes grupos de la izquierda universitaria y hablaba con los estudiantes. Les preguntaba qué querían de la Universidad; escuchaba sus demandas, las analizaba con ellos y, de esa manera, cambiaba el tono de los debates. “Nos dejaba estupefactos, con el alcance de sus análisis”, señala César. “Parga era un político, un liberal de

verdad, capaz de debatir ideas con los estudiantes, con la derecha y con la izquierda universitaria. Fue el formador”.

Años después, llegaron los paramilitares al área de estudio y ya no había ejército por la zona. El ICANH, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, siempre reclamó la potestad de autorizar los permisos para hacer las excavaciones, aún cuando sabía que se trataba de un proyecto universitario, avalado por pares académicos, y aprobado y financiado por la UT.

Muchos años pasaron y, poco a poco, recogieron material, conformaron la colección e iniciaron el trabajo del Museo, que se consolidó y se convirtió en un centro cultural de la ciudad.

Museo del Hombre Tolimense

A mediados de 1972, César y León se enteraron de que el Consejo Superior de la Universidad del Tolima había creado (Acuerdo 006/1967) el *Museo del Hombre Tolimense*, a instancias del padre Pedro José Ramírez Sendoya¹⁰. El rector Parga no lo podía creer y, en lugar de darles el “localito” al que aspiraban los investigadores, un mes después les anunció que tendrían un edificio entero para la organización del Museo. La razón estaba en que, a finales de 1971, en la parte de atrás de la Universidad se habían construido unos salones amplios, con el propósito de crear salas de profesores con las facilidades necesarias para que los docentes descansaran, recibieran estudiantes y desarrollaran otras actividades fuera del aula. La idea tuvo detractores que consideraron que la Universidad pretendía gastar una plata importante en un club social. Por esta razón, la iniciativa no prosperó. Entonces, por orden del rector, el edificio se adscribió a la Facultad de Educación con destinación para el Museo del

¹⁰ Pedro José Ramírez Sendoya (1897-1966) nació en Garzón, Huila. Sacerdote e investigador, estudió ciencias teológicas y sociales en la Universidad de Lovaina, Bélgica, y se orientó hacia la antropología, la historia y la lingüística de las culturas indígenas del Tolima. Entre sus obras están el *Diccionario indio del Gran Tolima* y el *Refranero comparado del Gran Tolima*. Creó y dirigió el Instituto Tolimense de Antropología e Historia durante el gobierno militar y fue uno de los fundadores del Instituto Colombiano de Antropología.

Hombre Tolimense, bajo la dirección académica de Velandia. Era esta la vía para lograr un reconocimiento del Museo como parte de una dependencia académica.

Con poco apoyo institucional, sin presupuesto o dotación, comenzó la “edad heroica”, en palabras de César. Debían trasladar las piezas y darles seguridad en el Museo. El equipo tuvo la suerte de que, a los pocos días, llegara a la Universidad un pedido grande de madera para la facultad de Veterinaria. César, Manuel León y tres estudiantes esperaron a que cayera la noche y “se robaron” la madera que necesitaban para los estantes. Nunca se supo. Entre todos los construyeron con el apoyo técnico del carpintero de la Universidad. Hoy, casi cincuenta años después, todavía están en uso muchos de los originales.

Así comenzaron la tarea de colocar las piezas, marcarlas, organizarlas y etiquetarlas. De la bodega donde se daban de baja los equipos de la Universidad tomaron escritorios, mesas y sillas viejas. Crearon el laboratorio de conservación, con frascos y materiales descartados de laboratorios de otras facultades. El estereoscopio que siempre usaron, también lo encontraron entre los desechos; César lo desarmó y arregló.

Los estudiantes fueron muy importantes en el trabajo y mantenimiento de la sede. Jhony Carvajal fue uno de esos alumnos de Ciencias Sociales que apoyó al Director. “Desde mi primer semestre en la Universidad sentí curiosidad por el Museo. Yo me paraba frente a una ventana a ver trabajar al maestro en sus vasijas. Un día, él me vio y me dijo: “¿Quiere entrar?” Desde entonces, y por casi treinta años, he hecho parte del Museo, que es casi que mi segundo hogar”. Jhony es hoy magíster en Territorio, Conflicto y Cultura, investigador y el Curador del Museo.

En términos generales, el Museo fue una iniciativa espontánea, de la que no se apropió la Facultad ni el Departamento de Ciencias Sociales y que César asumió casi que en contra de la misma institución. Dice su hijo César, que a su papá “... le tocó muy duro avanzar con cada iniciativa que proponía. Pero luchaba por sacar proyectos adelante y persistía

porque era muy duro consigo mismo” Y, agrega Úrsula, su hija que, “mi papá tuvo que enfrentarse a la institucionalidad, sus burocracias y mediocridades desde lo académico y lo político”. Tal vez fueron dos o tres los rectores que se interesaron por el proyecto; otros no lo hicieron, pero tampoco le pusieron problemas. Dos de los más interesados fueron Israel Lozano y Edgar Machado, este último, “un tipazo”: inteligente, crítico y liberal. Durante su período de gestión se conformó el programa de desarrollo del Museo, se adecuaron las instalaciones, se compraron equipos y se creó el Centro de Documentación Regional del Alto Magdalena para la Cultura (CDRAM).

A la par, el equipo desarrollaba otro trabajo para el Departamento. En 1971 solo existían tres publicaciones de Reichel-Dolmatoff¹¹ sobre el Tolima, alrededor de las urnas funerarias del Valle del Magdalena, además de un hallazgo en Suárez y uno en Rioblanco en la finca *Relator*, muchas de cuyas piezas dieron origen al Museo del Oro. César y Manuel León comenzaron a recoger información, reunieron mapas y otros materiales e hicieron un registro de los encuentros. A la vez, al Museo llegaban personas con información sobre hallazgos y con solicitudes de visitas que deberían ser reportadas al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (1999). César fue autorizado como representante del ICANH para efectuar estas visitas e informar sobre descubrimientos en el Tolima. Así, comenzó a conseguir el apoyo de la Universidad e inició una colección de referencia con materiales arqueológicos en cerámica, líticos y restos óseos; y además una colección de objetos etnográficos obtenidos en visitas a comunidades indígenas.

¹¹ Gerardo Reichel-Dolmatoff, investigador, profesor universitario y pionero de la antropología y arqueología colombianas, trabajó como investigador etnográfico con comunidades indígenas y campesinas sobre prehistoria colombiana. Nació en Austria (1912) y murió en Bogotá en 1984.



Colección estatuaria del Río Cabrera, Tolima. Fuente: Archivo personal de César Velandia.

El trabajo continuó de esta manera hasta 1980, cuando el Museo recibió presupuesto, materiales y mayor apoyo. Contaban con una sala de exposiciones que cumplía unos propósitos claros: mostrar los resultados de las investigaciones universitarias y servir como recurso educativo para los niños menores de diez años de los colegios. Por eso, la sala la diseñaron e iluminaron para atender a este público infantil.

Iniciaron también el programa de visitas escolares. Para ponerlo en marcha, primero formaron a los maestros sobre el significado y la función del museo, la forma de abordarlo, el trabajo en el aula antes y después de las visitas, y la manera de evaluar a los pequeños. Organizaron exposiciones permanentes con invitaciones a la ciudadanía y mostraron los resultados de sus investigaciones. Vincularon el Museo con varias embajadas y otros museos como el del Marqués de San Jorge del Banco Popular de Bogotá. Así, ofrecieron a la ciudadanía importantes exposiciones sobre las culturas indígenas. Con el tiempo, y el trabajo que aumentaba, la secretaria de Educación participó con la vinculación de una docente de medio tiempo, quien coordinaba las visitas escolares al Museo.

San Agustín

La primera vez que César visitó el Parque Arqueológico de San Agustín lo hizo como estudiante en la UPTC, en Tunja, en 1964, por los días de la guerra en Marquetalia. El viaje, entonces, era tortuoso, por carreteras sin pavimentar y duraba tres días. Ya en junio de 1972, desde la Universidad del Tolima, cuando comenzó su trabajo investigativo, todo era diferente pues la cercanía con San Agustín, de 430 kilómetros, sería una ventaja para su trabajo.

Para comenzar, César propuso y orientó una asignatura de prehistoria americana que llamó *Historia de las sociedades indígenas en Colombia*, que incluía una práctica en San Agustín. En su primer desplazamiento como profesor, con una autorización del ICANH, tuvo acceso a los depósitos y laboratorios del Museo. Desde entonces comenzaron las prácticas semestrales al Parque Arqueológico con los estudiantes. Cuando se abrió el programa de extramuros en Ciencias Sociales, eran cuatro o cinco los grupos que viajaban con él en el año a sus prácticas.

Por otra parte, de sus conversaciones con los pintores Manuel León y Edilberto Calderón sobre los talleres y cursos que se impartían a los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, surgió la propuesta conjunta de reformar los programas académicos en su metodología y contenidos. Buscaban que la formación de los nuevos artistas fuera más integral y les ofreciera herramientas conceptuales, técnicas y prácticas para desempeñarse con más calidad en su oficio, así como una claridad suficiente sobre el quehacer de los artistas como profesionales y ciudadanos.

Estas charlas y discusiones se enriquecieron con actividades de intercambio con la Escuela de Artes de la Universidad Nacional de Bogotá. César propuso incluir la cátedra de Sociología del Arte en el plan de estudios de Bellas Artes, de la que se hizo cargo. Con el maestro Calderón buscaron que las evaluaciones de los trabajos realizados por los estudiantes en los talleres de artes plásticas se efectuaran a partir de una discusión abierta entre el autor del trabajo, el profesor del taller y los estudiantes del

curso en cuestión. Dichas evaluaciones se tornaron en verdaderas conversaciones sobre el quehacer de los artistas en formación y sus maestros. Una de las prácticas de campo para los estudiantes de Bellas Artes, por ejemplo, se programó para observar y estudiar las esculturas de San Agustín.

Para entonces, y como parte de su ejercicio docente y de su actividad intelectual, César había profundizado en sus lecturas sobre las sociedades indígenas americanas, su arqueología y antropología. Recordaba y enriquecía las lecciones de sus maestros y observaba, dibujaba, anotaba, contrastaba y buscaba respuestas a las preguntas que le llegaban durante sus viajes con los estudiantes o con su familia y amigos. Así comenzó a pensar en proponer una investigación. El proyecto formal no parecía posible todavía porque la documentación y la información en campo era insuficiente y estaba todavía dispersa. Se limitaba a unos pocos libros clásicos sobre exploraciones arqueológicas.

A la par, en la medida en que avanzaba en el conocimiento de los sitios y las piezas, comprendía que las propuestas explicativas de los maestros no respondían a las preguntas básicas, que seguían sin respuesta. No contaba con un modelo teórico que lo orientara hacia el diseño de procedimientos para comenzar a trabajar. Lo importante no era tanto preguntarse sobre quiénes habían hecho las piezas sino qué eran, cómo se pensaron, diseñaron y qué uso tuvieron. Las respuestas a esas preguntas hasta ese momento eran muy generales.



Bosque de las estatuas, San Agustín. Fuente: Archivo personal de César Velandia.

César comenzó a repensar la base teórica que había aprendido en la UPTC y que ahora estaba convencido de que debía revisar. Leyendo a Lévi-Strauss¹² inició un estudio sobre sus propuestas teóricas y metodológicas desde la etnología o antropología y, poco a poco fue encontrando que el punto central de esa etnología estaba en la mitología, o la *mitopoiética*; en su estructura lingüística y su simbolismo y, para este caso, en sus explicaciones del mundo. Gradualmente llegó a concluir que las imágenes en las esculturas son representaciones de animales o de seres humanos con partes de animales. Se concentró en buscar las relaciones entre las historias contadas en los mitos indígenas actuales y las imágenes que estaban representadas en las estatuas prehispánicas.

Problemas universitarios

En Colombia, 1978 fue el primer año en el que los mayores de dieciocho pudieron votar. Se eligió a Julio César Turbay Ayala como presidente. Su Estatuto de Seguridad pretendía frenar el crecimiento de los movimientos guerrilleros y regular la protesta social. Así, ejerció una dura represión sobre quienes reclamaban por sus derechos laborales y ciudadanos. En el mismo año, el M-19 comenzó a desarrollar su plan de asalto y robo de armas en el Cantón Norte en Bogotá. Fue el período de transición entre el fin del Frente Nacional, el surgimiento de movimientos insurgentes, los paros cívicos, la expansión educativa, la mayor participación de la mujer, el desarrollo de los partidos de la izquierda democrática y el avance del narcotráfico y el lavado de activos.

En la Universidad del Tolima, como en muchas universidades públicas del país, la crisis financiera era evidente: la Universidad no recibía los recursos que debía transferirle la Gobernación y era poca la voluntad del Gobierno nacional para destinar un presupuesto equitativo a las universidades públicas. Esto causó retrasos en los pagos de salarios a los

¹² Claude Lévi-Strauss fue un antropólogo, filósofo y etnólogo francés (1908-2009). Fue una de las grandes figuras de su disciplina en la segunda mitad del siglo xx. Su legado es muy reconocido, especialmente por su modelo de análisis estructuralista de la cultura.

profesores y trabajadores y, desde luego, era muy poco el apoyo que los docentes recibían para las actividades académicas. Estas políticas del Estado aplicadas en el Gobierno de Turbay generaron un movimiento de protesta fuerte en las universidades, con la correspondiente respuesta de la Fuerza Pública.

Además, la Institución vivió problemas políticos internos serios que condujeron, por ejemplo, al cierre de la Escuela de Bellas Artes, en una época en la que César era su director. Argumentaba la Administración de la Universidad que una escuela para la formación de artistas no era rentable. En realidad, Bellas Artes era el centro que aglutinaba a la gente que pensaba, discutía la situación del país, compartía lecturas y para muchos, era “el foco de la subversión”. El pensamiento de izquierda tenía que eliminarse. El Programa lo cerraron un viernes y el lunes siguiente, cuando los estudiantes regresaron, ya no existía. Los trabajos de los estudiantes y maestros los lanzaron al río Combeima. Quemaron los récords y notas estudiantiles. La UT buscó otras universidades para los alumnos y reubicó a algunos de los docentes en otros programas de servicios académicos.

De forma súbita, la Rectoría ordenó cerrar el Museo Antropológico, que también dirigía César. Nunca medió siquiera la posibilidad de adelantar un inventario para registrar el patrimonio cultural que estaba bajo la responsabilidad de su director. La puerta se selló para impedir que quienes trabajaban allí pudieran entrar. César y treinta profesores de distintas Facultades de la UT se enteraron por las noticias de una emisora local de que, mediante resolución del Consejo Superior de la Universidad, habían sido sancionados con la suspensión de sus cargos por un año, y tenían prohibido acceder a los predios universitarios durante ese período.

Ángela Prada, una de sus estudiantes y monitora del Museo, nos decía que la resistencia que se sentía hacia su trabajo se debía a que “... el Maestro no se guarda nada. Es muy directo. Dice las cosas como las siente y eso molesta. Él se apartó de muchos temas y problemas universitarios y se concentró en el Museo y lo que este representaba: el trabajo docente,

las exposiciones, la sala de conferencias, las luces. Su trabajo político lo desarrollaba no con discursos sino con lecturas, propuestas y reflexiones. El trabajo se veía. Tampoco se conformaba con devengar un salario. Lo importante para él era formar estudiantes quienes, a su vez, irían a ser formadores. Siempre estaba disponible para nosotros. Esas formas de actuar incomodan.

César tuvo que irse de Ibagué. Viajó a Tunja, a la UPTC a trabajar. Dejaba a Liz, quien por ese tiempo adelantaba una maestría en Literatura en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, y a sus tres hijos pequeños, con las complicaciones previsibles para todos, pero también en medio de la inmensa solidaridad y apoyo permanente de los amigos y compañeros de la Universidad.

En Tunja se vinculó con un grupo de estudio conformado por filósofos, economistas y sociólogos. Debatían conceptos como el de la *representación* como productor de sentido, que se compartía entre los miembros de una cultura a partir de signos, del lenguaje o de imágenes. Fueron muchos y muy largos los debates sobre si existía una relación directa entre una imagen y la naturaleza, y sobre la *representación* como algo que ya está en la mente de quien la representa. Este concepto fue central en ese momento para el trabajo que César desarrollaba: ¿Qué hay detrás de las estatuas que estudiaba? Una representación de cuanto los hombres y mujeres de esa sociedad tenían en su cabeza, es decir, el mito.

Empezó nuestro investigador a leer detenidamente los diversos estudios de Claude Lévi-Strauss sobre los mitos. Construyó una base de datos y comenzó a hacer coincidir el procedimiento analítico del investigador francés con las correspondencias de las figuras animales en San Agustín. De ahí surgió la explicación de la investigación y se inició el trabajo de descomponer, analizar, registrar y escribir. Igualmente, sus lecturas se diversificaron y enriquecieron con autores como Foucault, Barthes, Greimas, Luckacs, Todorov, Bajtin, Goldman..., pensadores que, por una feliz coincidencia, Liz también estudiaba en sus cursos de la maestría. Así, los dos pudieron conversar y compartir reflexiones desde sus disciplinas.

Volviendo al Museo, el rector de la época, Pablo Casas Santofimio, en 1979 nombró una nueva directora, quien estuvo a cargo por cerca de dos años. En ese tiempo, con más recursos, efectuaron algunos cambios que condujeron a la reorganización del Museo. Fue entonces cuando se adoptó el nombre de *Museo Antropológico de la Universidad del Tolima*.

En 1980, mientras continuaba trabajando en Tunja, César se enteró de que en la UT se había abierto una convocatoria para profesores de Historia. Nuestro investigador se presentó como si fuera la primera vez, y reingresó como profesor de esta disciplina. Al año siguiente, el ingeniero forestal Israel Lozano asumió como rector y, pocos días después, envió a buscar a César a su despacho, para manifestarle que quería comenzar su administración corrigiendo errores anteriores. Fue así como Velandia volvió a la dirección del Museo.

Museo Antropológico de la Universidad del Tolima

El trabajo de avanzar en el fortalecimiento del Museo comenzó con más recursos, con un presupuesto definido y con la vinculación de los estudiantes. Ángela Prada señala que “el maestro Velandia nos marcó porque nos puso a pensar, a mirar las cosas de otra manera y nos formó como monitores en el museo. Fuimos a San Agustín, compartimos sus reflexiones y los resultados de sus investigaciones en las salidas de campo. Siempre fue muy entusiasta para apoyarnos. ‘No basta con que muestren entusiasmo’ nos decía. ‘Tienen que estudiar’. Nos sugería y prestaba libros y continuaba sus charlas con nosotros en su casa. Los monitores, muy motivados, participábamos, no por el incentivo económico sino por pertenecer al proyecto académico que estaba desarrollando. La tarea continuaba los sábados. No menos de quince estudiantes trabajábamos con él”.

A la par que organizaban el Museo, César y sus monitores comenzaban a desarrollar un taller para la conservación y restauración de documentos. Lo iniciaron en Ortega. En ese municipio, mientras el equipo trabajaba con los indígenas del sur del Tolima, encontraron una gran cantidad de folios, arrumados, en los que había documentos tan antiguos

como algunos firmados por Carlos IV, rey de España, sobre problemas de tierras. La microfilmación de dichos originales constituyó el primer trabajo del taller. También recopilaron documentos de la biblioteca José Celestino Mutis de la Gobernación y otros de la Alcaldía, que dieron origen al Archivo Histórico del Tolima, en el que participó Armando Martínez Garnica, su antiguo alumno de Filosofía en bachillerato en Bucaramanga, quien hizo su carrera de Licenciado en Historia y Geografía en la Universidad del Tolima. De esa experiencia recuerda Martínez Garnica que “esos cuatro años, bajo el magisterio del profesor Velandia y contando con su cálida amistad, fueron de honda significación en mi vida, pues labré mi destino como historiador profesional y docente universitario... Con su apoyo participé en el grupo fundador del Archivo Histórico de Ibagué, un proyecto conjunto de la Universidad del Tolima y la Alcaldía. Gracias al contacto directo con los libros capitulares del siglo XVIII conocí el oficio de historiar e hice los primeros dos libros manuscritos que me abrieron el camino al programa de doctorado en México... Yo era hombre de archivo y él, hombre de museo pero, como paisanos y amigos, pudimos compartir una experiencia inolvidable que marcó mi vida con un estilo indeleble.”

De otro lado, en el sótano del Palacio de Justicia encontraron miles de documentos y otras evidencias de la Violencia y de gran cantidad de crímenes del 9 de abril de 1948 en el Tolima. Con el apoyo de un magistrado, un profesor de Historia y la ayuda de los estudiantes, con tapabocas y guantes, se ordenaron esos documentos. El resultado de esta tarea fue la creación del Archivo Histórico Judicial del Tolima en el Palacio de Justicia.

El trabajo con los archivos y sus depósitos documentales sirvieron como una importante fuente de estudio, de temas de investigación y trabajos de grado para los estudiantes de Ciencias Sociales, de Español y Literatura y hasta de Administración de Empresas de las universidades locales y de otras ciudades. Estos ejercicios estudiantiles también alimentaron las bases de datos bibliográficos de documentos y publicaciones sobre escritores e historiadores del Tolima con el sistema ISIS que, por

entonces, era una novedad y lo usaban la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación. Los estudiantes también organizaron archivos y contribuyeron a enriquecer las bases de datos del CDRAM.

El Centro fue cobrando importancia. Tuvo su sede en las instalaciones del Museo y recibió de la Universidad una dotación de equipos y elementos de oficina. Se creó una biblioteca especializada en Ciencias Sociales y allí también trabajaron varios estudiantes de Sociales como monitores. “Fue una época muy valiosa de trabajo colectivo de formación y debate de profesores y alumnos, en un esfuerzo por recuperar documentos e historia oral sobre la cultura tolimense, por avanzar en trabajo de archivo y rescatar parte de nuestro patrimonio cultural”, indica Ángela Prada, quien hoy es la directora de la Especialización en Pedagogía de la Universidad.

Se organizó también el Archivo Diocesano que, en esa época, constituía la única fuente de información sobre nacimientos, bautizos, matrimonios y defunciones. Esta fue una importante fuente de investigación para construir información sobre genealogía y demografía del Tolima hacia una reconstrucción de la historia social y cultural del Departamento.

San Agustín y el Premio Nacional de Ciencias, Fundación Alejandro Ángel Escobar, 1992

A comienzos de la década de los 90, César comenzó a concentrarse especialmente en el proyecto sobre San Agustín y, por esta razón, debió desligarse del museo. Dejó en funcionamiento las salas de exposiciones, el programa de visitas escolares y el CDRAM. Quedó también en el Museo la Biblioteca del padre Ramírez Sendoya, los documentos de la biblioteca José Celestino Mutis y los archivos y microfilmes organizados con los estudiantes.

La idea de la investigación sobre San Agustín estaba definida y adelantada. Se trataba de formalizar el trabajo que había desarrollado casi por diez años, desde 1981, pero necesitaba tiempo y concentración para redactar el informe final. Aprovechó que tenía derecho a un año sabático, con el compromiso de entregar la investigación al volver a la Universidad.

Así, pudo viajar a San Agustín por temporadas largas para tomar fotos, confirmar medidas y hacer dibujos sobre el terreno con la infinita paciencia del científico.

En ese mismo año, Liz y César viajaron hasta Bolivia en bus, con tenis y morral, despacio, y deteniéndose a visitar museos y sitios arqueológicos. El propósito que llevaban era el de confirmar el estudio de esos diez años y explorar la relación que había entre San Agustín y otras culturas latinoamericanas. Fue un viaje maravilloso de tres meses. Visitaron museos y yacimientos arqueológicos en Quito y Guayaquil; estuvieron en Chan Chan, Paramonga, Machu Picchu, Nazca en Perú y Tiahuanaco en Bolivia. Regresaron con herramientas más argumentadas sobre el lenguaje de las culturas americanas y las posibilidades de diferenciarlas para plantearse nuevas conclusiones.

Después de este viaje de estudio, llegó César a la conclusión de que la de San Agustín era una cultura totalmente distinta y solamente tenía en común con otras de Latinoamérica, las representaciones de animales. Por tanto, su simbolismo tendría que estudiarse con mayor profundidad. Esta era una hipótesis que tenía que confirmar. El trabajo continuó con elementos teóricos, metodológicos y tecnológicos más amplios y con mayores posibilidades de consultar otros estudios en arqueología, comunicación y semiótica. Finalizando ese año volvió a la Universidad con el trabajo escrito y terminado. Se denominó *San Agustín: Arte, Estructura y Arqueología. Modelo para una Semiótica de la Iconografía Precolombina*.

Por la época de su reingreso, recibió la Universidad la convocatoria de la Fundación Alejandro Ángel Escobar¹³ para concursar con un trabajo de investigación. El director de Investigaciones, Rodrigo Vergara, quien había escogido el trabajo de San Agustín para ser presentado en la Feria del Libro de Bogotá, propuso que lo enviaran también a esta nueva convocatoria. Velandia recuerda que el trabajo debía remitirse en

¹³ La Fundación Alejandro Ángel Escobar es una institución colombiana sin ánimo de lucro que desde 1955 apoya, fomenta y difunde la investigación científica y el trabajo solidario en Colombia. Es uno de los premios más prestigiosos de Colombia.

tres fotocopias a color, que eran costosas en ese momento. César entregó personalmente los manuscritos en la Fundación y, dos meses después, le comunicaron que había sido reconocido como ganador del Premio de Ciencias para el año 1992.



Los cinco, reunidos en la entrega del Premio Ángel Escobar (septiembre de 1992).
Fuente: Archivo personal de César Velandia.

El trabajo, según el dictamen del doctor Guillermo Páramo Rocha, jurado del Concurso “...constituye un aporte valioso y significativo al estudio de la iconografía e iconología agustinianas, independiente, imaginativo, renovador de muchas maneras y bastante más riguroso en el terreno de la interpretación simbólica que muchas y muy conocidas investigaciones nacionales y extranjeras...”

César Velandia, hijo, que en esa época tenía 22 años, señala que su papá había ganado este importante premio a los 48 años. “Hoy, cuando yo tengo cinco años más de la edad que tenía mi papá cuando ganó el Premio Nacional de Ciencias, es cuando entiendo que él es un berraco.” La ceremonia se transmitió en vivo en tv. Don César, padre de nuestro científico, estuvo presente, así como el coronel César Augusto Cuéllar

Velandia, exgobernador del Tolima, y primo del abuelo. En su discurso, César hizo mención a su padre y le agradeció su esfuerzo y apoyo permanente. Recibió una ovación general. Para él este fue su momento culminante en la vida.

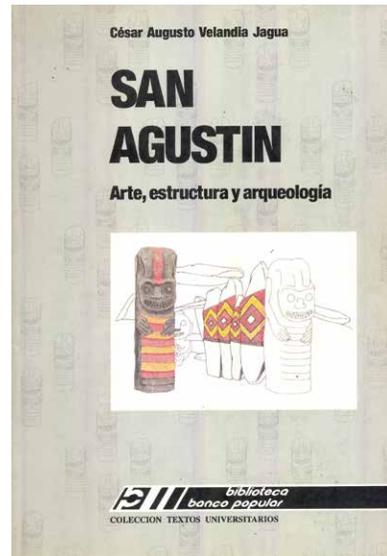
El libro, que se publicó en 1994, en coedición de la Universidad del Tolima y el Banco Popular, lo dedicó “a los estudiantes que preguntaron” y a la memoria de su maestro Eliécer Silva Celis.

Sus libros, señala Martínez Garnica, “de bello formato, resultado de sus excavaciones en Colombia y en Argentina, son un patrimonio de la arqueología moderna. Sus descubrimientos del color en la estatuaria de San Agustín son un aporte invaluable al conocimiento de una sociedad que desapareció antes de la llegada de los castellanos”.

El doctorado

En 1994 César había conocido a Gustavo Politis, arqueólogo argentino, quien había llegado a Colombia invitado por el Museo del Marqués de San Jorge, a conducir un seminario sobre los Nukak Makú, al que César asistió. Politis también aceptó una invitación para venir a la UT y allí entusiasmó a César con la idea de formalizar sus estudios de toda la vida en un doctorado en Arqueología en la Universidad de La Plata.

Luego de llegar a Argentina y seguir el proceso reglamentario de admisión, conoció las colecciones de material cerámico en los depósitos de arqueología del museo de la Universidad de la Plata. De ahí surgió la idea de avanzar en una investigación sobre un *Análisis Estructuralista de la Iconografía Funeraria en la Cultura Arqueológica de Santa María*. Una vez admitido, comenzó el trámite para obtener la comisión de estudios en



Carátula del libro *San Agustín. Arte estructura y arqueología*. Fuente: Archivo personal de César Velandia.

la Universidad del Tolima, la que logró luego de algunas dificultades burocráticas, con el apoyo de Fernando Espinosa quien era el Gobernador y presidente del Consejo Superior de la UT.

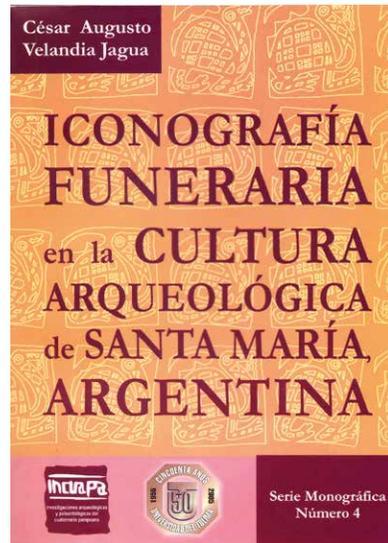
De nuevo, se presentaba una situación difícil con sus tres hijos universitarios: César, hijo, avanzaba en su doctorado en España; Tadeo estudiaba en México y Úrsula, en Bogotá. La situación económica de la familia se tornó bastante complicada; el peso argentino, por decreto, estaba a la par del dólar y este equivalía a 3000 COP; por tanto, el préstamo en dólares del Ictex no era suficiente para su sostenimiento. El apoyo de Liz fue indiscutible. Al respecto, señala Úrsula que “...mis papás han formado y son un equipo. Han logrado mantener una conversación permanente, especialmente en los tiempos difíciles. Han logrado superar situaciones muy duras y han permanecido juntos a pesar de todo. Mi mamá tiene una gran capacidad de mirar hacia adelante y de planificar. Es muy ordenada y sin duda ha sido el apoyo incondicional para mi papá en todos los momentos...”

Los colegas argentinos se solidarizaron con César y, muy pronto, comenzó a dictar clases en la Universidad de Olavarría, a 250 kilómetros al sur de La Plata. Viajaba los viernes y volvía los sábados por la noche. Fue una época dura de estudio que terminó en tres años. No podía quedarse más. César vivía en una especie de condominio para estudiantes de pre y posgrado y el dinero apenas le alcanzaba para invertirlo en materiales, libros y viajes a museos y universidades. Durante los tres años que estuvo en Argentina obtuvo el apoyo de los museos que consultó para revisar las colecciones sobre su tema de estudio. Organizó conferencias, asistió a seminarios en distintas universidades y dictó materias electivas que le significaban ingresos adicionales. Llegó a ser profesor titular.

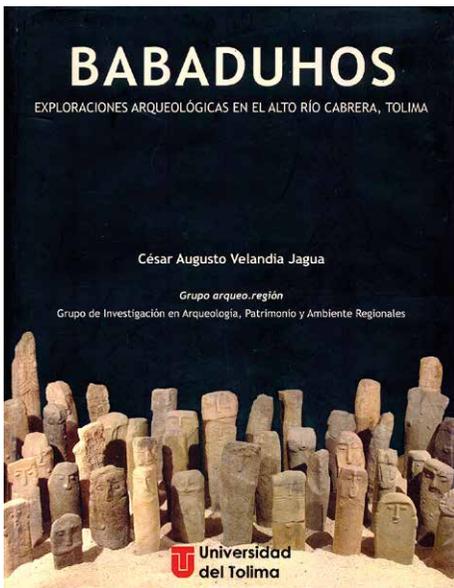
La tesis fue laureada. El día de la defensa el auditorio se llenó de estudiantes y profesores. Con esta investigación, en el 2000 obtuvo su título de Doctor en Arqueología, otorgado por la Facultad de Ciencias Naturales y el Museo de la Universidad de La Plata. Al regresar lo nombraron director de la Oficina de Investigaciones de la UT, cargo que orientó por cinco años hasta su retiro en el 2005.

La tesis fue publicada en 2005, con el título de *Iconografía Funeraria en la Cultura Arqueológica de Santa María, Argentina*; en coedición con la Universidad del Tolima y la Universidad de Olavarría en Argentina.

Pero, en el 2007, atendió el llamado del entonces rector, Héctor Villarraga Sarmiento, para que reingresara a la Universidad como investigador, con el ánimo de que terminara los trabajos pendientes y publicara los libros correspondientes. Se reincorporó a la UT como coordinador del grupo de investigación en Arqueología, Patrimonio y Ambiente Regionales para retomar los trabajos de exploraciones ar-



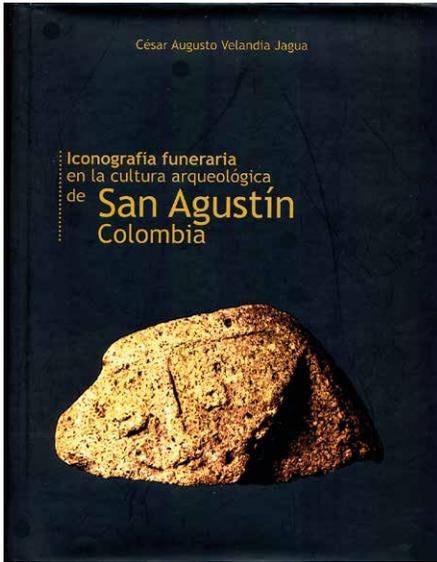
Iconografía Funeraria en la Cultura Arqueológica de Santa María, Argentina (2005). Fuente: Archivo personal de César Velandia.



Babaduhos. Exploraciones Arqueológicas en el Alto Río Cabrera, Tolima (2014). Fuente: Archivo personal de César Velandia.

queológicas en el Valle de Ambicá, en la cuenca alta del río Cabrera, investigación que había comenzado en 1971. Esta culminó en 2011 y sus resultados se publicaron en 2014, en el libro *Babaduhos: Exploraciones Arqueológicas en el Alto Río Cabrera, Tolima*.

A propósito del valor de este trabajo cito las palabras del Antropólogo Carlos López, investigador de la Universidad Tecnológica de Pereira: “Este libro es una importante contribución sobre distintos aspectos, tanto teóricos como metodológicos y técnicos, aplicados a una región

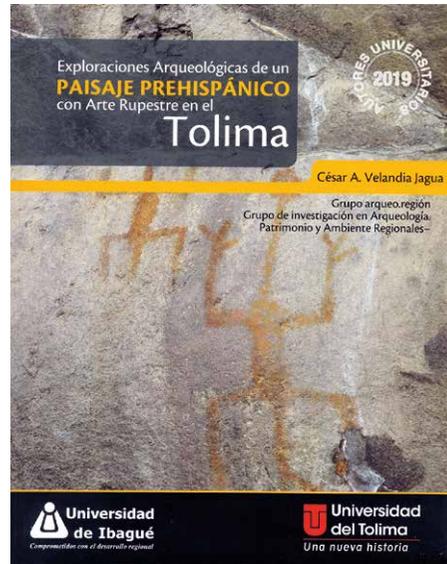


Iconografía Funeraria en la Cultura Arqueológica de San Agustín, Colombia (2016). Fuente: Archivo personal de César Velandia.

organizado un Seminario de Arqueología Simbólica con el propósito de vincular un grupo de estudiantes, necesario para continuar las investigaciones iniciadas con el trabajo sobre San Agustín. A este se inscribieron doce estudiantes que se integraron de manera formal a un nuevo proyecto que abordaba problemas y preguntas de investigación derivados de los recientes planteamientos sobre la iconografía. De esta investigación se formularon siete monografías para trabajos de grado y sus resultados se publicaron en el libro *Iconografía Funeraria en la Cultura Arqueológica de San Agustín, Colombia* en 2016.

casi desconocida de la arqueología colombiana. Es un texto novedoso en cuanto integra con perspectiva interdisciplinaria, una mirada desde diferentes escalas, representadas en el paisaje regional y local, sobre los sitios y materiales, entre los cuales se destaca la presencia de la estatuaria, tan escasa en el paisaje arqueológico colombiano, así como por las representaciones rupestres [...] Este texto constituye un aporte fundamental a nivel de síntesis e integración investigativa, sobre las culturas prehispánicas del suroriente tolimense y colombiano...”

Desde el año 2000, César había



Exploraciones Arqueológicas de un Paisaje Prehispánico con Arte Rupestre en el Tolima (2019). Fuente: Archivo personal de César Velandia.

En los últimos años, César se ha dedicado a profundizar en un campo especializado dentro de la arqueología, tanto en su aspecto teórico como en el estudio de casos y en particular sobre el territorio del Tolima: el arte rupestre. Y con el concurso de sus estudiantes, ahora en el *Grupo de Investigación en Arqueología, Patrimonio y Ambiente Regionales-arqueo.región*, integrado desde 2004, recogió, en 2019, lo mejor de sus trabajos en una publicación que, como reza en su contraportada, “...es la conjunción de un esfuerzo interinstitucional de la Universidad del Tolima y la Universidad de Ibagué, para cumplir de una manera más eficaz con el propósito de divulgar los resultados de la investigación científica sobre los hechos culturales y sociales de la región. El texto se titula: *Exploraciones Arqueológicas de un Paisaje Prehispánico con Arte Rupestre en el Tolima ...*”

El padre y el profesor

César, Tadeo y Úrsula, hijos de estos dos profesores universitarios, desde muy pequeños percibieron el ambiente en el que crecieron como diferente al de sus amigos. “Mis papás, cada uno, tenía su propia biblioteca, en una época cuando, en las casas de mis amigos, no había libros. Ahí yo me di cuenta de que crecimos de una manera diferente a muchos. Fue una formación no escrita, muy espontánea y natural, con padres generosos, sin conflictos graves, con apertura al conocimiento, como amigos, todos”, afirma

César hijo. Y, agrega Úrsula que, “...Su influencia en mi vida es indudable: la posibilidad de ver y entender críticamente la sociedad; la noción sobre la historia y el sujeto histórico en la historia que cada individuo



Elizabeth Silva y César Velandia (2021).
Fuente: Archivo personal de César Velandia.

ocupa; la forma de ver la naturaleza y admirarla. Las ansias y angustias por el conocimiento, a pesar de que mi realidad esté tan desvinculada actualmente de la actividad académica, permanecen y pretendo hacerlas extensivas a mis hijas. E, indudablemente, su cariño y apoyo son permanentes. Mi padre está presente en cualquier lugar que yo ocupe en la tierra”.

A ninguno de los tres les enseñaron un modo de ser o hacer las cosas. Aprendieron desde las actitudes de vida de César y Liz. Úrsula sigue contando que...“... en mi casa hubo tratamientos di-

ferenciados para nosotros los hijos, pues los tres somos diferentes. No estoy de acuerdo con la idea de que a los hijos se les debe tratar de la misma manera, pues eso es negar que cada uno es un individuo. Lo que sí ha existido como igual para todos han sido las posibilidades que nos han brindado y la ayuda que aún recibimos los tres cada vez que se ponen difíciles las cosas. Pero lo continuo, permanente e igual es que ellos hacen parte de nuestras vidas cotidianas así tengamos el Atlántico en medio. Hablamos todos los días”.

En casa tuvieron la libertad de expresarse sin miedo, de formar su propia posición política y su manera de enfrentar sus vidas. “Mi padre era muy firme y nos orientó con argumentos y posturas claras”, indica César hijo. Y agrega: “Ellos nos mostraban caminos; nos ofrecían los libros de las bibliotecas de cada uno; nos enseñaron a leer de manera crítica y a conversar sobre lo leído sin restricciones. ‘El mundo está ahí’, nos decían. Un plan de familia era ‘ver cine’. Nos reuníamos todos y mi papá nos



La Biblioteca de los Velandia. Arriba, literatura y lingüística. Abajo, Arqueología, Antropología y Estética. Fuente: Archivo personal de César Velandia.

pasaba diapositivas de cuadros de pintores famosos que él describía una a una”. Todo este conocimiento le ha ayudado a César Jr. en sus clases de Arquitectura en la Universidad de Ibagué. Úrsula también fue su alumna en la UT: “... Su trabajo como formador ha sido titánico... Estando yo en la universidad acuñó una frase que aparece en el libro de San Agustín y que generó un efecto permanente en todos los estudiantes que pasamos por sus clases: ‘Lo primero que hay que poner en la mesa de disecciones es la propia cabeza’. Eso fue un parte aguas en la idea que teníamos de ser estudiantes y de ver la realidad, eso que hoy se llama *lectura crítica de la realidad*. Aprender a pensar o tomar el conocimiento para sí”.

Por ser el mayor, a César le “clavaron” todo el rigor cuando era estudiante. Tadeo fue más tranquilo; mucho más curioso, detallista, procesador de materiales. César hijo siempre contó con el apoyo intelectual y la orientación de su padre, el investigador, para avanzar en su tesis de doctorado en España, programa que terminó en diez meses. En el 2016, cuando fue el momento de asistir al grado en Alicante, César hijo invitó a su padre a que lo acompañara a recibir el grado. Se fueron solos. “Fue un momento muy especial. Visitamos juntos las obras del Museo de El Prado en Madrid, que veía de niño en casa, con mis padres, en las ‘noches de cine’”. Hoy ve a su padre como un compañero, “en plan de amigos”, con quien tiene muchos temas, académicos y cotidianos, para conversar.

De los tres hijos, Tadeo, que desde muy chico frecuentaba el Museo y en ocasiones acompañó a su padre a realizar inspecciones arqueológicas, siguió una profesión más parecida a la de César, la de restaurador de bienes culturales. La desarrolló en México desde 1996, donde vive y trabaja desde entonces en su propio taller de restauración.

Para un científico, el trabajo docente e investigativo es una actitud y un modo de vida. Su actividad la comenzó con la orientación que les imprimió a las cátedras. Luego desde el trabajo en los museos y, finalmente, con las investigaciones que desarrolló y que culminaron con los libros y artículos que publicó. Uno de sus alumnos de pregrado, Armando Martínez Berrío, destacado pintor tolimense, afirma que

“El maestro Velandia era muy exigente. Tenía una postura muy crítica y contestataria. Con él comencé a descubrir elementos de diseño y composición para mi obra como pintor. De hecho, él me compró mi primer cuadro. Como buen maestro, me entusiasmó, me animó y valoró como ser humano y artista. Yo dibujaba a escondidas hasta cuando el maestro Velandia me dijo que lo que yo hacía era importante y valía la pena. Él creyó en mí y me estimuló frente al grupo. Pero, además, con él aprendí... el respeto por la cultura ancestral en el arte; la manera como los indígenas inspiran con sus acciones. Gracias a él y con los grupos de estudiantes de la Facultad de Arte, que viajamos y caminamos con él, descubrimos y admiramos la monumentalidad de las esculturas, su razón de ser y su funcionalidad. Él nos puso a soñar sobre los motivos de las culturas indígenas para crear”.

Y agrega: “...Para mí, el semestre valía la pena por el viaje a San Agustín. Yo me le pegaba y fui con él unas cuatro veces. Los viajes me enseñaron sobre diseño e influyeron mucho en mi manera de pensar y pintar. Él me abrió horizontes sobre otras culturas precolombinas”.

Jhony Carvajal señala sobre su maestro que César ha sido muy generoso al enseñar. “Con un pensamiento muy liberal, mucha disciplina y sensibilidad, transmite entusiasmo y deseo de aprender. Enseña de su experiencia y disfruta haciendo las cosas. Ama la ciencia, el arte y la música. Un intelectual como el maestro, tan integral, es muy difícil de encontrar. Por eso me he acercado tanto a él. Me siento halagado de haberlo encontrado en mi vida y de poder contar con este maestro de maestros”. Y,



El maestro Velandia. Dibujo de Armando Martínez Berrío, su alumno (2021). Fuente: Archivo personal de César Velandia.

Ángela Prada agrega que “el maestro sigue significando mucho para nosotros y para muchas generaciones de estudiantes y maestros. Todos estudiamos y trabajamos con él con mucho entusiasmo y con las uñas. Para mí, este fue un proceso de maduración académica muy significativo”.



Con sus estudiantes en el Alto de los Ídolos. Fuente: Archivo personal de César Velandia.

César hoy

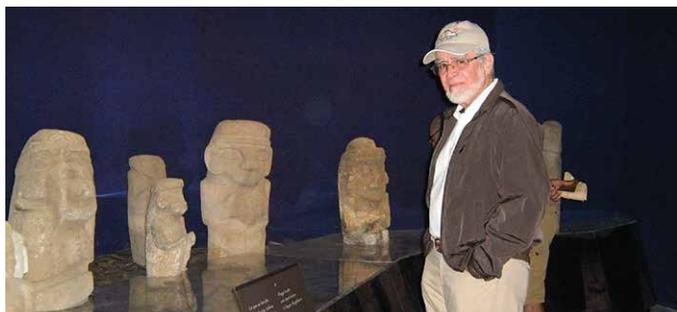
César no para de trabajar. Escribe artículos para revistas de arqueología. En estos años de pandemia ha asesorado dos alumnos de doctorado. Daniel Ramírez, antropólogo de la Universidad Nacional, quien avanza en su doctorado bajo la dirección de César, afirma: “El maestro César Velandia ha dejado una huella indeleble en mi doctorado, por su enorme sensibilidad y experiencia en el arte de interpretar los paisajes imaginarios de la región del Tolima, por sus representaciones simbólicas y, en general, por sus modelos ideacionales. ...Valoro en él el respeto y la solidaridad. El respeto, porque intercambiamos ideas sobre las lecturas, los autores y, en general, sobre la vida y, aunque estamos de acuerdo en muchas situaciones, también hay desacuerdos que siempre zanja con su experiencia,

decencia y honestidad intelectual. Así me lleva a ver perspectivas que no he considerado antes. Cuando le propongo nuevas inquietudes teóricas, está abierto para la controversia, la crítica, la recomendación y las lecciones que expone en cada experiencia de su trabajo intelectual... El maestro es un ejemplo para mí pues él también ha tenido que superarse cada día para alcanzar sus sueños, entre otros, develar el rostro de un ‘taimado caimán’ en la obra de los dibujantes y escultores prehispánicos de San Agustín”.

Como parte de su rutina diaria, lee los periódicos del mundo hispano; está pendiente de la cultura y la realidad mundial. Le encanta la música barroca y la ópera, de la que se ha hecho un conocedor; se interesa por los nuevos intérpretes, especialmente las promesas rusas. Tiene la ilusión de poder volver a Egipto y conocer el recientemente inaugurado Museo de la Civilización Egipcia.

Cuando no está atendiendo compromisos académicos o a sus estudiantes de posgrado, viaja con Liz a México y Suecia a ver a sus hijos Tadeo y Úrsula. “Cuando vienen de visita”, indica Úrsula, “además del turismo, hacemos vida de familia. He visto en ellos algo que había olvidado: su infinita capacidad de seguir maravillándose. Y yo he aprendido también a disfrutar y sorprenderme de las cosas más simples; a tener el ojo atento para no perder la vista, la perspectiva de lo bonito que es el lugar en el que estoy”. Y agrega: “De mi papá he aprendido la importancia de la solidaridad, la trascendencia de la libertad y la inmensa belleza del mundo en que vivimos junto con otros animales. También, el valor de la familia, la importancia que tienen las palabras, la constancia y el tiempo. Mi papá es uno de los seres más maravillosos de su época”.

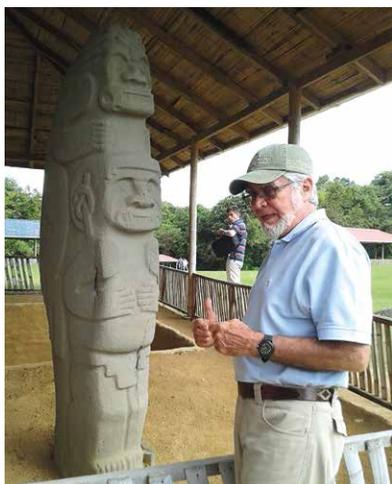
Sobre su trabajo en el Museo agrega Martínez Garnica que “...después de tantos años de ser tolimense por adopción, de orientar en este mundo a sus hijos tolimenses y a muchas generaciones de estudiantes, el profesor Velandia es un patrimonio inmaterial de la Universidad del Tolima”.



Museo del Parque de San Agustín. Fuente: Archivo personal de César Velandia.



Estudiantes y compañeros del grupo Grapa. Guamo, Tolima.
Fuente: Archivo personal de César Velandia.



Alto de los Ídolos, San Agustín.
Fuente: Archivo personal de César Velandia.



César en su biblioteca-estudio.
Fuente: Archivo personal de César Velandia.

Agradecimientos

Gracias a César, con quien pasamos muchas horas conversando, frente a frente o por Zoom, sobre sus miles de historias de vida. Gracias a Liz y a los tres hijos Velandia Silva. A los alumnos de César, el historiador Armando Martínez Garnica, el pintor tolimense Armando Martínez Berrío, el antropólogo Daniel Ramírez, la profesora Ángela Prada, directora de la Especialización en Pedagogía y el profesor Jhony Carvajal, investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y Curador del Museo Antropológico de la Universidad del Tolima.

Los libros reseñados y artículos publicados en diversas revistas especializadas, están disponibles en https://www.researchgate.net/profile/Cesar_Augusto_Velandia_Jagua2

Guía complementaria

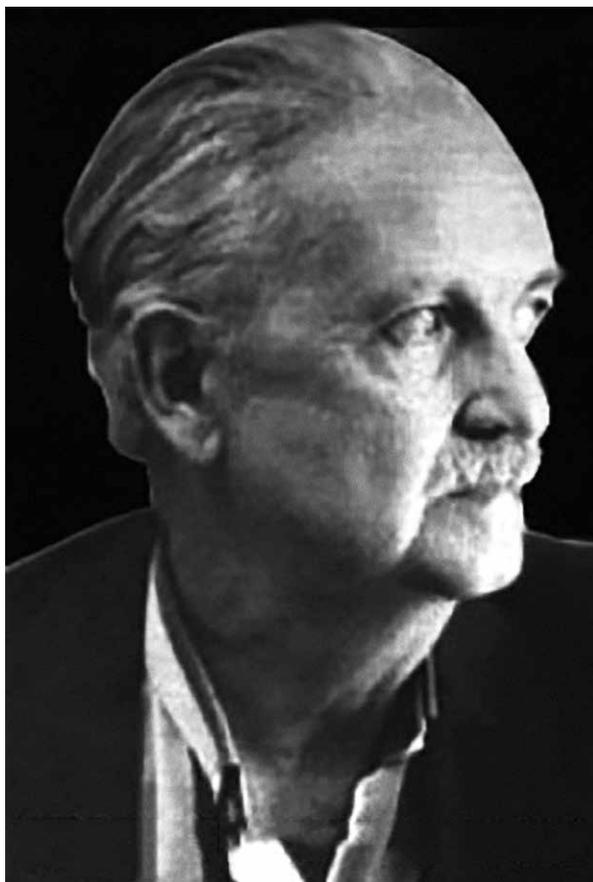
Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Recuerda el profesor Velandia que su padre participó en la guerra que sostuvo Colombia contra el Perú. Consulte brevemente las causas que desencadenaron este conflicto.
2. Según narra el profesor Velandia, su madre y su abuela dedicaban algunos momentos del día para una de sus mayores aficiones, la radio. Investigue ¿cuándo llegó y cómo contribuyó la radio al desarrollo de nuestro país?
3. La infancia del profesor Velandia estuvo llena de experiencias que lo acercaron a la ciencia. Por favor haga un listado de aquellos momentos que permitieron que se fuera desarrollando su espíritu científico. En su opinión ¿cómo se puede contribuir a desarrollar el amor por la ciencia y el conocimiento en los niños?
4. Según el maestro Velandia, la experiencia de encontrar libros censurados en el armario de su tía Esther lo marcó profundamente; eran textos que, entre otros, hacían parte del “Índice de la inquisición”. Consulte ¿qué fue la Santa Inquisición? ¿Cuándo se introdujo en nuestro país y cuándo dejó de existir?
5. Al describir su paso por la universidad, el profesor Velandia hace énfasis en que sus profesores tuvieron “la capacidad de interesarlos con aprendizajes que tuvieran sentido para ellos” ¿Qué significa esta afirmación? De acuerdo con su criterio ¿qué significa ser un buen profesor? ¿Quiénes considera que han sido sus mejores profesores y por qué?
6. La pasión de la vida del profesor Velandia fue, entre otras cosas, la Antropología. Investigue qué estudia esta ciencia y por qué es importante para la comprensión de ser humano. Investigue acerca del Museo Antropológico de la Universidad del Tolima. Si es posible, y con el aval de los profesores y padres de familia, planeen una visita a este lugar.
7. Los aportes del profesor Velandia en el campo de la Arqueología han sido muy importantes. Sus estudios han permitido ampliar el conocimiento que existía sobre la milenaria Cultura Agustiniense. Por favor investigue ¿Qué fue la cultura de San Agustín? ¿Por qué se le reconoce como uno de los lugares arqueológicos más importantes de Colombia? ¿Qué plantea el profesor Velandia acerca de esta maravillosa cultura?

Adriano Tribín Piedrahíta

Fundador del Festival Nacional
del Folclor de Ibagué

José Afranio Ortiz Bernal



Adriano Tribín Piedrahíta. Fuente: Trazón fotografía

Título: Adriano Tribín Piedrahíta

Autor: José Afranio Ortiz Bernal

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/705>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



Como “una gran aventura del corazón” es la frase célebre que pronunció el gran organizador del Festival Nacional del Folclor de Ibagué, Adriano Tribín Piedrahíta, para describir la fundación y realización de este famoso evento en su ciudad natal, la cual amó y a la que le sirvió de manera incondicional hasta el final de su vida. Para él, su tierra tolimense, en la cual creía profundamente, “está constituida de un barro humano moldeable para las mejores aventuras del corazón y de la inteligencia”.

Así pensaba y se expresaba este prestigioso dirigente cívico, deportivo, periodista, escritor, parlamentario y dos veces alcalde de Ibagué, quien durante su fecunda existencia, planificó, organizó, ejecutó y dio vida a innumerables actividades y proyectos, entre los cuales se destaca el Festival Nacional del Folclor de Ibagué, la construcción de la avenida Quinta y del Parque Centenario de la ciudad.

Adriano Tribín Piedrahita nació el 12 de abril de 1919 en Ibagué y sus padres fueron Adriano Tribín Murcia y Ester Piedrahíta Lozano. El 11 de diciembre de 1943, contrajo matrimonio con Cecilia París Chiappe y tuvieron cinco hijos: Patricia, Adriano, Daniel Enrique, Mauricio José y Lina María. Su abuelo fue el general Tribín, primer secretario de Hacienda del Tolima, cargo creado en 1885 por el general Manuel Casabianca, cuando era el gobernador civil y militar del Estado Soberano del Tolima.

El hombre público y líder cívico

En 1950 fue elegido como alcalde de Ibagué y en su administración comenzó la ampliación y construcción de la avenida Quinta y de igual manera se realizó la construcción del parque Centenario de la ciudad para conmemorar los 400 años de la fundación de Ibagué. Durante dos periodos fue alcalde de Ibagué. También, en dos ocasiones fue representante a la Cámara por el Tolima y en una de ellas, en 1968, secretario de la Cámara de Representantes de Colombia en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo. Además, ejerció funciones administrativas como secretario de Gobierno y de Hacienda del Tolima y se desempeñó durante varios

periodos como concejal de Ibagué. Por último, cumplió una tarea meritoria al frente de la gerencia del Ferrocarril de Ambalema.

Es importante destacar su labor en el deporte y como presidente de la Liga de Fútbol del Tolima cuando organizó en 1964 en Ibagué el Campeonato Nacional, torneo en el que resultó ganadora la Selección Tolima. Más tarde, en 1968, se desempeñó en la Secretaría Ejecutiva de la Federación Colombiana de Fútbol, cuando el equipo del Tolima ganó en Girardot el torneo nacional. A comienzos de los años ochenta, como gerente del equipo de futbol del Deportes Tolima; intentó, sin lograrlo, que Ibagué fuera sede permanente de la Selección Colombia y luego fue presidente de la División Mayor del Fútbol Colombiano.

Como líder cívico, relata su hija Patricia Tribín en una entrevista que le concedió al autor de esta crónica, “Quiso a Ibagué como nadie lo hizo y participaba de todos los actos que se organizaban en la ciudad, que fueron muchos en su época y todos le salían bien porque le ponía su gran corazón a todo lo que él emprendía”. Más adelante, agrega, “en cuanto al deporte adoraba a su equipo Deportes Tolima y decía que era el mejor equipo del mundo”.

En 1985, con otros tolimenses interesados en crear un futuro promisorio de la ciudad, fundó la Corporación Ibagué Siglo XXI, invitando a las gentes a pensar en la proximidad del nuevo siglo y a prepararse para ello de manera adecuada. No existió en la ciudad, ni el Departamento durante la vida de Tribín, una campaña cívica a la que él no se sumara con el entusiasmo y desprendimiento de quien amaba de manera entrañable a su tierra natal y a su región. Tribín, de filiación conservadora, fue también un importante activista de esta colectividad política nacional.

El periodista, el hombre de la cultura y de la familia

Periodista de distintos medios nacionales y regionales, Adriano Tribín fue editorialista y columnista, entre otros, de El Siglo, La República, El País de Cali, El Diario de la Frontera de Cúcuta, El Frente de Bucaramanga

y de los periódicos ibaguereños, Tribuna, El Cronista y El Derecho, este último estuvo bajo su dirección hasta finales de la década del 80. Años atrás, había fundado los semanarios políticos Adelante y Unidad, entre 1937 y 1941. En 1954 dirigió el diario conservador La Época y fue codirector del semanario El Norte. En Bogotá fue director del rotativo La Nación, del semanario Transformación y del diario deportivo Ovaciones.

Su vocación por el periodismo la tuvo desde su niñez y juventud cuando en la escuela San Luis Gonzaga de Ibagué fundó y dirigió el periódico ABC, en el Colegio San Simón la revista Renovación y luego fue colaborador y columnista de la revista del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá, donde terminó sus estudios. Por toda esta gran actividad periodística, en 1989 recibió el Premio Tolimense de Periodismo, el cual se le otorgó por su vida dedicada a esta profesión y su entrega al servicio cívico.

En el mundo de la cultura, como lo describe la obra *Protagonistas del Tolima Siglo xx*, editada en 1995 por Pijao Editores, Bogotá, con la colaboración de Carlos Orlando Pardo: “Transitaba por los clásicos de la literatura con pleno dominio, así como se desenvolvía ágilmente en la hacienda pública, privada o en el derecho internacional. Sabía de memoria centenares de versos y fue multifacético por antonomasia. Su éxito brilla en las tertulias del café Automático en Bogotá con Juan y Carlos Lozano y Lozano, León de Greiff y Camacho Ramírez, los Villar Borda, Álvaro Salom Becerra, Gerardo Valencia, Eduardo Carranza y Hernando Téllez”.

Según nos cuenta su hija Patricia Tribín: “Le fascinaban los poemas del chileno Pablo Neruda y en particular del colombiano Eduardo Carranza”. En cuanto a la música, una de sus grandes pasiones junto al folclor colombiano, expresa que “para él, en la música colombiana no había nadie mejor que la interpretara que el dueto musical Silva y Villalba. Y de ellos, su canción preferida es la conocida como ‘El Barcino’. También le encantaba el tango y lo bailaba muy bien. Su tango preferido fue ‘Volver’”.



Patricia Tobar Tribín y José Gabriel Tobar Tribín, nietos de Adriano Tribín Piedrahíta. Foto de Patricia Tribín.

En su vida familiar, Adriano Tribín fue un hombre dedicado a su hogar, a su esposa y a sus hijos, con los que compartía con alegría y mucho amor todos los aspectos de la vida. “Recuerdo su sonrisa, era una caja de música. Contaba muchos chistes pero si eran subidos de tono nos decía a mi mamá y a mí que nos retiráramos. En la casa nuestra no se oyó nunca una vulgaridad”, explica Patricia, y agrega: “Como ser humano se quitaba el pan para dárselo al que más lo necesitara. Era muy generoso, yo diría extremadamente generoso. A nosotros nos enseñó la honestidad a prueba de todo y su amor al trabajo porque fue un trabajador incansable. Con nosotros, sus hijos, fue muy estricto pero muy cariñoso a la vez. Conmigo fue algo especial y por eso me ha hecho tanta falta. Para mí es alguien irremplazable. Todos sus hijos lo quisimos y lo llevamos en la mitad del alma y allá en el cielo donde está, nos debe estar abriendo el camino para reencontrarnos. Personalmente he procurado transmitirles a mis hijos todos los ejemplos que él me dio y creo haberlo logrado”.

Néstor Hernando Parra, concejal y presidente del Cabildo ibagueño en 1959, más tarde Gobernador del Tolima, diplomático, educador y ensayista, amigo entrañable de Adriano Tribín Piedrahíta, quien colaboró a la cristalización del primer Festival Nacional del Folclor, en una entrevista que nos concedió, expresó: “Adriano fue un leal y noble amigo mío, de quien recibí inmensos favores y ayudas, incluso sin yo pedirlos. Era un líder nato, poseedor de gran empatía que aprovechó para sumar fuerzas cívicas y también políticas”.

Otra de las personas más cercanas a Adriano Tribín, fue la primera reina del primer Festival Folclórico, Betty García Ramírez, quien se vinculó rápidamente a la Junta Municipal de Turismo, entidad encargada de la realización del evento y nos expresó en una entrevista que: “Adriano era un hombre de mucha inteligencia, dinamismo y capacidad de trabajo. Es casi imposible describir su manera de trabajar, era muy activo y un profesional integro. Con él, cuando fui su secretaria, aprendí el amor al trabajo y el ser responsable en todos los actos de mi vida”.

Y luego agrega: “Adriano era un amigo incondicional y un amoroso de su familia, un padre ejemplar que conformó su hogar con Cecilia París y sus hijos Patricia, Adriano, Daniel Enrique, Mauricio y Lina María. Son tantos los aportes que hizo a la ciudad a través de sus obras, que son largos de enumerar. Él fue un gran visionario que vio siempre a Ibagué como la ciudad más hermosa y la mejor para pasar toda la vida en ella. Pero creo que hay algo que quedó grabado para siempre y para la historia, y es el haber organizado y realizado el Festival Folclórico Colombiano y convertirlo en el evento más tradicional de Colombia”.

El hombre de la paz y el organizador del Festival Nacional del Folclor

El primer Festival Folclórico Colombiano se realizó en Ibagué del 23 al 29 de junio de 1959 y se creó bajo la dirección y esfuerzo personal e intelectual de Adriano Tribín. La historia de este Festival nacido en Ibagué y famoso en el ámbito nacional por su representación del folclor colombiano, se

remonta años atrás, cuando por iniciativa del edil y más tarde concejal, Enrique Silva Cabrera, se dictó un acuerdo por el Concejo de Ibagué, en el que se ordenaba la realización de un festival folclórico de carácter eminentemente doméstico.

Como escribiría el mismo Tribín, en su artículo “Cómo nació el Festival Folclórico Colombiano” (*Ibagué, ayer, hoy y mañana*, página 307), citado y publicado por el autor de quien escribe esta crónica, en el libro: *La Música: Identidad y espíritu de Ibagué* en el año 2000, Ediciones Astrolabio, y luego, en su segunda edición en el 2010, con el nombre de *Ibagué Capital Musical de Colombia*: “Se trataba de estimular en Ibagué y en sus veredas nuestro versátil y característico amor por los valores tradicionales y autóctonos y nuestra inagotable vena vernácula, llena de música, de misterio y de colorido”.

La idea cobró cuerpo en 1958, cuando algunos concejales, encabezados por Néstor Hernando Parra, tomaron la iniciativa de que se diera cumplimiento a lo dispuesto por el Cabildo, llevando a cabo la ejecución del Primer Festival Nacional Folclórico de Ibagué. El alcalde de la ciudad en este año memorable de 1959 era Roberto Parra Bernal. Para su planeación, organización y realización se nombró a Adriano Tribín por su dinamismo y capacidad cultural para dirigir un evento de esta naturaleza. Dicha realización del Festival se planteaba en un momento clave e importante, como era el fin de la guerra civil nacional conocida como La Violencia y el inicio de un nuevo período político en el país: el Frente Nacional o pacto político entre los dos partidos tradicionales para repartirse el poder cada cuatro años por espacio de 16 años.

Veamos cual fue la opinión y el punto de vista de Néstor Hernando Parra, concejal y presidente del Cabildo ibaguereño de aquella época: “De forma merecida Adriano Tribín fue el ejecutor del Primer Festival Folclórico Nacional cuando se reconciliaron antiguos amigos, incluso familiares que por razones de La Violencia (1948-1958) se habían distanciado y ni siquiera se saludaban. Hubo escenas imborrables de llanto y alegría”.

Es importante recordar que el Tolima había sido el epicentro de esta sangrienta guerra civil que devastó el país durante diez años dejando miles de muertos, postrada su economía y su imagen desgastada. El Tolima, como se sabe, cargó con buena parte de los muertos y, sobre todo, con la mala fama creada en el contexto nacional e internacional por los crímenes abominables cometidos durante esta guerra. El Tolima, como bien lo expresara Tribín, en el mencionado artículo “Cómo nació el Festival Folclórico Colombiano”, *Ibagué, Ayer, hoy y mañana*, Instituto Municipal de Cultura, Ibagué, 1990, página 307:

“Había soportado una de las más crueles y absurdas formas de violencia política, su sociedad estaba resentida, fracturada. Los odios llegaron, inclusive, a afectar las relaciones familiares. En la prensa nacional y en todos los medios de información extranjeros se hacía aparecer al pueblo del Tolima como una caterva de facinerosos y asesinos. Jamás se vio más escarnecida y deteriorada nuestra imagen, ni afectada más hondamente nuestra propia identidad social y cultural. Por lo tanto, realizar un evento cultural de esta naturaleza era no solamente estratégico para el Tolima en el contexto nacional, sino necesario para mejorar su imagen y calmar, sobre todo, las pasiones, los odios y olvidar los malos recuerdos de la guerra”.

Es así que a finales de 1958, Adriano Tribín presentó al Gobierno Municipal y Departamental su propuesta de realizar un Festival no solamente local, sino de alto nivel cultural de carácter nacional. Tribín propuso por esto un Festival, como él decía, “que no fuera pasajero y modesto episodio de entrecasa para convertirse en un evento de honda raigambre nacional, con una connotación especial de nuestra idiosincrasia y de nuestro espíritu libertario, altivo y generoso, jamás vinculado a un crimen atroz”. La propuesta de Tribín despertó en muchos una dura oposición encabezada por el mismo gobernador, quien temía que tal festival pudiera causarle daño a su administración.

En la universidad, en los colegios, en el Conservatorio, en el Concejo y hasta en la plaza pública, Tribín dio el debate sobre la viabilidad de tal

evento cultural, convocando luego con sus amigos y simpatizantes a un Cabildo Abierto, para que fuera el pueblo el que dijera la última palabra. Sobre estos hechos, Néstor Hernando Parra nos describe el contexto de la situación:

“Ante la negativa del gobernador Parga Cortés de autorizar el evento por temor a que la violencia fuera mayor a la que se venía padeciendo entre las mismas familias por razones de la *camiseta política* que lucía cada quien, decidimos convocar un Cabildo Abierto que La Voz del Tolima retransmitió en directo con lo cual la afluencia de personas a la Plaza de Bolívar y la *exaltación* de los oradores hacía impredecible la situación. Inesperadamente, en la noche del domingo, en pleno debate, recibí una llamada del presidente Lleras Camargo —amigo personal con quien había compartido experiencias políticas puntuales—, para invitarme, junto con una Comisión de concejales, a discutir el tema en su despacho el martes a las diez de la mañana, a cambio de que se levantara de inmediato el Cabildo Abierto. A lo que en efecto procedí. Ya en Palacio, expusimos nuestras razones y dimos respuesta a sus inquietudes. Fue entonces, cuando después de hablar con el gobernador Parga Cortés, nos comunicó la autorización para celebrar el Festival”.

Pero dejemos que el mismo Tribín, protagonista de estos acontecimientos, nos narre en su mencionado artículo con detalle toda la problemática que este evento generó y su trascendencia, hasta el punto que tuvo que ser dirimido finalmente en el Palacio Presidencial en Bogotá por el propio presidente de la República:

“El pueblo se tomó las calles y las plazas y llenó la de Bolívar hasta las banderas. Había orquestas, tríos, duetos, estudiantinas, tunas, etc. Y, por sobre todo, un pueblo aplastado por la tragedia de una violencia, buscando una válvula de escape a sus duelos y quebrantos. A la Plaza de Bolívar no le cabía un tinto y una multitud empezaba a llenar la carrera Tercera, en apoyo a los congregados en la Plaza Mayor. Mientras tanto en el Concejo se libraba candente debate entre dos sectores, encabezado

uno por el profesor Ismael Santofimio y el otro por el doctor Eduardo de León. En la calle, la música poblaba el aire y cada vez más la multitud se arremolinaba en ella, en medio de un espectáculo de dignidad y alegría. Ya se presentía que la oposición estaba derrotada.

Eran las diez de la noche cuando terminó en el Salón del Concejo el Cabildo Abierto y las gentes empezaron a desfilar por la carrera Tercera hasta el Hotel San Jorge, residencia del gobernador Parga Cortés, quien aceptó recibir una comisión para dialogar sobre el asunto. Integrada la comisión, expresé nuevamente mis puntos de vista y expliqué por qué el pueblo llenaba las calles. Hasta las 4 de la madrugada duró el diálogo, donde cada vez era más comprensiva y blanda la posición del gobernador. Mi posición era firme y resuelta: la lucha emprendida no era producto de nada pequeño, ruin o mezquino. Se trataba de sacar de entre una charca de sangre la cara linda del Tolima, corriendo el riesgo, eso sí, de que odios y resentimientos recónditos pudieran aprovechar la oportunidad para desbordarse y terminar en una nueva violencia. Yo era consciente de ello y por tal razón mi actitud hacia la posición del gobernador fue siempre comprensiva y realista. Como responsable de la guarda del orden público, Parga tenía razón. Mis argumentos eran, desde luego, audaces y atrevidos.

Todo lo anterior permitió que finalmente el gobernador acordara como fórmula llevar el asunto ante el Presidente Lleras Camargo. Y prometió solicitar audiencia, la cual fue concedida para el martes siguiente. Mi plan necesitaba contar con un aliado de alta significación y fue así como llamé telefónicamente al expresidente Darío Echandía, quien prometió recibirme al día siguiente. Viajé a Bogotá y dialogué ampliamente con el maestro, quien se mostró partidario entusiasta del proyecto. ‘Yo hablo con el Presidente’, me dijo. ‘Cuando ustedes vengán el martes el primer mandatario estará ampliamente informado por mí no solamente del problema planteado, sino de mi franco respaldo a la iniciativa, tal como usted la ha concebido’. Me guardé este secreto bien guardado.

El 14 de febrero se realizó la entrevista con el señor presidente. Cómo no recordar aquí con gratitud la presencia de Aída Saavedra de García, Amina Melendro de Pulecio, Leonor Buenaventura de Valencia, que decoraron con su presencia la comisión y respaldaron la iniciativa con fervor ante el señor presidente. El doctor Alberto Lleras Camargo nos recibió gentilmente y escuchó las diversas opiniones. Finalmente, el gobernador Rafael Parga Cortés expuso sus razones y yo las mías. Todo dentro de un ambiente cordial, donde resplandeció, a pesar de las hondas diferencias, nuestra voluntad de acierto.

Lleras Camargo, en un momento dado, dirigiéndose a mí preguntó: ‘¿Cuántos policías adicionales necesitan para las festividades?’ Yo le contesté: ‘Ninguno, señor presidente. El pueblo ibaguereño se encargará de cuidar su fiesta y exaltar los motivos que nos llevan a correr, con todos sus riesgos, esta aventura del corazón.’ El presidente Lleras sonrió y dijo: ‘No hay duda de que a los tolimenses no se les puede negar la celebración de su San Juan y su San Pedro. Usted, gobernador, tomará las decisiones de rigor y vamos a realizar el Festival como lo quieren sus organizadores.’ La suerte estaba echada. Había ganado el pueblo del Tolima”.

De esta manera nacería el Festival Folclórico Colombiano de Ibagué, que sigue siendo la actividad cultural permanente más antigua y representativa hasta hoy del Departamento y de su capital en materia de música y de folclor. Néstor Hernando Parra cuenta: “De esos días cabe recordar la célebre frase de Adriano: ‘Tenemos la obligación de mostrarles a nuestros hijos no solo a los bandoleros de fusil, sino a los bandoleros de bandola.’ Durante la celebración, viví escenas de auténtica y alegre reconciliación de amigos y familiares que habían dejado de saludarse por el simple hecho de pertenecer a partidos políticos históricos distintos”.



Candidatas del reinado del Primer Festival Nacional Folclórico de Ibagué (1959).



Desfile de carrozas del Primer Festival Nacional Folclórico de Ibagué (1959).

Fotos: Betty García

Una de las anécdotas importantes y desconocida de esta situación política partidista, la narra en nuestra entrevista su hija Patricia Tribín: “Recuerdo durante el Primer Festival Folclórico que mi padre iba conmigo de la mano por la carrera Tercera y justo pasábamos por el café Grano de Oro y alguien se vino a saludarlo y era nada menos que el capitán Desquite. Yo me quedé helada y Desquite le dijo: Don Adriano tómese un aguardiente conmigo. Y mi papá se lo recibió ahí en la calle. Nosotros, enseguida nos fuimos rapidito”.

El Segundo Festival sería un éxito por la participación de grupos musicales de todo el país y en particular por la presencia de grupos indígenas venidos de varias regiones del territorio nacional. El Tercer Festival Folclórico Nacional de Ibagué es ya un acontecimiento en Colombia y a Ibagué se le comenzará a llamar *Ciudad Musical de Colombia*, desenterrando la vieja denominación que el conde francés De Gabriac le dio a

la ciudad aquella noche del 25 de agosto de 1886, al pasar por una de sus calles en el barrio La Pola y escuchar una música rara que le llamó la atención en una de sus casas grandes con solar. Este Tercer Festival se inició con la participación de reinas de belleza de varios departamentos, grupos musicales de todo el país y más de 200 000 turistas.

Al finalizar el siglo xx, 14 festivales no se efectuaron. Se había comenzado con el primero en 1959 y se llegaba al año 1999 con la realización solo de 27. Al iniciar este nuevo siglo, ya se han cumplido 20 más de manera ininterrumpida, pero hoy, en el año 2020, cuando terminamos de escribir esta crónica, el Festival vuelve y se interrumpe y esta vez por fuerza mayor, la razón es la pandemia de la COVID-19.

En este contexto y con actividades folclóricas e imágenes virtuales, el pueblo ibaguereño y tolimense tuvo que conformarse. La Corporación Festival Folclórico Colombiano y la Secretaría de Cultura de Ibagué en una novedosa versión del certamen a través de plataformas digitales, lo celebró de esta manera para poder darle continuidad y promoverlo en el ámbito nacional e internacional.

Es así que para el día 28 de junio de 2020 se realizó el Primer Encuentro Virtual Nacional del Folclor y para el día siguiente, 29 de junio, el Primer Encuentro Internacional, en el que la comunidad en general pudo unirse a través del Facebook de la entidad organizadora, para apreciar la programación con las expresiones artísticas y culturales de diferentes



Adriano Tribín Piedrahíta, Betty García y Edgar Londoño, en el Sexto Festival Folclórico Colombiano, Ibagué (1964).
Archivo personal de Betty García.

regiones de Colombia y países que habitualmente participan en el evento. A pesar de esta gran limitación, fue una gran proeza, en materia de música y folclor colombiano que reafirmaba una vez más a Ibagué como ciudad cultural y *Ciudad Musical de Colombia*.

Significado y trascendencia del Festival

Veamos brevemente el verdadero significado y trascendencia de este festival, legado cultural indiscutible de Adriano Tribín Piedrahíta, que siempre se menciona de manera superficial, para profundizar en su dimensión social y cultural desde el punto de vista sociológico y antropológico. Si nos remontamos a la historia de su fundación, ya descrita, podemos analizar que 1959 es un año crucial, el del fin del periodo de La Violencia o guerra civil (1948-1958) que vivió Colombia y que se inicia con el gobierno del Frente Nacional. Es importante destacar que desde 1958, Tribín dirigió la famosa Alianza de la Paz, organización que pactó con los partidos y el Gobierno la pacificación de las regiones del país.

Las heridas dejadas por este conflicto bélico partidista en el alma del pueblo todavía, para esta época, no habían sanado y los odios y resentimientos continuaban, a pesar de haberse producido la reconciliación política de las clases dirigentes que gobernaban el país. La huella dejada por esta guerra civil, que dejó más de 300 000 muertos, es profunda y es aquí que la idea y la cristalización de un festival de carácter nacional, se erige no solamente como un evento folclórico, sino como un *gran acto de paz y reconciliación*, justamente en el departamento donde hubo más muertos y violencia en el país: el Tolima.

Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que este evento folclórico de carácter nacional es el primer hecho de paz y reconciliación social en Colombia después de la sangrienta violencia partidista y esto bien lo concibió y visionó Tribín, como se mencionó con anterioridad, cuando decía y proponía que había que crear un Festival, “que no fuera pasajero y modesto episodio de entrecasa para convertirse en un evento

de honda raigambre nacional, con una connotación especial de nuestra idiosincrasia y de nuestro espíritu libertario, altivo y generoso, jamás vinculado a un crimen atroz”.

Hoy, desde este punto de vista, el Festival Nacional del Folclor de Ibagué no puede verse solamente como Patrimonio Cultural y Artístico de la Nación, declarado en el año 2005 por el Ministerio de Cultura de Colombia (Ley 958 del 21 de junio de 2005), sino como un Patrimonio de Paz y Reconciliación de los colombianos. Este Festival, actualmente, por la falta de gestión y negligencia de las diferentes administraciones municipales y departamentales, aún no se encuentra en la lista del Patrimonio Inmaterial de la Humanidad que otorga la Unesco, en la cual ya se encuentran varias manifestaciones como el Carnaval de Barranquilla, El Carnaval de Negros y Blancos de Pasto y el Festival de Música Vallenata de Valledupar, entre otros, de los 12 ya otorgados por la Unesco al país. Situación similar en la que se encuentra Ibagué como Capital Musical de Colombia con sus ritmos andinos, su Conservatorio de Música, sus festivales musicales y el espíritu melómano que caracteriza a sus habitantes, para hacer de ella parte de la Red de Ciudades Creativas de la Unesco en el área de la música en el ámbito internacional.

En resumen, consideramos que tenemos que dimensionar cultural y socialmente este importante festival del folclor; primero, como un verdadero patrimonio cultural y artístico de la nación y de la humanidad y segundo, como el primer evento patrimonio de paz y reconciliación en Colombia, que debemos continuar celebrando. Por eso pensamos que este se constituye en el *legado cultural* más importante que nos ha dejado Adriano Tribín Piedrahíta, para quien efectivamente este gran evento era una verdadera *aventura del corazón y de la inteligencia*.

Los homenajes a su memoria y los Folcloritos

En pleno Festival Nacional del Folclor, 31 años después de haberse creado, el viernes 22 de junio de 1990, a la edad de 71 años muere en Ibagué Adriano Tribín Piedrahita. En los salones del Concejo Municipal fue

realizada su velación y allí acudieron representantes de todos los sectores sociales, políticos y culturales de la ciudad y de la región para rendirle tributo y darles las condolencias a sus hijos y familiares. Los grupos musicales y folclóricos invadieron con sus cantos y melodías los recintos del Concejo en la Alcaldía y en medio de los discursos y pergaminos, despidieron emocionados al ilustre personaje que se había ganado ampliamente el amor de su pueblo por el que tanto luchó y se entregó de manera incondicional.

Al seguir el legado cultural de Adriano Tribín y en homenaje a su memoria, es importante destacar que desde hace más de veinte años, las fiestas de San Juan y San Pedro han desarrollado una celebración anticipada del Festival Nacional del Folclor, a través de los llamados *folcloritos* realizados por los niños y jóvenes de las instituciones educativas de Ibagué. Esta fiesta o celebración cultural denominada *Folclorito*, consiste en un festival típico, en el que cada colegio escoge un día para emular el gran Festival Folclórico Colombiano, que se celebra entre el 29 de junio y el 4 de julio. Es también el anticipo al San Juan, el 24 de junio.

Las instituciones salen a la calle, realizan sus desfiles por el barrio, preparan muestras gastronómicas y crean concursos en torno al saber folclórico de la región. Estos *folcloritos* son la manera más efectiva de seguir con la tradición del folclor tolimense colombiano para que niños y adolescentes



Busto de Adriano Tribín Piedrahíta
Escultura de Miguel Ángel Merchán
Ibagué, 22 de junio de 1995. Foto tomada de <https://ibaguemonumentos.wordpress.com/2013/09/02/9/>

empresan el camino de la tradición folclórica y cultural que ha caracterizado nuestra región. Para el año de 1995, el entonces gobernador y varias veces alcalde de Ibagué, Francisco Peñalosa Castro, en homenaje a Adriano Tribín, realizó un acto cultural y una ceremonia solemne para descubrir su busto a la entrada del edificio de la Gobernación, esculpido por el periodista y escultor Miguel Ángel Merchán. Años más tarde, la Alcaldía de Ibagué creará la *Orden Adriano Tribín Piedrahita*, con la cual se premia a la más auténtica delegación regional participante en el Festival Nacional del Folclor.



Familiares y amigos de Adriano Tribín Piedrahita, al lado del busto erigido en su memoria en la Gobernación del Tolima. Foto tomada de <https://www.facebook.com/festivalfolcloricocolombiano/posts/10153399815239441/>

Numerosos han sido los homenajes que el pueblo, instituciones, corporaciones, fundaciones y en general los gobiernos de Ibagué y el Tolima han realizado exaltando la figura y el legado cultural de Adriano Tribín Piedrahita, como el del espacio denominado Encuentro Departamental del Folclor, que lleva su nombre y que se inició en el año 2008, en la 36 versión del Festival.

Uno de los últimos homenajes fue promovido en 2018 por la Gobernación y Dirección de Cultura del Tolima, con un concierto de la Corporación

Banda Sinfónica del Tolima, dirigida por el maestro Reinaldo Murillo. El acto cultural se realizó a las 9 de la mañana del 26 de junio, como reconocimiento y admiración a quien durante muchos años entregó su vida y dedicación al Departamento y a su capital.

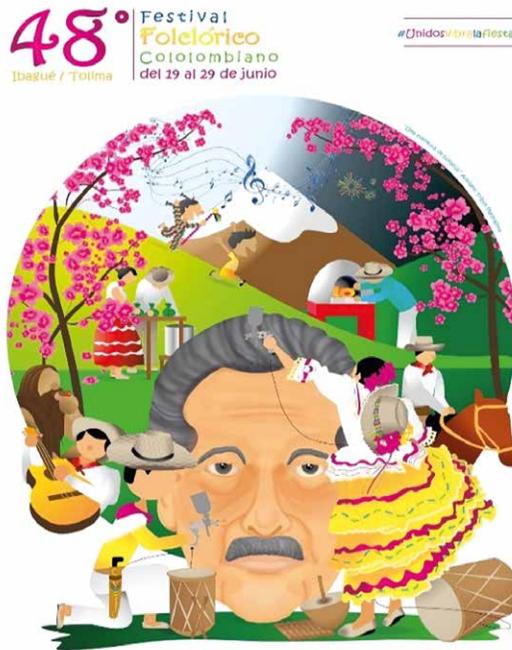


Banda Sinfónica del Tolima dirigida por el maestro Reinaldo Murillo. Atrio de la Gobernación del Tolima. Foto tomada del portal Alerta Tolima (2018).

En la actualidad, la Dirección de Cultura del Tolima y la Secretaría de Cultura de Ibagué, planeando el próximo festival para el año 2021, que será su 48 versión, lanzaron un concurso para el diseño del afiche promocional, saliendo ganadora Yaleny Astrid Serna Ospina, estudiante universitaria de diseño gráfico, quien tituló su propuesta de afiche: *Homenaje a Adriano Tribín, una aventura del corazón*.

Para terminar esta crónica sobre su vida, que a su vez se convierte en un sencillo homenaje a su memoria y a la historia de la ciudad y del Departamento, debemos decir junto con su hija Patricia que para Adriano Tribín Piedrahíta: “Fueron pocos los sueños que él no pudo realizar porque él vivía feliz de lo bien que le iba en todo; sin embargo, le entristecía mucho y lo decía repetidamente que la mayoría de los ibaguereños no teníamos sentido de pertenencia. Para él, Ibagué era la ciudad más linda del mundo”.

Este mensaje está dirigido a las nuevas generaciones de ibaguereños y tolimeses para que valoren y busquen su sentido de pertenencia construyendo su identidad cultural a través del folclor, de la música, de



Afiche promocional del Festival para el año 2021. Imagen tomada de <https://www.colombia.com/turismo/ferias-y-fiestas/festival-folclorico-de-ibague/>

la danza, de las artes plásticas, del teatro, del cine, de la gastronomía, de la artesanía y de todas las demás artes que nos hacen sentir orgullosos de nuestra tierra y de nuestros paisajes para poder seguir entonando con emoción nuestro himno regional, el *bunde tolimense*.

Guía complementaria

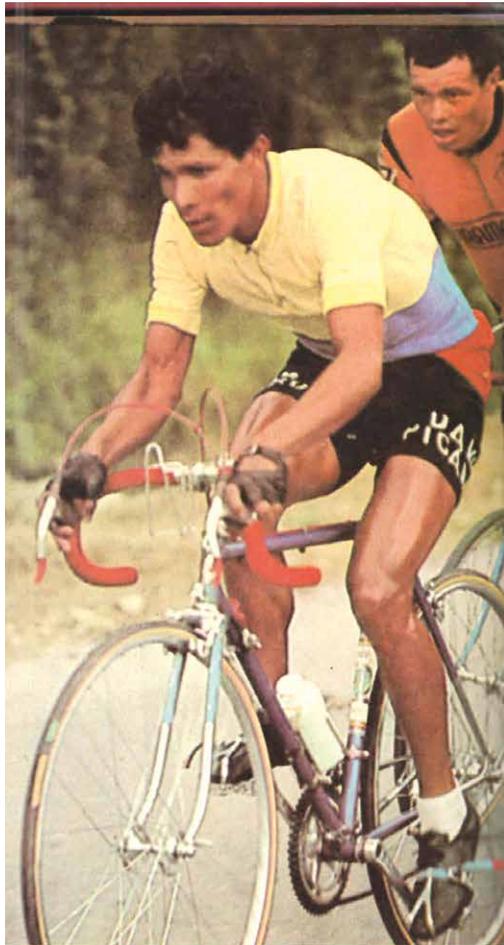
Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Mencione algunas de las principales obras que dejó para la ciudad de Ibagué y el departamento del Tolima, Adriano Tribín en su paso por la política.
2. ¿Cuáles fueron algunas de las contribuciones de Adriano Tribín como dirigente deportivo y cívico?
3. Adriano Tribín estuvo detrás de la creación del primer Festival Nacional Folclórico de Ibagué. Describa qué hechos de la historia contribuyeron a que se realizara este proyecto. Consulte cómo se vivió la época de La Violencia en el Tolima y en Ibagué.
4. ¿Por qué el tema del folclor es tan importante para la ciudad de Ibagué? ¿Por qué se conoce Ibagué como la Capital Musical de Colombia?
5. ¿Cómo se viven los folcloritos en su colegio? ¿Cómo se puede lograr que el amor por el folclor se siga transmitiendo en las nuevas generaciones?

Pedro J. Sánchez

“El león del Tolima”

Antonio Melo Salazar



Pedro José Sánchez. Fuente: Deporte Gráfico (1968).

Título: Pedro J. Sánchez

Autor: Antonio Melo Salazar

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/706>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



La evolución de las sociedades debe analizarse dentro del contexto histórico en el que se desarrollan, y es deber de quienes quieren plasmar los sucesos para las generaciones posteriores, efectuar las aproximaciones pertinentes para que se puedan valorar en toda su dimensión.

Había pasado la cruda violencia de mitad de siglo y la ciudadanía se aferraba a ciertos eventos y personalidades que los distraían de tales horrores, servían para reconstruir un tejido social destruido y proporcionaban íconos de los cuales la gente se sentía orgullosa, propiciaba una sana emulación entre las regiones y construía puentes que recuperaban la cohesión nacional perdida.

Habrán quienes proyecten otras visiones y se aferren a otros ejemplos; sin embargo, para el caso particular del Tolima había tres eventos de los cuales surgían nuevos héroes, para conformar la mitología popular: el Deportes Tolima, creado en 1954, el cual iniciaba una procelosa carrera dentro del fútbol profesional, que en un cuarto de siglo apenas se nutrió de un subcampeonato hasta cuando, a principios de los años ochenta, se lograron subcampeonatos y participaciones en torneos internacionales; tan solo en el 2003, el equipo tolimense se alzó con un campeonato al vencer al Deportivo Cali en la capital del Valle del Cauca; en el 2018, en el Torneo Apertura, venció al Atlético Nacional en Medellín y se alzó con su segunda estrella, y en el 2021 volvió a hacerlo, de nuevo en el Apertura, cuando derrotó a Millonarios en Bogotá para obtener la tercera estrella. Puede decirse que el entorno futbolístico es el único que mantiene el aura de reconocimiento y valoración colectivo.

El segundo evento fue el Reinado Nacional de Belleza, en el que la representante del Tolima solo ha obtenido el cetro en una ocasión, en 1965, con Edna Margarita Rudd Lucena. Este certamen ha perdido casi totalmente la importancia que un día tuvo y el significado que le acompañaba, al punto de que si el lector le pregunta a un buen número de personas de edades diferentes por el nombre de la actual reina del concurso, encontrará que nadie lo conoce y, mucho menos, el de la última candidata tolimense al evento. Si acaso queda en la memoria el nombre de quienes han ganado o figurado en un torneo internacional denominado Miss Universo.

Parecido camino tuvo el último de los certámenes mencionados en esta nota: la Vuelta a Colombia en Bicicleta. En sus orígenes era una disputa deportiva entre regiones, en la que generalmente las que se llevaban los triunfos eran Antioquia y Cundinamarca, hasta cuando los emblemas regionales fueron sustituidos por los de empresas patrocinadoras. En esa época, las ilusiones de los pedalistas colombianos estaban en ganar, algún día, la Vuelta al Táchira o la Vuelta de la Juventud en México. Conseguidas estas dos, los deportistas colombianos se han proyectado internacionalmente al extremo de que si no se ganan las vueltas a España, Italia y Francia, la afición lo considera un fracaso y, por supuesto, como ocurre con el Reinado de Belleza, nadie sabe el nombre del ganador de la Vuelta a Colombia o el de los últimos tolimenses que participaron en el evento.



Pedro J., con la camiseta de líder de la Vuelta a Colombia. Fuente: Deporte Gráfico (1968).

Por las anteriores razones hay que volver los ojos a mayo de 1968, cuando se disputó la XVIII Vuelta a Colombia y el ganador fue el tolimense Pedro José Sánchez Puentes. Cualquier tolimense con uso de razón, hace medio siglo, podrá contar qué significó ese triunfo para la región, sus habitantes y la enorme diáspora tolimense de entonces.

Su vida

Pedro J. nació el 8 de abril de 1940 en el municipio tolimense de Chaparral, en el hogar de un propietario de panadería de nombre Pedro José Sánchez, casado con Ramona Puentes. El gran campeón fue el segundo de 12 hermanos. La familia se mudó a Ibagué en 1947 y, dado el número de miembros, el pedalista desde muy joven colaboró con la economía hogareña que, como en Chaparral, se sustentaba en la panadería. Comenzó distribuyendo el producto entre la clientela, labor que combinaba con el estudio nocturno en el Colegio Tolimense.

Para 1957 ya había ingresado a Marconi, que era como se denominaba el Telecom de entonces, empresa que le permitió desarrollar diversas actividades y a la que estuvo vinculado en su época más gloriosa y, posteriormente, pensionarse. Antes de dedicarse al ciclismo, el pedalista se inclinó por el fisicoculturismo y las pesas. Tenía 16 años y quería ser Míster Universo y figurar en las páginas de revistas especializadas en el tema, como Muscle Power. No pasó mucho tiempo hasta que su hermano Hernando le regaló una bicicleta muy sencilla que reemplazó la de turismo, con la que participó en algunas pruebas y, posteriormente, Benjamín Varón le facilitó otra menos precaria hasta que pudo cambiar a la Philips por una más evolucionada, Peugeot.



Pedro J. Sánchez con su esposa Flor María y su hija Flor.
Fuente: Vea Deportes (1968).

En este punto, es preciso enfatizar que en esa época había ciertos negocios que con el tiempo han desaparecido. Uno de ellos, era el alquiler de revistas ilustradas o cuentos, como se les conocía, y los ávidos lectores acudían a los sitios y pasaban horas disfrutando de sus personajes favoritos a una fracción del valor de adquisición del ejemplar. El otro negocio era el alquiler de bicicletas. En sitios ubicados cerca de las pocas zonas pavimentadas existían locales especializados en arrendar bicicletas, por algunos centavos y por diversos lapsos, a bandadas de jóvenes que carecían de una propia; esos locales tenían, a más de las dedicadas al arriendo, toda suerte de adminículos necesarios para complementar las estructuras básicas y los anhelos de quienes ya tenían la ambición de conformar los equipos de pedalistas que alcanzarían fama nacional. Eran otros tiempos y nadie se imaginaba siquiera quedarse con la bicicleta y, mucho menos, engañar al que le prestaba tan maravilloso servicio. Basta imaginar qué sucedería ahora con un negocio similar: desaparecería en pocas horas, así como las bicicletas. Pues bien, alrededor de estos lugares de alquiler se agolpaban los que aspiraban a competir en las pruebas y a triunfar en las competencias regionales como antesala de las carreras nacionales y, especialmente, la Vuelta a Colombia. Y los propietarios de los negocios eran los iniciales patrocinadores de los futuros campeones. Pedro J. recuerda especialmente a Benjamín Varón, propietario de un conocido taller de bicicletas.

Los más destacados pedalistas tolimenses de esa primera época eran Walter Marín, Yezid Ochoa, Oscar Uribe y Carlos Roa, afiliados al Club Edgar, que contaban con el auspicio de Eduardo García.

Hay que decir que al padre de Pedro J. no le gustaba que su hijo participara en competencias deportivas, pues dadas las limitaciones económicas de su extensa familia, creía que eran distracciones que se conjuraban contra el precario equilibrio económico de su hogar. Sin embargo, la destreza del chaparraluno para el deporte de las bielas lo hizo destacarse desde muy temprano y su estilo atrajo la mirada de los conocedores. Compitió en la doble a Flandes y en diversas pruebas en Medellín, Pereira

y Cundinamarca, para triunfar en esta última. El pedalista le atribuye gran parte de su fortaleza al consumo de agua de panela con queso.

En la empresa de telecomunicaciones hacía turnos de siete de la mañana a una de la tarde, y desde las cuatro de la madrugada se entrenaba en la ruta a Melgar o el ascenso a La Línea. En ocasiones hacía la doble a Armenia con final en El Espinal, en el mismo día, que le dio un preciso conocimiento de ese trayecto.



Pedro J., en plena carretera. Fuente: Deporte Gráfico (1968).

Su desempeño hizo que quedara en la mira de Pedro Bernal, el entrenador de Cundinamarca; esto lo catapultó para participar en dos oportunidades en la Vuelta a Colombia. En 1962 padeció un grave accidente en el Alto de Letras, tras la ruptura del tubo delantero y en 1965 perdió la Vuelta por otro accidente.

El atleta tolimense ya sabía de su capacidad y se quejaba de la discriminación que le aplicaban los más famosos narradores de la época, como el costarricense Carlos Arturo Rueda, quien ni siquiera lo mencionaba en sus relatos. Al respecto, en una entrevista dijo: “¿Qué van a hacer cuando

yo vaya ganando?” Al advertirlo, el comentarista y expedalista argentino Julio Arrastía Bricca le aconsejó: “No peliés con la prensa”.

El corredor tolimense siempre percibió las limitaciones, que para sus aspiraciones provenían de un precario patrocinio, habida cuenta del costoso ensamblaje que significa la participación de un equipo en pruebas de largo alcance. Sin embargo, no olvida el respaldo que le brindaron las empresas locales, como Gaseosas Tolima, Café San Juan de “Chucho” Pinto y la propia Gobernación.

Por esos días, el equipo que lo acompañaba no era el mejor y de él hacían parte Josué López, José Israel Bossa y Alfredo Martínez. Para 1963 hizo parte del equipo Caprecom, en el que consiguió el séptimo lugar de la Vuelta; en 1964 alcanzó el quinto y en 1965 se retiró y pensó dejar el deporte.

A las concentraciones organizadas por la Liga del Tolima acudía haciendo uso de licencias no remuneradas.

Había cobrado fama de malgeniado; por ello, al ser citado a Bogotá a la Presidencia de Telecom, temió que fuera a ser despedido o sancionado por la organización. En la capital fue recibido por Francisco Lozano Valcárcel y Alberto Lozano Simonelli, quienes eran las cabezas de Telecom y Adpostal y, con sorna, le preguntaron que cuándo iba a ganar la Vuelta a Colombia. La respuesta de Pedro J. estuvo cargada de ironía: “Si me dan lo que le dan a ‘Cochise’ (el gran deportista antioqueño), yo me gano la Vuelta”.

A los pocos días llegó la respuesta: nombraron al experimentado Francisco Luis Otálvaro como técnico y le autorizaron a hacer una convocatoria para escoger el equipo. En 1967 la concentración tuvo lugar en una finca llamada San Rafael del Campo, en Fusagasugá: esto le significó su participación en la Vuelta a la Costa y su primer triunfo en un evento de varias etapas con especial diseño para “pasistas”, como se denomina a los expertos en terreno plano. Llamaron a 50 corredores y se practicaron ocho chequeos en trayectos entre 150 y 200 kilómetros. La prueba final tuvo una longitud de 250 kilómetros pasando por San Miguel,

Santandercito, Girardot, Chicoral y finalizando en Boquerón. Otálvaro se decidió por Fabio Acevedo, Luis E. Vélez, Duván Osorio y Pedro A. Galvis. En la puerta de la concentración aparecieron dos camionetas y dos motos nuevas, además de un buen surtido de bicicletas Peugeot.

Otálvaro, que había sido recomendado por René Rudd, el padre de Edna Margarita Rudd, en cuya hacienda El Reposo trabajaba el antioqueño, aplicó un sistema alemán que incluía gimnasio, trote y fútbol. Para la preparación en pruebas contra el reloj utilizaban un plato de 54 dientes y bielas de 72, y lo hacían en el trayecto de 50 kilómetros que bordeaban “La Nariz del Diablo” en Melgar.

Tras la intensa preparación, Pedro J. le manifestó a Otálvaro que quería ganar la Vuelta desde la primera etapa, pero el técnico antioqueño se opuso radicalmente. De hecho, a lo largo de la competencia no le permitió ganar la etapa contra reloj que terminó en Cartago, con el triunfo de Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, para evitar que los demás competidores se enfocaran en el tolimense como el adversario a vencer.

Jornadas de gloria

Al inicio de la Vuelta, los expertos apostaban por los antioqueños Javier “El Ñato” Suárez y Martín “Cochise” Rodríguez; otros se inclinaban por Álvaro Pachón, que venía de conquistar la Vuelta de la Juventud mexicana, y nadie descartaba a Gustavo Rincón, que llegó a acumular nueve jornadas en el liderato. Pero las condiciones estaban dadas y los astros



Pedro J. Sánchez, con la mira puesta.
Fuente: Deporte Gráfico (1968).

alineados: Telepostal tenía un gran equipo, con todos los elementos necesarios y los corredores en plena capacidad. El director técnico era experimentado y un reconocido pedalista, y el llamado “León del Tolima” estaba en plena forma; quería sacarse la espina por haber sido menospreciado en su capacidad y demostrar su valía.



Con su equipo Telepostal. Fuente: Álbum familiar de Pedro J. Sánchez.

Pedro J. protagonizó el recorrido Armenia-Ibagué innumerables veces y Otálvaro lo había conocido como pedalista y conductor de camión, por esto tenía conciencia de cada accidente del terreno.

El primer ataque lo realizó Gustavo Rincón a la salida de Armenia, lo cual llevó a Javier Suárez a reaccionar con Rincón a su rueda; Pedro J. le iba a replicar, pero Otálvaro lo contuvo. El esfuerzo de Rincón le pasó cuenta de cobro, pese a que Álvaro Pachón se quedó a acompañarlo el resto de la etapa, así que al terminar el certamen en Bogotá solo quedó en el quinto lugar. “Cochise”, quien había llegado mal preparado a la Vuelta, también sucumbió en la subida, así como el español Fulgencio Sánchez veía esfumarse sus opciones, pero Otálvaro continuaba conteniendo al tolimense.

Por La Línea la diferencia entre Suárez y Sánchez era de cerca de dos minutos y en el descenso se mantuvo la instrucción de Otálvaro de reservarse para más tarde. Al paso por Cajamarca, Pedro J. tuvo un desperfecto en su rueda trasera que fue subsanado en apenas ocho segundos. Al cruzar por Coello, Otálvaro dio vía libre a su pupilo y este salió como un ciclón hacia Ibagué, adonde llegó con tres minutos y 44 segundos sobre Suárez, por lo que la diferencia en la clasificación general subió a ocho minutos y doce segundos.

Fue “el día que tembló Ibagué”. Nunca antes y, sin duda, nunca después, hubo tanta gente y tan feliz en las calles de la capital del Tolima y casi se puede asegurar que el grito de victoria de los tolimenses en el Departamento y entre los miembros de la diáspora, que escuchaban la narración por la radio, se percibió en todos los rincones.



Llegada a Ibagué de la Vuelta a Colombia, mayo de 1968. Fuente: Vea Deportes.

Los registros fotográficos de la época lo corroboran y la última edición de la que fuera la mejor revista deportiva del país, Deporte Gráfico, dedicó su postrer número a la hazaña del “León del Tolima”.

En la meta estaba el gobernador Ariel Armel, la esposa de Pedro J., Flor María, y una multitud que rugía el nombre del nuevo campeón. Era como si el Tolima entero se liberara del peso de la Violencia y exorcizara el dolor padecido. Ese día Pedro J. quedó convertido en un ícono comparable al Bunde.

El paseo victorioso

El resto de la competencia fue de trámite. En Neiva ocuparon el primero y segundo lugares dos italianos, a siete minutos llegó el pelotón. Entre Neiva y Girardot ganó un español y para la etapa final, con llegada en Bogotá, hubo de todo: un perro en Fusagasugá se atravesó en la vía al futuro campeón, lo tumbó y le hizo perder la rueda, pero pronto, con el apoyo de su equipo, se recuperó. Al final, el triunfo en la etapa fue para su compañero Pedro A. Galvis, con nuevo récord. Telepostal quedó en el tercer lugar en la clasificación por equipos y Luis E. Vélez segundo en la clasificación de novatos. Por cierto, Pedro J. quedó cuarto en la clasificación de montaña.

La última etapa contó con el gobernador Armel en una moto, al lado de Pedro J. durante todo el recorrido. En Bogotá salieron un millón de personas a las calles (miles de ellas tolimenses) y en el estadio El Campín no cupo un alma más. La multitud, encabezada por el alcalde Virgilio Barco y la reina Yolanda Pulecio, se rendía ante el nuevo campeón. Pedro J., con el apoyo de su equipo y la guía del técnico Francisco Luis Otálvaro, había cumplido la promesa y honrado el reto hecho a los Lozano en Telepostal.

Del triunfo del tolimense y las razones de la victoria, basta con las opiniones de destacados personajes del deporte recogidas en las publicaciones de la época: “Creo que fue el corredor más regular de toda la carrera. Nunca hizo nada mal. Me impresionó porque es un ciclista



Con el equipo de Telepostal, a su llegada a Bogotá.
Fuente: Deporte Gráfico.

guapo. Tiene mucho coraje y además es muy inteligente”. Leandro Cocco, técnico del equipo italiano.



Pedro J., con Ariel Armel, Virgilio Barco y Yolanda Pulecio.
Fuente: Deporte Gráfico, mayo 22 de 1968.

“Valiente. Incansable. Luchador nato. Preparado para cualquier emergencia, siempre listo a entregarse sin desfallecer. Con estas cualidades sumadas a sus virtudes humanas se complementaría el ciclista ideal”. Revista Deporte Gráfico, mayo 28 de 1968.

“El triunfo de Sánchez es justo y merecido. No es obra de la casualidad o de la suerte, sino por el contrario de la dedicación, la buena preparación, la conducta deportiva y la buena organización de un equipo que supo respaldar a su líder con una dirección acertadísima”. Julio Arrastía Bricca, ciclista y comentarista argentino.

“En otros términos, el triunfo de Sánchez ha sido digna rúbrica de una vuelta con la que se empezó a escribir la historia superior del ciclismo de ruta en Colombia, por haber sido la más técnicamente disputada de todas las anteriores, como se observó desde cuando se dio la partida en Bogotá”. Revista Vea Deportes, mayo 22 de 1968.

Como siempre, tras el éxito vinieron las promesas —muchas de ellas incumplidas— de parte de gobernadores, alcaldes y concejales. De lo recaudado a su favor en la euforia del triunfo, nunca se supo con certeza. La casa ofrecida la pagó el nuevo campeón mes a mes, a través de un crédito de Telecom. Quien sí cumplió fue Armel, al conseguirle el monto con el que pagó el saldo para cancelar la deuda de su vivienda. El pedalista recuerda a otros que cumplieron las promesas, como Jesús María Pinto, el propietario de Café San Juan.

Participación internacional

Su calidad hizo que el pedalista tolimense integrara numerosos equipos, que por Colombia acudieron a certámenes internacionales. En México estuvo cuando Pachón triunfó en la Vuelta de la Juventud; participó en los Juegos Olímpicos de Tokio y México; hizo presencia en los Centroamericanos de Puerto Rico, donde fue campeón, así como en competencias en Brasil, Guatemala y Miami.



Pedro J. y su caballito de acero.
Fotógrafo: Helmer Parra (2019).

Su vida personal

De su matrimonio con Flor María Ramírez hubo cuatro hijos, todos profesionales: Pedro J., médico veterinario; Flor María, fonoaudióloga; Carlos A., mecánico dental y actor, y Nelson Alan, graduado en Mercadeo. Su vida y la de su esposa la alegran cuatro nietos: Mariana, Isabela, Pedro Sebastián y Santiago Nelson.

El gran campeón se retiró en 1972, pero aún compite en encuentros con las más destacadas glorias del ciclismo nacional que periódicamente se celebran dentro y fuera del país, como una reciente escenificada en Nueva York y patrocinada por el torero José Porras. No es extraño verlo en su “caballito de acero” para ir y volver en las mañanas a El Espinal, como ejemplo de entereza, voluntad y disciplina, las que han marcado su vida ejemplar.



El campeón y sus trofeos. Fotógrafo: Hélder Parra (2019).

Reconocimientos

La presente crónica se basa en los recuerdos personales de su gesta por el pedalista tolimese y son producto de las conversaciones que a lo largo de varios lustros han tenido lugar con el insigne chaparraluno y del acceso al archivo personal del deportista, así como los textos y fotografías de revistas especializadas de la época, como Deporte Gráfico y Ve a Deportes, ya desaparecidas, y a notas firmadas por los periodistas Carlos Armando Blanco Botero y Guillermo Álvarez Betancourt, que se publicaron en El Nuevo Día.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. ¿Cuáles han sido las funciones que han desempeñado los medios de comunicación frente a la promoción o desmérito de ciertos deportistas en Colombia?
2. ¿Qué otros eventos o héroes, además del Deportes Tolima, el Reinado Nacional de Belleza y la Vuelta a Colombia en Bicicleta han contribuido a la reconstrucción del tejido social del departamento del Tolima a través de la historia?
3. Además del consumo de agua de panela con queso, ¿qué otras circunstancias o acciones motivaron a que Pedro J. Sánchez fuera uno de los ciclistas más importantes del país?
4. “...Al padre de Pedro J. no le gustaba que su hijo participara en competencias deportivas, pues dadas las limitaciones económicas de su extensa familia, creía que eran distracciones que se conjuraban contra el precario equilibrio económico de su hogar”. De acuerdo con lo anterior, ¿cuáles son esas distracciones que en la actualidad inquietan a los padres en relación con sus hijos?
5. ¿Qué opina de la política colombiana dibujada en la crónica de Pedro J. Sánchez?

Cronistas

José Afranio Ortiz Bernal. Doctor Ph.D en Sociología y Antropología de la Universidad Paris VIII. Es especialista en Ciencias Sociales y consultor público y privado. En su vida profesional se ha desempeñado como investigador social, profesor universitario, escritor y editor en Colombia y Francia, donde residió por más de veinte años. Autor de varios libros y ensayos, entre los que se destacan: *Los quinientos años de América Latina* (1992), *Colombia: Guía Turística* (1997), *La guía práctica de la América Latina en Francia* (1998), *El mundo campesino en Colombia Siglo XX* (1999), *La Música: Identidad y espíritu de Ibagué* (2000) y *El Tolima en la Historia Nacional* (2006). Igualmente, ha sido director de Cultura del Tolima y en los últimos años se ha dedicado a la dirección y ejecución de proyectos sociales, a la investigación, a la elaboración de varios libros, aún inéditos, y a la realización de inventarios de patrimonio cultural material e inmaterial en varios municipios del Departamento, a través de la Corporación Tecnológica de Ciencia y Cultura (Cortec), de la cual es su director ejecutivo. afranioortiz@hotmail.com

Hernando Antonio Hernández Quintero. Doctor en Derecho, mención Summa cum laude, de la Universidad Externado de Colombia. Magíster en Derecho Penal y Criminología de la misma Universidad, donde actualmente es profesor de posgrado. Especialista en Legislación Financiera de la Universidad de los Andes. Especialista en Derecho Penal de la Universidad Externado de Colombia. Especialista en Derecho Penal de la Universidad de Salamanca (España). Especialista en Ciencia Política de la Universidad de Ibagué en convenio con la Universidad de Salamanca (España). Abogado de la Universidad Incca de Colombia. Fue gerente de la sucursal del Banco de la República en Ibagué. Es el decano de la

Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Ibagué, casa de estudios de la que actualmente es profesor titular, director del Grupo de Investigación Zoon Politikon y miembro de número de su Consejo de Fundadores. Ha sido concejal y alcalde (e) de Ibagué. Es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia en su Capítulo del Tolima y de la Academia de Historia del Tolima. Es profesor de Derecho Penal General y de Introducción al Derecho en la Universidad de Ibagué y de Delitos financieros en la Maestría de Derecho Penal de la Universidad Libre de Colombia en Bogotá y Cali y de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Es autor de varios libros y artículos en el tema de derecho penal económico y sobre la vida y obra de juristas tolimenses. hahernandezq@hotmail.com

Libardo Vargas Celemín. Ibaguereño, licenciado en Español e Inglés y especialista en la Enseñanza de la Literatura. Ganador y finalista de concursos de cuentos. Fundador de talleres literarios y del Grupo de Investigación en Literatura Tolimense. En la Universidad del Tolima ofició como catedrático, profesor titular, director del Departamento de Español e inglés y Vicerrector de Desarrollo Humano. Autor de ocho libros e incluido en más de quince antologías. Ponente en eventos nacionales e internacionales. Columnista en El Nuevo Día. Realizó dos cortometrajes. Ha recibido varios premios como el “Vida y obra, Alcaldía de Ibagué 2018”. Actualmente es pensionado dedicado a la escritura. lcelemin2@gmail.com

Luz Ángela Castaño González. Estudió Lenguas Modernas en la Universidad de los Andes y cuenta con una maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Iowa, USA. Fue directora de la Oficina de Publicaciones de la Universidad de Ibagué y columnista del diario tolimense El Nuevo Día. Es miembro afiliado al Consejo de Fundadores de la Universidad de Ibagué. casluza@gmail.com

Antonio Melo Salazar. Ibaguereño. Es administrador de negocios de la Universidad EAFIT y especialista en Administración de la Universidad de los Andes. Ha sido miembro de los Consejos Directivos de EAFIT y de la Universidad de Ibagué, de la junta del Banco de la República en Ibagué y de las Corporaciones Financieras de Santander y Tolima. Fue concejal de Ibagué durante tres períodos. Fue gerente de Editorial Aguasclaras y director del diario El Nuevo Día por veinte años. amscsmw@yahoo.com

